

Reyesianas

**Escritos sobre
Alfonso Reyes**

César Benedicto Callejas



**Reyesianas,
escritos sobre
Alfonso Reyes**

César
Benedicto
Callejas

© César Benedicto Callejas. México MMXX

Edición no venal, para distribución libre en la www. Todos los derechos reservados. Se agradecerá citar la fuente en caso de uso. Cualquier uso comercial estrictamente prohibido.

Cisterna de Sol

<https://cesarcallejas.me/>

*De niño a mi me seguía el sol
Andaba detrás de mí
Como perrito faldero,
Despeinado y dulce,
Claro y amarillo,
Ese sol con sueño
Que sigue a los niños...*

*Oh cuánto me duele
Esa cisterna de sol
Que viaja conmigo...*

Alfonso Reyes, Sol de Monterrey

Prólogo

Este pequeño ejercicio de reflexión y memoria recupera algunas de las cosas que he publicado en torno a la figura, memoria, letras y presencia de Alfonso Reyes. Como ser verá todo son apuntes provisionales, sujetos a transformación y a estudio constante porque Reyes viene a ser mi vida, más allá de un autor dilecto, un guía, y una inspiración.

Por muchas razones la vida me obsequió con la presencia de Tikis, la llorada Alicia Reyes; el contacto con su casa, la herencia de sus amigos y lectores. Sin saberlo, con los años que ya pasan los treinta, me busque en su ejemplo de vocación y esfuerzo, en la pureza de sus letras y en el esfuerzo de su trabajo. Esto es apenas un homenaje, digamos más bien que es el pago del tributo, el café del amigo y el aplauso del admirador.

Que ustedes lo disfruten

Alfonso Reyes y el exilio republicano español. Para la Revista del Claustro de Sor Juana.

El 1º de abril de 1939, la radio española dio a conocer un documento firmado por Francisco Franco, en el Palacio de la Isla, en Burgos. El documento informaba sobre el final de la guerra y daba inicio a la etapa de la dictadura en España:

En el día de hoy, cautivo y desarmado, el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. El Generalísimo, Franco.¹

Esta escueta comunicación fue la culminación de un muy largo, sangriento y doloroso proceso no sólo de exterminio de la República española como forma de Estado y de gobierno en la España democrática que transcurrió de 1931 a 1939; sino también de supresión de las formas no tradicionales del pensamiento español y de todas las formas de organización democrática en lo político y en lo social. La España que entonces iniciaba iba a discurrir en una larga noche de atraso, particularmente en la vida cultural y en el desarrollo de la vida colectiva, y enmarañarse en una tenue y al mismo tiempo férrea red de mando y represión en la que la figura omnipresente y omnisciente del Caudillo, permearía toda manifestación de la existencia pública y privada. Las amenazas contra la vida, la

¹ <http://www.abc.es/cultura/20140330/abci-ultimo-parte-guerra-201403292118.html>

libertad, los bienes y la familia de quienes se habían manifestado a favor del régimen republicano, en la guerra y aún antes, cobraron víctimas por centenares; muchos ciudadanos comprometidos con actividades que, por sí mismas, podían representar aspectos peligrosos o críticos para el régimen, como la judicatura, la academia o el arte. Desde el estallido de la sublevación y hasta la derrota de la República, fueron muchos los que, amenazados o imposibilitados administrativa y jurídicamente para desarrollar su actividad, no digamos en libertad, sino simplemente en un ámbito de aceptable seguridad.

Fueron muchos los españoles que, en calidad de asilados políticos y luego de ciudadanos mexicanos, se insertaron en la vida de México enriqueciendo la plástica, la música, el teatro, el cine y en general la cultura; de entre los beneficiarios principales del éxodo de españoles a nuestro país estuvieron la Universidad Nacional Autónoma de México, el Instituto Politécnico Nacional, el Colegio de México, nacido como la Casa de España y algunas universidades estatales como la de Nuevo León, Hidalgo o Guanajuato. La presencia de los académicos españoles renovó la forma de enseñanza y el contenido de los estudios en áreas tan disímiles como las ingenierías y la medicina, pero se sintió con particular énfasis en las humanidades y las ciencias sociales; ahí, crearon institutos de investigación y seminarios al interior de las facultades, cambiaron las metodologías y educaron a muchos de los profesionistas e intelectuales que darían vida y sentido al desarrollo de México en tiempos de la segunda postguerra mundial.

La historia del exilio republicano español en México comienza antes de la Revolución Mexicana, esto es, cuando los primeros lazos de comunicación se tendieron entre los maestros españoles y sus discípulos americanos congregados en el Ateneo de la Juventud; posteriormente, cuando la violencia revolucionaria expulsó del país a muchos de ellos, inhabilitados

por sus ideas - como Martín Luis Guzmán - o por sus relaciones con el antiguo régimen - como Alfonso Reyes -, encontraron la amistad y el refugio de muchos que, andando el tiempo y las jugarretas de la diosa Fortuna, se acogerían a esa amistad largamente cultivada por décadas y que, como todas, atravesó claroscuros y no fue siempre gozosa.

A diferencia de la llegada de los exiliados españoles, cobijados por el gobierno del General Lázaro Cárdenas y en un ambiente que, de muchos modos, les esperaba y tendía a ser favorable aunque no sin resistencias, los mexicanos que tuvieron que cruzar el Atlántico lo hacían por sus propios medios, solos o en pequeños grupos y siempre distantes de la comprensión de los españoles que, por lo general desconocían las condiciones de vida que el conflicto armado estaba generando en México. Algunos como Reyes, habían llegado en calidad de diplomáticos que muy pronto se vieron cesantes, tanto por el estallido de la Gran Guerra, como por los vaivenes impredecibles de los mandos que, conforme evolucionaba la Revolución, iban ocupando los puestos de mando.

Sin embargo, los académicos españoles no eran del todo desconocidos para los entonces jóvenes intelectuales mexicanos. El Ateneo de la Juventud había contado con ellos como inspiración y también como mentores en la primera década del Siglo XX. No puede olvidarse que para 1910 se abría la nueva etapa de la Universidad mexicana con la unificación de las distintas escuelas de estudios superiores en la nueva Universidad Nacional de México bajo la manus de Justo Sierra; en enero de ese año, el Ateneo dedicó sus conferencias a la presencia de Rafael Altamira.

De este modo, sin saberlo, muchos de quienes luego deberían abandonar su tierra habían abierto las puertas de hogares e instituciones que les harían más llevadera la vida errante del exiliado. En algunos casos, la colaboración entre

españoles y mexicanos servía de puente con otras culturas y también como carta de presentación de quienes hacían sus primeras armas en la vida literaria y académica de su país; dicha colaboración se afianzó a lo largo de los años y, con el tiempo, antes de que los españoles se volvieran también mexicanos o se tendiera entre ellos el duro nexo del refugio, se había convertido en santo y seña de un grupo de intelectuales en lengua española que compartían preocupaciones y respuestas comunes en temas que igual atañían a la inteligencia de ambas riveras del Océano.

Y fue ese tema principal, el de la resurrección del pensamiento español luego de la derrota en la guerra intestina, el que se transformará en el injerto de la rama hispánica en el tronco cultural americano y se traducirá en un renacimiento del que la propia España se beneficiaría a la vuelta de la democracia. No era pues un secreto para nadie que la larguísima decadencia del pensamiento español había hecho crisis en la dictadura de Primo de Rivera y que había tenido un fallido intento de reconstitución en el corto periodo republicano; a nadie podía escapar el hecho fundamental de que era ese mismo esfuerzo el que acompañaba a los intelectuales que habían logrado salvar la vida y la libertad y que se disponían a trabajar en México, Argentina, Estados Unidos o Chile para tratar de conseguir que el esfuerzo de liberalización y modernización no hubiera fracasado conjuntamente con el sistema político que podría haberlo garantizado.

Si ese esfuerzo de reconstrucción nacional había fracasado en la vida política - tanto por su falta de unidad frente al enemigo como por la conjura fascista internacional en su contra - debía encontrar su refugio en el lugar natural de su origen: la universidad y la vida académica en general. Hombres como Cosío Villegas, Reyes, Luis I. Rodríguez y Gilberto Bosques, entre otros incluido el propio general Cárdenas, sabían que el refugio concedido a los universitarios españoles prestaba un

servicio humanitario a sus beneficiarios, pero que también las instituciones mexicanas recibían un enorme beneficio después de la sangría y destrucción que había representado la etapa armada de la Revolución Mexicana; que el concurso de españoles y mexicanos no podría sino representar una renovación integral de la cultura universitaria en México y un experimento cultural que enriquecería la identidad nacional y que, también, presentaba al mundo una imagen de civilización y desarrollo apocada en su momento por la imagen del pueblo bárbaro cultivada por la prensa y la literatura desde entonces hacía ya más de veinticinco años. De nuevo, Alfonso Reyes da cuenta de la colaboración añeja y madura de quienes lo habían recibido en España y que luego serían sus huéspedes en el Colegio de México y en la Capilla Alfonsina; en su diagnóstico sobre la situación universitaria en vísperas de la proclamación de la República española, el mexicano encuentra entre los paladines de la reforma a muchos que después contribuirían a la maduración de la universidad porfiriana reconvertida en la universidad de la revolución; entre ellos con Altamira, figuran otros como Ignacio Bolívar que, en el área de ciencias contribuiría a un nuevo florecimiento del conocimiento en México:

La decadencia de la universidad española ¿comienza acaso desde el mismo siglo XVI como sus historiadores pretenden? ¡Oh, cuánto, cuánto se ha escrito para fijar el momento de arranque de la tan traída y llevada “decadencia española”! Vea el lector las páginas que al tema dedica Ramón y Cajal, las que le dedica “Azorín”... No; sin remontarnos a otros siglos, sin inventar teorías sociológicas al caso, aceptemos el hecho: la Universidad española viene viviendo lejos de la ciencia española. Ha tenido, a veces, grandes maestros. He nombrado ya a

Menéndez y Pelayo, a Ramón y Cajal, y puedo añadir nombres sin esfuerzo: Hinojosa, Dorado Montero, Ignacio Bolívar, Altamira, Menéndez Pidal, Ortega y Gasset y algunos otros. Ninguno de ellos, os lo aseguro, ha hecho nunca del recinto universitario el verdadero refugio de sus enseñanzas. ¿Por qué? La Universidad se había convertido en una máquina burocrática, de conferir títulos profesionales, a través de un ergotismo reglamentario que apenas dejaba espacio para un minúsculo esfuerzo de cultura; los alumnos acudían a la Universidad de mala gana, bostezando, buscando los medios de aprobar cuanto antes la asignatura...²

Al momento de la llegada de los intelectuales españoles, particularmente en el área de las ciencias sociales y de la conducta - como ahora les llamamos - nuestro país vivía un periodo de férreo nacionalismo que no excluía cierta dosis de xenofobia y aislamiento; Cárdenas, uno de los principales promotores del nacionalismo revolucionario, fue al mismo tiempo uno de los más importantes generadores del cambio hacia el universalismo y al cosmopolitismo que sería la pauta de la post guerra en México y que hizo posible a escritores como Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco o Sergio Pitol, todos ellos alumnos de los exiliados republicanos, Carlos Fuentes dentro de la Facultad de Derecho de la UNAM; que permitieron la presencia de diplomáticos como García Robles, también discípulo de los transterrados o artistas plásticos como José Luis Cuevas. Esta aparente contradicción en el pensamiento y régimen cardenista, encuentra una explicación en dos factores fundamentales; primero, el nacionalismo de los españoles que estaba construido en la conciencia de la multiculturalidad de

² Reyes, Alfonso. Crisis de la Universidad española. Obras completas. Tomo III. pág. 351

España, que había dado, durante la República, derechos a las regiones y a las lenguas y que, en tal sentido no era incompatible con el nacionalismo revolucionario pero que lo complementaba y lo acrecentaba notablemente; por otra parte, el agotamiento del modelo violento y excluyente que parecía representar la vieja tradición revolucionaria y que devenía inoperante para la lucha contra el fascismo y el establecimiento del nuevo orden mundial que siguió a la derrota de las naciones del Eje.

Cárdenas y sus diplomáticos e intelectuales no actuaban a ciegas, al contrario, la calidad del diálogo establecida entre mexicanos y españoles desde los tiempos legendarios del Ateneo, garantizaba la seguridad de que su atracción a la órbita intelectual mexicana rendiría buenos frutos. En gran parte, si para Reyes, Altamira y Crevea representaba una especie de mentor, de hermano mayor o maestro, otros como Medina Echavarría o José Gaos, se constituían como auténticos colegas y compañeros de diálogo.

Son muchos los frutos que produjo el diálogo entre españoles y mexicanos en este entorno, muchos cuyas raíces no son evidentes pero que quedan a la vista mirando con atención el intercambio de ideas, ejemplos, afectos y partes de sus vidas. Por ejemplo, en 1932, sobre el ejemplo de Alcalá Zamora, poco después ya asilado en México o de Valle Inclán, habitual desde hacía mucho en la cultura mexicana y de Unamuno, viejo amigo de Reyes y a quien el propio don Alfonso imaginó como presidente de la República española; el regiomontano universal hablaba de los que podría ser el antecedente de lo que muchos años después y hasta la fecha se considera una de las colecciones fonográficas más importantes de la vida cultural de nuestro país; “Voz viva de México”, que comenzó a coleccionarse en 1959 con la grabación de Alfonso Reyes, leyendo “Visión de Anáhuac” e Ifigenia Cruel, la grabación se realizó en el último año de vida de don Alfonso:

Nota de 1932: entre tanto, al paso que vamos, será oh gramófono, y no la máquina de escribir, el instrumento llamado a estas conquistas. Ya, en el archivo de la palabra conservada en el Centro de Estudios Históricos, de Madrid, tenemos en discos la voz do Juan Ramón Jiménez, de “Azorín”, de Pío Baroja, de Ramón Menéndez Pidal, de Ramón y Cajal, de Unamuno, de Alcalá Zamora, de Cossío, de Valle- Inclán, de los hermanos Alvarez Quintero...³

Hijo de la Escuela Nacional de Jurisprudencia y con el valioso antecedente de haber sido esa casa la cuna del Ateneo de la Juventud; a Reyes le preocupaba mucho el desarrollo intelectual de la que entonces, como ahora, era la principal institución de enseñanza jurídica en México. Más allá de los aspectos meramente jurídicos y de la especialidad de la materia, la relación con los maestros del exilio español servía a don Alfonso para establecer nuevos criterios de pensamiento y nuevos modelos vitales en los que la cultura ocupara un lugar preponderante en la vida del abogado mexicano; su preocupación porque los estudiantes de derecho contaran con promotores culturales de la más alta categoría lo llevó a impulsar la vocación literaria de muchos de sus estudiantes - Carlos Fuentes entre ellos - que además eran alumnos de sus amigos republicanos. Asimismo, lo hizo apoyar el trabajo de los exiliados fuera de sus especialidades propiamente jurídicas - no es nuevo decir que tuvo una influencia considerable al momento de revalidar estudios y títulos para que los juristas exiliados pudieran ejercer liberalmente su profesión -, pero sobre todo a partir de la exhibición de su trabajo y reflexión en materias

³ Reyes, Alfonso. 1919. Máquinas. Obras completas. Tomo VIII. pág. 398.

aparentemente lejanas del quehacer cotidiano del abogado. Así, recurría a Gaos de manera frecuente para la reflexión en torno al lenguaje:

Me incomodaba que, entre nosotros — y aun en ambientes más cultivados — quien quiere escribir sobre la poesía se considere obligado a hacerlo en tono poético (¡ya con esa Musa hemos cumplido caballerosamente a su tiempo y lugar!), y se figure que el tono científico o discursivo es, en el caso, una vejación. “Yo sospecho — me decía José Gaos — que lo mismo les pasaba a los místicos cuando los teólogos comenzaron a establecer la ciencia de Dios.” Pero una cosa es orar, y otra filosofar sobre el sentido y alcance de la plegaria; una comer, y otra escribir sobre dietética. Si entre nosotros se usaran las prácticas de los liceos a la francesa, los niños mismos sabrían que se pueden examinar los textos poéticos mediante procedimientos intelectuales, sin que ello sea un desacato ni tampoco una impertinencia. En cambio, muchos, por acá y por allá, no sólo esperan el piquete del estro antes de emprender una labor puramente metódica, sino que, además, se desabrochan el cuello, se despeinan y hasta entornan los ojos...⁴

El diálogo llegó a tal grado entre Gaos y Reyes, que el mexicano se permite incluir al español como una interpolación dentro de sus ficciones, convirtiéndolo así también en personaje de su pluma, hecho que Gaos festejaba y solía citar en cada ocasión propicia; en “La mano del Comandante Aranda”, Reyes cita un inexistente trabajo de Gaos como una de las razones metafísicas de la vuelta a la vida de la mano cercenada del militar

⁴ Reyes, Alfonso. *Al Yunque. Obras completas*. Tomo XXI. pág. 249

revolucionario en el que no es nada difícil identificar a Álvaro Obregón:

Pero, una noche, la mano empujó la puerta de la biblioteca y se engolfó en la lectura. Y dio con un cuento de Maupassant sobre una mano cortada que acaba por estrangular al enemigo. Y dio con una hermosa fantasía de Nerval, donde una mano encantada recorre el mundo, haciendo primores y maleficios. Y dio con unos apuntes del filósofo Gaos sobre la fenomenología de la mano... ¡Cielos! ¿Cuál será el resultado de esta temerosa incursión en el alfabeto?⁵

Al final de su vida, la presencia de los exiliados españoles se había consolidado como parte fundamental del patrimonio humano y amistoso de Reyes; confirmó en el mexicano universal la idea de hispanidad como una enorme nacionalidad, como un espacio cultural y una vocación en el ámbito de lo humano; al recoger el día, Reyes sitúa a Gaos como una de las inteligencias más potentes que le fue dado conocer. Gaos murió doce años después del deceso de Alfonso Reyes. En el año de la muerte de Gaos, se publicó un volumen misceláneo en homenaje al regiomontano. La voz del español, da una muestra tanto del afecto como de la dimensión que para el pensamiento español significó el auxilio de Reyes a la República así como representa el punto del encuentro en que para ambos, como para muchos otros, la mexicanidad o la hispanidad se convirtieron en meros adjetivos, en facetas de un sólo y enorme fenómeno, el de la inteligencia y la expresión:

⁵ Reyes, Alfonso. La mano del comandante Aranda. Obras completas. Tomo XXIII. pág. 241

Los años de la primera huelga general revolucionaria en España y del “desastre de Anual”, germen de al dictadura de Primo de Rivera con todas las demás consecuencias. Los años del final de “la guerra europea”, y de los primeros de la post guerra. Años en los que tenía yo a Alfonso Reyes por un español, miembro “del Centro de Estudios Históricos”, lo que le daba toda la autoridad que ya tenía éste. El tenerlo por español debió durar hasta que en la Revista de Occidente, recién fundada, apareció en el número de noviembre de 1923 “El silencio por Mallarmé”, donde Ortega decía: “Probablemente sólo los pueblos jóvenes (mejicano) y Chacón (cubano) - piensan ahora en Mallarmé...” Pero también debí de olvidarlo, porque recuerdo que quince años después, al venir a México, y durante muchos años más, de la estancia aquí, tuve la impresión de no haber sabido hasta entonces la verdadera nacionalidad de quien iba a presidir La Casa de España en México. Qué importa: ¿qué no será Alfonso Reyes el más español de los mexicanos, incluyendo en la cuenta al gran Juan del Siglo de Oro? Alguna vez le conté todo esto y lo comenté con cara animadísima de complacencia.⁶

⁶ Gaos, José. Evocación de Alfonso Reyes, en Presencia de Alfonso Reyes. 1969.

La Espada y la Gloria Bernardo Reyes y sus hijos. Conferencia: Sala Manuel M. Ponce, Palacio de Bellas Artes. Octubre 22, 2013

¿En qué rincón del tiempo nos aguardas, desde qué pliegue de la luz nos miras? ¿A dónde estás, varón de siete llagas, sangre manando en la mitad del día?

Febrero de Caín y de metralla:

humean los cadáveres en pila. Los estribos y riendas olvidabas y; Cristo Militar, te nos morías...

Desde entonces mi noche tiene voces, huésped mi soledad, gusto mi llanto. Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo, y me hago adelantar como a empellones, en el afán de poseerte tanto.

Alfonso Reyes, Río de Janeiro, 24 de diciembre de 1932.

Un par de años antes, desde Buenos Aires, Alfonso Reyes recordaba,

Hace 17 años murió mi pobre padre. Su presencia real no es lo que más echo de menos: a fuerza de vivir lejos de Monterrey, estudiando en México, yo me había acostumbrado a verlo muy poco y a imaginármelo fácilmente, a lo cual ayudaba también su modo de ser tan definido, y hasta su aspecto físico tan preciso y bien dibujado - su manera de belleza. Por otra parte, como era hombre tan ocupado, pocas veces esperaba yo de él otra cosa que no fuera una carta de saludo casi convencional, concebida en el estilo de su secretaría...

Quiero contar una historia, singular, simbólica y al mismo tiempo real; de heroicidad y de traición, de dolor y de trascendencia, la de un hombre cuyo carácter dominó nuestro siglo XIX y que

luego fue incapaz de leer el final de su era dorada y de vivir en el nuevo mundo, en el nuevo país y con el nuevo hombre que había surgido paralelo a su tiempo.

Quiero contar la historia de un hombre contradictorio como todo ser humano, pero sobre todo contradictorio en su tiempo, en su idea del mundo y en su infracturable coherencia con la idea de lo correcto.

La historia, también de un hombre en el contexto del tiempo de nuestro pueblo, de una fracción de destino a la que recurrimos poco por quedar atrapada entre dos enormes momentos de nuestra vida nacional. La memoria de una estirpe que dejó huellas muy profundas en la historia y la cultura de nuestro pueblo.

Quiero hoy, en fin, presentarles una narración de arquetipos y también de hombres auténticos, un imaginario de símbolos y un recuerdo de sujetos verdaderos; de cómo un hombre gigantesco engendró a dos hijos que supusieron los dos polos de su universo y de cómo uno de ellos lo instaló en el tren de la desgracia, mientras que el otro lo preservó para la historia.

Quiero arrojar no luz sino reflexión sobre tres hombres de distinto signo y diferente fortuna, tres hombres de estaturas y legados diversos: Bernardo Reyes y sus hijos, Rodolfo y Alfonso.

En aquel mismo texto escrito en la capital federal de la Argentina, pensando en los 17 años de la muerte de su padre, Alfonso se repetía a sí mismo, el leitmotiv de su conducta moral:

De repente sobrevino la tremenda sacudida nerviosa, tanto mayor cuanto que la muerte de mi padre, fue un accidente, un choque contra un obstáculo físico, una violenta intromisión de la metralla en la vida y no el término previsible y paulatinamente aceptado de un acabamiento biológico. Esto dio a su muerte no sé qué aire de grosería cosmogónica, de afrenta material contra las

intenciones de la creación. Mi natural dolor se hizo todavía más horrible por haber sobrevenido aquella muerte en medio de circunstancias singularmente patéticas y sangrientas, que no sólo interesaban a una familia, sino a todo un pueblo. Su muerte era la culminación del cuadro de horror que ofrecía entonces toda la ciudad.

Es cierto que por regla general, los hombres amamos y admiramos a nuestros padres, que solemos verlos como gigantes y que, al cabo del tiempo los vemos disminuirse en la vejez para nuestro pasmo y dolor; sin embargo, hay en la reverencia de Alfonso Reyes por su padre mucho más que esa liga de admiración filial, casi diríamos de fascinación teológica, lo que el escritor verá en el General será el recuerdo fiel de un tiempo dorado que no volverá, lo absurdo de la muerte de un hombre que lo tenía todo para pasar impoluto a la historia, el poder echado por tierra en diez días de frenética irreflexión; en fin, un mundo que Alfonso sí comprendía e incluso contribuyó a labrar, frente al viejo padre venido de un siglo que quedaba no a diez años de distancia, sino a siglos de reflexión y de sucesos. Y debo volver, una vez más, a la Oración del 9 de febrero:

Mis lágrimas son para la torre de hombre que se vino abajo; para la preciosa arquitectura —lograda con la acumulación y el labrado de materiales exquisitos, a lo largo de muchos siglos de herencia severa y escrupulosa— que una sola sacudida del azar pudo deshacer; para el vino de siete cónsules que tanto tiempo concentró sus azúcares y sus espíritus, y que una mano aventurera llegó de repente a volcar.

Antes de abordar los hechos de la vida del general Reyes, una mejor aproximación sería consultar su biblioteca, husmear en sus pensamientos y ver cómo es que el mismo hombre que construyó una ciudad en el árido desierto del norte de México, educó a uno de nuestros más grandes escritores y fincó una tradición cultural y cívica en nuestra patria. En sus memorias familiares, Alfonso recuerda un detalle de la infancia del General que pasaba como un tesoro entre generaciones:

La ciudad tuvo que entregarse. Maximiliano publicó aquel funesto bando (3 de octubre de 1865) en que ponía fuera de la ley a Juárez y a los caudillos de la República. El niño se detuvo a leerlo en la calle y lo cubrió de escupitajos. Fue a dar a la cárcel. Huérfano ya de padre, lo sacó de allí la diplomática intervención de López Portillo el Viejo, quien alegó los pocos años del mozo y la consideración debida a la familia.

Educado en la férrea doctrina del liberalismo nacionalista, Bernardo Reyes fundaría una familia basada en lo más selecto de los valores decimonónicos, interpretó el mundo según esas creencias y fabricó, para sí y los suyos, un universo inatacable, en el que todo pasaba por el tamiz de su conciencia. Puesto así, Bernardo Reyes basó la educación de sus hijos en la distancia, la de un padre gigantesco que poco se avenía con las las escenas familiares pero que estaba siempre ahí, omnipresente señalando lo bueno y separando lo malo; los educó en el principio de igualdad por el que luchó durante las guerras de intervención y de reforma, y aunque tenía elementos para suponer que su familia constituía un auténtico patriciado, después de todo desde la restauración de la República hasta la revolución de 1910, el Estado de Jalisco dio tres miembros a los gabinetes presidenciales - todos de la misma familia - el General Pedro Ogazón Guerra, el Licenciado Ignacio Luis Vallarta y el propio General Bernardo Reyes, su condición económica, política y social, pasaban de largo cuando se trataba de demostrar que cada uno se labra su destino por su esfuerzo y por su talento; igualdad frente a la Ley, igualdad entre los hermanos, igualdad en fin, frente al pueblo del cual se sabía parte.

En Parentalia, libro de memorias anteriores a su nacimiento y al origen de su familia, Alfonso Reyes recuerda un dato que nos retrata la dimensión liberal del General Reyes; al comerciar con un vendedor de heráldicas que descubre una falsa prosapia al apellido Reyes, el escritor, entonces niño, deja volar su imaginación y a falta de antepasados se enamora de su propia

mitología, el padre lo deja crecer en sus ansias de echar raíces para derribarlo todo de un manotazo, decía don Alfonso:

El escudo, a lo que recuerdo, no era de mal gusto, pero me sería imposible reconstruirlo. El mamotreto quedó olvidado en la biblioteca de mi padre, donde yo — que andaba en los once años — me pasaba las horas largas. Di con él y me apliqué a estudiarlo. Ya tenía yo mis barruntos de que todas esas grandezas no eran más que tortas y pan pintados. Pero me divertía el contar con alguna hermosa mentira como punto de arranque. A falta de una prehistoria establecida, como a los griegos, me hubiera bastado una mitología.

No me dejaron mi juguete. Delante de mi padre, mis hermanos mayores me gastaron una broma que tuvo fatales consecuencias: — ¿Ya sabes — le dijeron — que este muchacho va a mandarse bordar el escudo de los Cruzados en sus camisas del domingo?

Ni por burlas lo aceptó aquel príncipe liberal, a cuya grandeza no hacían falta viejos cuarteles: ¡ya supo él darlos a sus tropas, en las guerras de la República, así como no los dio al enemigo! Temió el contagio de aquella impostura sutil: a juego suelen comenzar estas vanidades, y un día se apoderan de la vacilante razón. Decidió cortar por lo sano. Mandó quemar toda mi inventada nobleza.

En el esquema vital de la familia Reyes, aquello de la prosapia, de la nobleza, de los rancieros orígenes, no pasaba de ser una baladronada y es materia del mito común Reyista - todavía vivo a modo de mitología en Monterrey -, referido al afecto y cercanía que desarrolló el General y el Gobernador con su gente. Se trataba ciertamente de un seductor, pero sobre todo, de un conquistador que implantaba la igualdad como principio general sobre el que se construían los sueños y las sociedades.

Este principio de igualdad tuvo - como el propio Alfonso apunta - fatales consecuencias; primero, por cuanto se dedica a todo lo universal que encuentra en la cultura mexicana, intenta colocar nuestro pensamiento a la altura de cualquier otro del mundo y se resiste a ver en nuestras letras, nuestras artes y nuestro pensamiento, algún exclusivismo o siquiera alguna peculiaridad demasiado estridente, la búsqueda de Alfonso Reyes, labrada desde la casa de su padre, es la del alma nacional en concierto con el alma de occidente; en la práctica, el sentimiento democrático que así engendró el General en sus hijos lo llevó a aceptar para sí el dramático sino de la segunda República española, a negarse a aceptar el destino de aquella patria que le era tan querida y se lanza a la protección de los refugiados españoles, con especial énfasis, sí, en los académicos e intelectuales, que al fin y al cabo eran sus amigos, pero haciendo extensiva la labor de asilo y rescate, bajo las órdenes del General Cárdenas y en concierto con la mano diligente de Cosío Villegas, a campesinos y obreros, artesanos y comerciantes, amas de casa y estudiantes, todos por igual, todos miembros de una democracia vencida pero inmortal.

Alfonso Reyes recuerda una biblioteca donde abundaba la poesía y los autores clásicos; de entre los poetas reinaban los románticos, aptos para formar héroes y también quijotes. La obra de Bernardo Reyes tiene tres etapas; en la primera, predomina el hombre de armas, el de los hechos heroicos; en la segunda, el administrador y el gobernante; y en la tercera, el político y el hombre desencantado. Y es cierto, en la medida que su fama aumentaba, en la mente del dictador no había espacio más que para sí mismo, de ahí que primero visitara Monterrey y no pudiera sino decir, “así se gobierna” y, poco tiempo después, conforme se sumaban adictos a la persona del gobernador de Nuevo León, resultó natural que Díaz no quisiera tenerlo lejos y

bajo una vigilancia defectuosa y lo trajo a la capital como Ministro de la guerra; entonces, recuerda su hijo Alfonso:

Y poco después, el gobernador se encargaba del Ministerio de la Guerra, donde todavía tuvo ocasión de llevar a cabo otros milagros: el instaurar un servicio militar voluntario, el arrancar al pueblo a los vicios domingueros para volcarlo, por espontáneo entusiasmo, en los campos de maniobras; el preparar una disciplina colectiva que hubiera sido el camino natural de la democracia; el conciliar al ejército con las más altas aspiraciones sociales de aquel tiempo; el sembrar confianza en el país cuando era la moda el escepticismo; el abrir las puertas a la esperanza de una era mejor. Al calor de este amor se fue templando el nuevo espíritu. Todos lo saben, y los que lo niegan saben que se engañan. Aquel amor llenaba un pueblo como si todo un campo se cubriera con una lujuriosa cosecha de claveles rojos.

Luego de ello el exilio, que tuvo un doble fin; primero, extinguir las posibilidades reales de Reyes para aspirar a la sucesión del dictador y segundo, alejarlo cuanto más se pudiera de la realidad nacional, de modo tal que a su regreso, si es que eso fuera a suceder en algún momento, se encontraría con nuevas realidades que no podría manejar; con personajes que no alcanzaría conocer y con reglas con las que no sabría jugar. En efecto, todo ello sucedió y el segundo de los supuestos en particular, y no por el deseo o por maniobras de Díaz sino porque, para ambos, la marea de la Revolución había ya hecho girar el mundo sobre su eje más allá de lo que la naturaleza aconsejaba.

Y he aquí que el hombre que volvía del lujoso exilio al que había sido enviado no era el mismo que había gozado de las confianzas del caudillo y había cautivado a su tropa con particular liderazgo, era ya un viejo cansado que había perdido la vista de un ojo mientras presenciaba ejercicios militares en Francia y de cuya

dolencia no había dado aviso a nadie; no era el pacificador del norte, ni el Cincinato que había reconstruido Monterrey, era más bien un vencido por anticipado, creyente todavía en las adhesiones que interesadamente había tenido, firme en una popularidad de la que ya no gozaba y especialmente baldado para una realidad que se había transformado de tal manera que ya le parecía ilegible y hasta absurda; y, volviendo a la expresión de Alfonso Reyes, “vino, sin quererlo ni desearlo, a convertirse en la última esperanza de los que ya no marchaban a compás con la vida”.

Sin embargo, fiel a sí mismo, se mantenía incólume frente a las desgracias y las fatalidades que lo asediaban a cada paso, equívocos y malas señales que lo alejaron tanto de De la Barra como de Madero y que lo hicieron un proscrito en su propia tierra, en un temerario como los que había combatido en el siglo XIX, todo ello a despecho de sí mismo que no podía verse sino como el hombre en el que recaía todo el peso de la salvación de una República que ya no requería un salvador sino una revolución en toda regla.

Una Nochebuena, abandonado ya por su exigua tropa, después de una campaña funesta, no le queda más remedio que desafiar a la muerte una vez más y entregarse en lamentables condiciones al cuartel de Linares; así, como quien invoca al coro de la tragedia, el General Bernardo Reyes, antiguo gobernador, viejo jefe de ejércitos liberales y ex ministro de la guerra, asume su fatalidad y se entrega ante el cabo de guardia de la que fuera una de sus guarniciones favoritas. Alfonso reescribió un diálogo que escuchó poco después de aquellos tiempos:

—¿Dónde está el cuartel más cercano? —En Linares.
—Vamos a Linares.
—Nos matarán.

—*Cuando estemos a vista de la ciudad, podrás escapar y dejarme solo. Es ya de noche, es Nochebuena. El embozado se acerca al cabo de guardia.*

—*Quiero hablar con el jefe.*

Pasa un instante, sale el jefe a la puerta. El embozado se descubre, y he aquí que el jefe casi cae de rodillas.

—*¡Huya, huya, mi general! ¿No ve que mi deber es prenderlo? — ¿Eres tú, mi buen amigo, mi antiguo picador de caballos?*

Pues no te queda más recurso que darme tus fuerzas o aceptarme como prisionero.

—*¡Señor, somos muy pocos!*

—*Entonces voy a levantar la voz para que todos lo oigan: Aquí vengo a entregarme preso, y que me fusilen en el cuartel.*

Entre los vecinos lo han vestido, ¡tan desgarrado viene! Nadie disimula su piedad, su respeto. Todos han adivinado que con ese hombre se rinde toda una época del sentir humano. Ofrece su vida otra vez más.

Todos, salvo el mismo. Ya no podrá comprender las semanas que habrán de seguir; preso en la cárcel militar de Santiago de Tlatelolco, su salud se irá minando, pero también su apreciación de la vida y el sentido de sus propios pasos; es verdad que en su calidad de prisionero Reyes disponía de ciertos privilegios, uno de ellos, el régimen de visitas. Pero a su celda llegaron no los que más le querían ni los que más le convenían, antes bien, volvían los cazadores de la ocasión, los ayunos de liderazgos, los necesitados de una medida desesperada, visitas que lo inflamaban y lo exacerbaban, que lo volvían contra sí mismo y contra todo cuanto había deseado, en términos de su hijo Alfonso “recuerdos, llenos de palabras sobresaturadas de sentido, demasiado expresivos para convenir al régimen de un hombre en crisis. Todo debió haber sido neutro, gris. Y todo era clamoroso y rojo”.

Porque Bernardo Reyes se había construido a sí mismo de una sola pieza, monolítico como un ídolo antiguo, fiel a su destino que imaginaba siempre ligado al de su patria, de ahí también el dramatismo de su caída; nunca vieron sus hijos una lágrima de sus ojos, nunca una queja y este modo de ser en el mundo se volvió paradoja, pero al mismo tiempo, fortaleza para su descendencia. En su Parentalia, Alfonso retrata la percepción de ese hombre acerado en la batalla y labrado en el esfuerzo a través de los recuerdos de su hermana María, una de las siete hijas del general que con sus cinco hijos representarían la progenie bíblica del patriarca:

Yo nunca vi llorar a mi padre. Privaba en su tiempo el dogma de que los varones no lloran. Su llanto me hubiera aniquilado. Acaso escondiera alguna lágrima. ¡Sufrió tanto! Mi hermana María me dice que ella, siendo muy niña, sí lo vio llorar alguna vez, a la lectura de ciertos pasajes históricos sobre la guerra con los Estados Unidos y la llegada de las tropas del Norte hasta nuestro Palacio Nacional.

Como él sólo dejaba ver aquella alegría torrencial, aquella vitalidad gozosa de héroe que juega con las tormentas; como nunca lo sorprendí postrado; como era del buen pedernal que no suelta astillas sino destellos, me figuro que debo a él cuanto hay en mí de Juan-que-ríe. A mi madre, en cambio, creo que le debo el Juan-que-llora y cierta delectación morosa en la tristeza

Pero es momento de hacer una pausa, de volver un poco sobre nuestros pasos para reencontrarnos con aquel lenguaje común entre el General y dos de sus hijos, los más cercanos y también los más diversos: Rodolfo y Alfonso. El general no era hombre que jugara con las palabras, no era de los que tienen a poco las letras y que las desoyen aunque las hayan leído, pero sobre todo, era de aquellos que se salvan por la literatura en la justa medida en que la hacen vivencia. Dos son los episodios que recuerda Alfonso y que nos permiten dimensionar lo que la literatura significó para Bernardo Reyes, la forma en que se comunicó con

sus hijos a través de ese lenguaje y de la manera en que sus lecturas fueron moldeando su carácter y su estilo hasta el último momento.

En la primera escena, Alfonso es llamado a la celda de su padre y éste lo recibe con una solicitud; que le leyera algunos versos de Navidad en esa que serían tanto su última Nochebuena como el único aniversario de la Noche Triste de Linares; recuerda Alfonso en la oración del 9 de febrero:

Al llegar a la frase: Que a golpes de dolor te has hecho malo”, me tapó la boca con las manos y me gritó: ¡Calla blasfemo! ¡Eso, nunca! ¡Los que no han vivido las palabras no saben lo que las palabras traen adentro....

En la segunda el general arroja al fuego su Quevedo, autor que apreciaba de entre los clásicos que eran muy de su gusto, y grita “Miente, miente”, todo porque al releer “La hora de todos y la fortuna con seso”, el español decía:

Quien llamó hermanas las letras y las armas poco sabía de sus abalorios, pues no hay más diferentes linajes que hacer y decir.

Y eso era mucho más de lo que el General estaba dispuesto a oír, por más que de Quevedo se tratara. Y es que si para Rodolfo la política lo era todo y para Alfonso, la literatura era su razón de vida y la válvula de su moral, para Bernardo Reyes, el Ejército era la suma de los valores más queridos, la fuente de su propia existencia, la cuna de sus anhelos y la dedicación más íntima de su existencia, su amor incluso más allá del que profesaba a su familia. Antes de ser nombrado Ministro de la Guerra, Reyes había publicado ya sus ideas sobre lo que debía ser un ejército moderno y funcional, así en 1879, da a la imprenta “Conversaciones militares” y en 1885, su “Ensayo sobre un nuevo sistema de reclutamiento para el ejército y organización de la

Guardia Nacional”. Para Bernardo Reyes, los grandes problemas del ejército de aquel tiempo eran, como destacó Luis Ignacio Sánchez Rojas:

El escaso espíritu de cuerpo, la desertión y la mala organización que había sido la regla y no la excepción al interior de la vida militar; pero en lo que puso especial énfasis fue en los graves problemas de la leva y la escasa educación de los reclutas, que él creía habían permeado la vida militar profundamente y que, por lo mismo, necesitaban ser corregidos.

El General Bernardo Reyes ocupó la cartera de Guerra a partir del 25 de enero de 1900; su misión consistió en mejorar y dignificar al Ejército, administrarlo y suprimir el despilfarro, el robo y las corruptelas. Por otra parte, algunas cosas que hoy nos parecen naturales y a las que el Ejército Nacional presta la mayor atención, como la educación militar de excelencia, son aportaciones de Reyes en el Ministerio; mejoró, expandió y multiplicó las antiguas escuelas de tropa, procuró un alza constante en los salarios de los militares, particularmente de la tropa a fin de que creando los soldados su patrimonio, se incentivara el reclutamiento y disminuyera naturalmente la tasa de desertión. Díaz en cierta forma, por sus propios antecedentes, temía al ejército y procuraba mantenerlo a distancia y en un grado de mediano progreso a fin de que no se constituyera en un poder que pudiera poner en peligro su permanencia al frente de la dictadura; Reyes se preocupó por modernizar las técnicas y el armamento, por constituir una clase militar ilustrada en el arte de su profesión y crear el sentimiento de un Ejército histórico, más allá de los avatares del tiempo y de las contradicciones del siglo XIX. Pero su mayor reforma la constituyó la creación de la segunda reserva; Sánchez Rojas la explica así:

La reforma más importante fue la de la Segunda Reserva, cuyo propósito era sencillo: crear un cuerpo de voluntarios quienes reunieran ciertos requisitos de instrucción, como los profesionistas o aquellos que ejercieran algún oficio que hubiese exigido cierta educación, tales como artesanos, estudiantes, profesionistas, burócratas y hacendados, es decir, se buscaba reunir e instruir a

la naciente clase media mexicana, cuyos miembros, al ser aceptados en la Segunda Reserva, recibirían el grado de subteniente y; si lo deseaban, podrían enrolarse de manera permanente en el ejército federal con tan sólo un ligero aumento en el conocimiento de ciertas materias. Se reunirían sólo un día por semana (los domingos) a recibir instrucción militar; no serían llamados al servicio activo más que en el caso de guerra extranjera, es decir, que no podrían ser llamados para combatir contra los indios mayas o yaquis, ni contra gavillas de salteadores. Tendrían ciertas prerrogativas, tales como vestir uniforme y —esto es importante—, no aparecer en las listas de reclutas que tendrían que ser enviados a servir en el ejército.

El objeto de esta Segunda Reserva era la capacitación de oficiales que pudieran mandar con éxito a un ejército de más de 70 mil hombres que, en el caso de guerra extranjera, tendría que levantarse de manera inmediata. En este sentido y por las características mencionadas de los reservistas, podría considerarse a esta institución como formada por una élite poseedora de cierta educación y deseosa de una mejora en la escala socio-económica.

Para la mentalidad del General no había medias tintas, los distintos matices del gris eran cosa de literatura, poseía una cultura enorme que, sin embargo, no lo liberaba sino que lo ataba a profundos prejuicios y a fuertes arquetipos, en su esquema mental cada quien - sujeto, clase o institución - ocupaba un lugar definido y perpetuo y a cada uno, según su naturaleza debía tratamiento. Así, siendo ambos hijos - Alfonso y Rodolfo, abogados; Rodolfo representaba para su padre la sagacidad política, la lectura de la realidad inmediata y el consejero áulico que preveía y diseñaba los escenarios, el mediador entre los partidarios y los interesados, entre el General y su menguada corte de oportunistas; al contrario, Alfonso, era más bien hombre de letras, extraño ser que siendo tan querido era a veces tan lejano, aunque prudente, al General no le parecía bien el oficio de literato, acostumbrado como lo estaba a los escritores de medio tiempo que menudearon en su época: militares y

abogados, políticos y médicos, que escribían más por necesidad expresiva que por necesidad ontológica, que lograban grandes alturas en las letras pero no parecían consagrados al oficio, de ahí que en alguna ocasión advirtiera a Alfonso, “en la familia no hay poetas de oficio”. Alfonso se supo siempre en la razón y le pesó toda la vida no haber podido evitar el desastre, aunque supo también que sólo su padre podía ser el protagonista de su propia desgracia y que si Rodolfo actuaba como un catalizador, tampoco era del todo culpable sino de su propia y peculiar desgracia. En Parentalia, Reyes, décadas después, meditaría sobre ese desencuentro amargo:

Yo bien hubiera querido — y mi ternura se atrevió a sugerírselo — verlo consagrado a escribir sus memorias cuando regresó de Europa, en vez de verlo intervenir a destiempo en los últimos acontecimientos que lo condujeron a un fin trágico. Pero era difícil que prevaleciera el deseo de un muchacho sin experiencia (para colmo, “picado de la araña” y que vivía siempre en las nubes) sobre las incitaciones de otras personas mayores, que después se han arrepentido al punto de negar su responsabilidad en aquella funesta ocasión, y sobre el peso de tantos deberes y tantos intereses nacionales coligados por la fatalidad. Mi brújula no se equivocaba, y tengo derecho a lamentarlo.

Y así, prestó oídos a Rodolfo, que ya negociaba su posición en el futuro gabinete del usurpador Huerta, se abstuvo de escuchar los consejos de Alfonso que, por su propia parte, negociaba, primero con De la Barra y luego con Madero, el retiro honroso de su padre aún sin saber cómo convencería al General de la necesidad de decir adiós a las armas y a la política. Pero confundido y triste, instalado en el tren metafísico de su propia fatalidad, le ocurrió a Bernardo y a su hijo Rodolfo, con todas las certezas, lo que diría años más tarde Rafael Alberti en su inmortal poema:

*Se equivocó la paloma.
Se equivocaba.
Por ir al norte, fue al sur. Creyó que el trigo era agua. Se equivocaba.*

*Creó que el mar era el cielo; que la noche, la mañana.
Se equivocaba.*

Que las estrellas, rocío; que la calor; la nevada. Se equivocaba.

Equivocados ambos, el padre por carecer de elementos para juzgar una realidad que no reaccionaba a sus parámetros tradicionales, equivocado el hijo por ambición de lograr en su presente, lo que el pasado de gloria le había negado; Alfonso, por su parte no anhelaba sino que lo dejaran escribir, que le permitieran hacer su vida, que lo dejaran proceder conforme a la decencia de su pensamiento; suplicó a Rodolfo que abandonara al gobierno de la nueva dictadura, pero ya era tarde; a Enrique González Martínez le suplicó que renunciara a la Subsecretaría de Instrucción Pública, pero ya no era posible; Victoriano Huerta era un hombre con el que no se jugaba y que no soportaba un no por respuesta. Desde luego, no es que a Huerta, después de todo, le causara conflicto de conciencia la muerte del General Reyes, pero es que sus muchachos merecían lo que podemos llamar una compensación de guerra y ambos eran jóvenes brillantes, cuando Alfonso rechaza la secretaría particular del dictador, habiendo ya renunciado a la Secretaría de la Escuela de Altos Estudios - ahora Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad -, las cosas ya habían ido demasiado lejos:

Mi actitud me hacía indeseable. Me lo manifestó así en Popotla. Adonde me había citado a las 6 de la mañana y donde todo podía pasar. Yo me presenté lleno de recelo y en vez de aquel Huerta campechano y hasta pegajoso (a quien yo me negaba ya a recibir meses antes en el despacho de mi hermano, porque me quitaba el tiempo y me impacientaba con sus frases nunca acabadas), me encontré a un señor solemne, distante y autoritario.

- Así no podemos continuar — me dijo — la actitud que usted ha asumido es intolerable.

Me apresuré a presentar mi tesis para recibir el título de abogado, me dejé nombrar secretario de la Legación en París, y al fin consentí en salir de México, el 10 de agosto de 1913, a las siete de la mañana, por el Ferrocarril Mexicano. Además de mi mujer y mi hijo, me acompañaron hasta el puerto mi madre y el tío Nacho.

Muerto el titán, Rodolfo se quedó a tratar de librar la ocasión política, sufrió prisión cuando el Dictador disolvió la Legislatura y se exilió, igual que Alfonso y otros cientos de Mexicanos en España. Allá ambos llevarán carreras distintas, tan distintas que Alfonso volverá a México rodeado del aura de Odiseo que recorrió mundo y volvió a la patria a repartir los dones que había aprendido y recibido en sus viajes, en tanto Rodolfo no volverá jamás sino en alguna breve visita, se hará amigo del dictador en España y morirá lejos, en lo que él siempre consideró una patria de paso. En su edición del día sábado 5 de junio de 1954, el diario ABC, da cuenta del fallecimiento de Rodolfo Reyes, además de destacar sus dotes como orador y abogado, la necrológica destaca, entre los puntos principales de la biografía del mexicano “que fue en Méjico ministro de Justicia, presidente de la Cámara de Diputados y Catedrático de la Universidad Nacional”, desde luego, todo ello bajo el régimen de Victoriano Huerta. Llama particularmente la atención los términos de su despedida:

Su cultura era extensísima y su simpatía y bondad inagotables. Con su muerte pierde España uno de sus amigos y defensores más entusiastas y fieles. ABC se asocia al sentimiento causado por el fallecimiento del insigne político, jurista y académico...

El entierro de D. Rodolfo Reyes, verificado ayer tarde, constituyó una sentidísima manifestación de duelo. En la presidencia oficial figuraban D. Esteban Bilbao y los ministros de Justicia, Educación Nacional y secretario general del Movimiento, y, en la familiar, los hijos del finado, D. Bernardo, D. Fernando y don Roberto Reyes, este último, delegado de Justicia y Derecho...

Entre la concurrencia, muy numerosa, figuraban el vicesecretario general del Movimiento, Sr. Romojaró; el de Secciones, Sr. Pradera; directores generales de Trabajo y Radiodifusión,

Señores Reguera Sevilla y Suevos, respectivamente; delegado nacional de Sindicatos, Sr. Solís; presidente de la diputación, marqués de la Valdavia; marqués de Grijalba; señores Bourbon, Acevedo y Palacios (D. Mariano) y gran numero de escritores y periodistas.

Este desencuentro final dejó hondas repercusiones entre los dos hermanos, entre la memoria de Bernardo Reyes y la concepción que de él se tuvo en México por décadas, pero sobre todo en la obra de Alfonso Reyes y en la forma en que los mexicanos procesamos nuestra propia historia. La figura de Bernardo Reyes fue omitida de la historia oficial por décadas, volviéndose a presentar sobre todo en trabajos de micro historia del norte de nuestro país poco después de la segunda mitad del siglo XX, de Rodolfo Reyes es ya poco lo que se habla y casi siempre más relacionado con España que con México y más en su relación con los aciagos días del cuartelazo; respecto de Alfonso, a quien podemos considerar una de las más altas cumbres de la literatura en lengua castellana, volvemos a él recurrentemente, pero sólo cuando husmeamos con curiosidad, a veces irreverente, entre las líneas de su literatura, siempre cubiertas por un pudor casi infantil, nos encontramos con la fórmula de la controversia histórica, de la manera en que se hace la vida de las naciones en la realidad, con encuentros y desencuentros, vendettas y venganzas, con perdones y olvidos y con rencores centenarios.

Al hablar de esta familia y de aquellos tiempos, devolvemos dimensión humana a nuestra existencia como Nación, al comprender nos hacemos más fuertes y más inteligentes, al entender los resortes que impulsan la voraz maquinaria de la política y del poder, entendemos cómo los hombres, más allá de sus fuerzas temporales, pueden convertirse en símbolos, del destino y de la libertad, de la reverencia a la patria y de la sobrevivencia aún a sus propios intereses, para pensar con

Alfonso Reyes, en ese interesante mecanismo de defensa que es la memoria, sobre la que construimos el futuro y sobre la que enseñamos a nuestros hijos a amar esta tierra a la que llamamos patria.

Quisiera terminar estas palabras recordando un poema en prosa de Alfonso Reyes, que nos permite comprender cómo los pueblos, los individuos y las naciones podemos enfrentar el futuro, gracias a las glorias de nuestro pasado y también gracias a los dramas que nos corresponde vivir.

Yo salí de mi tierra, hará tantos años, para ir a servir a Dios. Desde que salí de mi tierra me gustan los recuerdos.

En la última inundación, el río se llevó la mitad de nuestra huerta y las caballerizas del fondo- Después se deshizo la casa y se dispersó la familia. Después vino la revolución. Después, nos lo mataron...

Después, pasé el mar, a cuestras con mi fortuna, y con una estrella (la mía) en este bolsillo del chaleco.

Un día, de mi tierra me cortaron los alimentos. Y acá, se desató la guerra de los cuatro años. Derivando siempre hacia el sur, he venido a dar aquí, entre vosotros.

Y hoy, entre el fragor de la vida, yendo y viniendo —a rastras con la mujer, el hijo, los libros—, ¿qué es esto que me punza y brota, y unas veces sale en alegrías sin causa y otras en cóleras tan justas?

Yo me sé muy bien lo que es: que ya me apuntan, que van a nacerme en el corazón las primeras espinas.

Muchas gracias

Alfonso Reyes y el exilio republicano español en la Facultad de Derecho. Capítulo de libro.

1. Mueran los intelectuales, muera la inteligencia.

El 1º de abril de 1939, la radio española dio a conocer un documento firmado por Francisco Franco, en el Palacio de la Isla, en Burgos. El documento informaba sobre el final de la guerra y daba inicio a la etapa de la dictadura en España:

En el día de hoy, cautivo y desarmado, el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. El Generalísimo, Franco.⁷

Esta escueta comunicación fue la culminación de un muy largo, sangriento y doloroso proceso no sólo de exterminio de la República española como forma de Estado y de gobierno en la España democrática que transcurrió de 1931 a 1939; sino también de supresión de las formas no tradicionales del pensamiento español y de todas las formas de organización democrática en lo político y en lo social. La España que entonces iniciaba iba a discurrir en una larga noche de atraso, particularmente en la vida cultural y en el desarrollo de la vida

⁷ <http://www.abc.es/cultura/20140330/abci-ultimo-parte-guerra-201403292118.html>

colectiva, y enmarañarse en una tenue y al mismo tiempo férrea red de mando y represión en la que la figura omnipresente y omnisciente del Caudillo, permearía toda manifestación de la existencia pública y privada. Las amenazas contra la vida, la libertad, los bienes y la familia de quienes se habían manifestado a favor del régimen republicano, en la guerra y aún antes, cobraron víctimas por centenares; muchos ciudadanos comprometidos con actividades que, por sí mismas, podían representar aspectos peligrosos o críticos para el régimen, como la judicatura, la academia o el arte. Desde el estallido de la sublevación y hasta la derrota de la República, fueron muchos los que, amenazados o imposibilitados administrativa y jurídicamente para desarrollar su actividad, no digamos en libertad, sino simplemente en un ámbito de aceptable seguridad.

Fueron muchos los españoles que, en calidad de asilados políticos y luego de ciudadanos mexicanos, se insertaron en la vida de México enriqueciendo la plástica, la música, el teatro, el cine y en general la cultura; de entre los beneficiarios principales del éxodo de españoles a nuestro país estuvieron la Universidad Nacional Autónoma de México, el Instituto Politécnico Nacional, el Colegio de México, nacido como la Casa de España y algunas universidades estatales como la de Nuevo León, Hidalgo o Guanajuato. La presencia de los académicos españoles renovó la forma de enseñanza y el contenido de los estudios en áreas tan disímolas como las ingenierías y la medicina, pero se sintió con particular énfasis en las humanidades y las ciencias sociales; ahí, crearon institutos de investigación y seminarios al interior de las facultades, cambiaron las metodologías y educaron a muchos de los profesionistas e intelectuales que darían vida y sentido al desarrollo de México en tiempos de la segunda postguerra mundial.

Aún antes del final fatídico, México se había preparado para la recepción de los intelectuales españoles en caso de una

eventual derrota; los nexos históricos y hasta amistosos, no se habían fabricado para la ocasión sino que derivaban de una larga serie de encuentros y afortunadas coincidencias. En 1937, tanto en manos de Alfonso Reyes como de Daniel Cosío Villegas, se daba forma a la Casa de España, que acogería las tareas de aquellos académicos, intelectuales y creadores, dando una visión orgánica más allá de la simple ayuda humanitaria como recuerda Pablo Carriedo:

En el mismo 1937, igualmente, se prepara la creación de una institución llamada a ser mítica, La Casa de España en México (antecedente primero del Colegio de México) en cuya fundación y posterior ampliación fue clave la figura del intelectual Alfonso Reyes, a través de la cual se resuelve invitar oficialmente a varios grupos de intelectuales, científicos y artistas españoles para que puedan seguir desarrollando su trabajo en México mientras durase la guerra. La arista cultural de la ayuda mexicana a España es, sin duda, una de las más intensas e importantes.⁸

Alfonso Reyes, abogado, había egresado en 1913 de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, ya Facultad de Derecho en tiempos del final de la rebelión franquista. Si bien Reyes no fue docente de la Facultad, su presencia sí era recurrente, sobre todo a partir de que se integró a la Junta de Gobierno de la Universidad y, desde luego, su intervención fue importante para que muchos de quienes habían ejercido profesiones jurídicas o habían ejercido la docencia y la investigación en esa área dentro de las instituciones científicas y educativas españolas, pudieran

⁸ Carriedo Castro, Pablo. Los hombres de Lázaro Cárdenas: Apuntes sobre la historia mexicana al exilio español de 1939. En *Nómadas*. Revista crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas. N° 22. Segundo semestre 2009. Universidad Complutense. Madrid. pág. 6

seguir desarrollando su actividad en territorio mexicano. La nómina de los profesores que la República española legó a la Facultad de Derecho, es la siguiente:

Niceto Alcalá Zamora y Castillo;
Rafael Altamira y Crevea;
Fernando Arilla Bas;
Constancio Bernaldo de Quirós;
Ricardo Calderón Serrano;
Rafael de Pina Milán;
Demófilo de Buen;
Francisco Carmona Nenclares;
Javier Elola Fernández;
Ramón de Ertze Garamendi;
José Gaos;
José María Gallegos Rocafull;
Luis Jiménez de Asúa;
Victoria Kent;
Javier Malagón Marcelo;
Manuel Pedroso;
José Medina Echavarría;
José Miranda;
Luis Recaséns Siches;
Wenceslao Roces;
Joaquín Rodríguez y Rodríguez;
Mariano Ruiz Funes;
Antonio Sacristán Colás;
Felipe Sánchez - Román;
Manuel Sánchez Sarto, y
José Urbano Guerrero.

Desde luego, aunque algunos eran auténticas autoridades mundiales en sus materias, como Victoria Kent en el tema

penitenciario, por ejemplo; o algunos eran referencia habitual de Reyes en sus relaciones sociales como Gallegos Rocafull, no todos fueron cercanos al regiomontano. Reyes participó de un modo u otro en la operación de rescate de todos ellos, colaboró en la admisión de algunos en la UNAM y de otros más en la Facultad de Derecho; a muchos los citó en su obra y por lo menos a dos consultaba de manera permanente y a los que consideraba sus amigos cercanos y, en cierto modo, mentores: Rafael Altamira y José Gaos.

2. La región más transparente

La historia del exilio republicano español en México comienza antes de la Revolución Mexicana, esto es, cuando los primeros lazos de comunicación se tendieron entre los maestros españoles y sus discípulos americanos congregados en el Ateneo de la Juventud; posteriormente, cuando la violencia revolucionaria expulsó del país a muchos de ellos, inhabilitados por sus ideas - como Martín Luis Guzmán - o por sus relaciones con el antiguo régimen - como Alfonso Reyes -, encontraron la amistad y el refugio de muchos que, andando el tiempo y las jugarretas de la diosa Fortuna, se acogerían a esa amistad largamente cultivada por décadas y que, como todas, atravesó claroscuros y no fue siempre gozosa. Alfonso Reyes recuerda así sus encuentros en Madrid con don Rafael Altamira:

Don Rafael Altamira, a quien yo conocía desde México (1910), me invitó a visitarlo en cuanto supo de mi llegada a España; pero no creyó oportuno presentarme, como yo se lo pedía, con don Francisco Giner de los Ríos - quien acaso me hubiera ayudado a encontrar más pronto mi camino -, porque, según me explicó, el ilustre anciano estaba ya muy cansado y achacoso. Yo creo que don Rafael

nunca comprendió bien mi situación en España y las razones de mi viaje, pues cuando, poco después, nos cruzábamos en el Centro de Estudios Históricos, siempre me decía: “¿Usted por aquí? En su tierra es donde hace falta la gente como usted.” Él no podía figurarse el dolor que me causaba con eso. Muchos años más tarde tuve el gusto de verlo otra vez en México, adonde volvió con los refugiados republicanos, y aquí murió rodeado del respeto que merecía.⁹

A diferencia de la llegada de los exiliados españoles, cobijados por el gobierno del General Lázaro Cárdenas y en un ambiente que, de muchos modos, les esperaba y tendía a ser favorable aunque no sin resistencias, los mexicanos que tuvieron que cruzar el Atlántico lo hacían por sus propios medios, solos o en pequeños grupos y siempre distantes de la comprensión de los españoles que, por lo general desconocían las condiciones de vida que el conflicto armado estaba generando en México. Algunos como Reyes, habían llegado en calidad de diplomáticos que muy pronto se vieron cesantes, tanto por el estallido de la Gran Guerra, como por los vaivenes impredecibles de los mandos que, conforme evolucionaba la Revolución, iban ocupando los puestos de mando.

Sin embargo, los académicos españoles no eran del todo desconocidos para los entonces jóvenes intelectuales mexicanos. El Ateneo de la Juventud había contado con ellos como inspiración y también como mentores en la primera década del Siglo XX. No puede olvidarse que para 1910 se abría la nueva etapa de la Universidad mexicana con la unificación de las distintas escuelas de estudios superiores en la nueva Universidad Nacional de México bajo la manus de Justo Sierra; en enero de

⁹ Reyes, Alfonso. Historia documental de mis libros. Obras completas. Tomo XXIV. pág. 189.

ese año, el Ateneo dedicó sus conferencias a la presencia de Rafael Altamira, en esa ocasión el joven Alfonso Reyes, disertó sobre la obra de Luis de Góngora:

SOBRE LA ESTÉTICA DE GÓNGORA

Conferencia leída en la sesión que el Ateneo de la Juventud de México dedicó a don Rafael Altamira y Crevea, el 26 de enero de 1910.

CON PEREZOSO descuido ha comentado la gente literaria los versos de don Luis de Góngora, aduciendo, en apresurados juicios, cuando no futesas o extremosidades poco inteligentes, aquella eterna censura de lo extravagante y el intento de componer las obras del artista o indicarle el rumbo que debió haber seguido: señales siempre de las críticas extraviadas. Y sucede que muchos, simpatizadores por temperamento hasta de lo menos justificable en Góngora, pero nada afectos a definir sus propios gustos como por ansia de mayor holgura y por desdén a la angustia de toda sistematización, poco se preocupan por reivindicar el mérito positivo de tantos incomparables versos que debemos al cordobés...¹⁰

De este modo, sin saberlo, muchos de quienes luego deberían abandonar su tierra habían abierto las puertas de hogares e instituciones que les harían más llevadera la vida errante del exiliado. En algunos casos, la colaboración entre españoles y mexicanos servía de puente con otras culturas y también como carta de presentación de quienes hacían sus primeras armas en la vida literaria y académica de su país; dicha colaboración se

¹⁰ Reyes, Alfonso. Sobre la estética de Góngora. Obras completas. Tomo I. pág. 61

añanzó a lo largo de los años y, con el tiempo, antes de que los españoles se volvieran también mexicanos o se tendiera entre ellos el duro nexo del refugio, se había convertido en santo y seña de un grupo de intelectuales en lengua española que compartían preocupaciones y respuestas comunes en temas que igual atañían a la inteligencia de ambas riveras del Océano; así, por ejemplo, la presencia de Altamira encuentra eco en el pensamiento de Reyes en torno al renacimiento del estado judío en Medio Oriente, particularmente en la fundación de la Universidad Hebrea de Jerusalén; este hecho que significaba la presencia de la universidad en el sentido occidental y europeo del término, es dado a conocer en México por el propio Reyes, no sin cierta aura romántica que entonces flotaba en el ambiente de la migración judía a Palestina; la primera impresión de don Alfonso al respecto, fue la siguiente:

EL DR. ABRAHAM S. YAHUDA es bastante conocido del público por sus conferencias en la Academia de Jurisprudencia y por su designación para la novísima cátedra de Lengua y Literatura Hispanohebraicas en la Universidad Central. La creación de esta cátedra, por la que habían abogado, entre otros, Azcárate, Pulido, Fidel Fita y Altamira fue saludada como una “agradable sorpresa” por los periódicos extranjeros, y por toda, la prensa hispanoamericana corrió un artículo que con ese motivo publicó Max Nordau en La Nación, de Buenos Aires Súbdito británico, el Dr. Yahuda es, como lo declara sencillamente Max Nordau, “un judío orgulloso de su raza”. Según ya lo ha dicho la prensa madrileña, es un descendiente de los sefardíes o judíos españoles, y cuenta entre sus antecesores alguno de tan buena memoria como aquel Josef Ben Schuschan, consejero de hacienda de

Alfonso VIII en Toledo, que tomó parte en la provisión y preparación de la batalla de ‘las Navas de Tolosa.¹¹

Desde luego, en Reyes nada es ocasional o meramente anecdótico; por el contrario, los informes del regiomontano implican una visión del mundo y también una perspectiva desde su propio entorno cultural. Así, el trasvase de la cultura universitaria europea, durante los años del fascismo y de la destrucción de los judíos en Europa, es una señal para Reyes, de un camino de recuperación de memoria histórica y de justicia cultural, al menos en España, a casi cinco siglos de la expulsión sefardí y luego de los siglos de procesos inquisitoriales. El nombre general del ensayo del que se extraen estos fragmentos es “En torno al Sionismo”, que representa para la cultura hispánica una especie de renacimiento de un antiquísimo florecimiento cultural del que todavía en su tiempo abrevaba la cultura de España y de las repúblicas americanas, esto es, una especie de identidad de vanguardia cultural, de liberalidad de pensamiento y de eliminación de la autocensura que se convertiría, andando la dictadura, en práctica común de los intelectuales que o bien no pudieron exiliarse o prefirieron mantenerse en la península, incluso los que fueron educados y formados durante los amargos años del franquismo. Debe hacerse notar, de ahí, que en la nómina de los españoles firmantes del apoyo a la fundación de la Universidad Hebrea de Jerusalén, figuran muchos de los que después, no sólo en Derecho, sino en general en las universidades mexicanas, encontrarían casa y taller de trabajo:

En este concierto de voces internacionales, España, por graves obligaciones históricas, no debía faltar. Un grupo

¹¹ Reyes, Alfonso. En torno al sionismo. Obras completas. Tomo III. pág. 317

de profesores universitarios españoles dirigió al Dr. Weizmann la siguiente comunicación:

Los suscritos, profesores de las Universidades de España patria de Gabirol, Haleví, Maimónides y Zaduto , saludamos fraternalmente la fundación de la Universidad Hebrea en la histórica ciudad de los profetas, poetas y héroes. Esperamos ver renacer en ella el espíritu de reconciliación, fraternidad y justicia, y el florecimiento de las ciencias y las artes, como en tiempos de los grandes maestros y filósofos de Sefarad, orgullo de España y gloria de Israel.

Firmaban este mensaje profesores de Madrid, Barcelona, Granada, Salamanca, Sevilla, Oviedo, Valencia y Zaragoza. Entre otros, R. Menéndez Pidal, R. Altamira, A. Castro, G. Pittaluga, E. Mazorriaga, L. Simarro, M. de Unamuno, A. Sela, Melquíades Álvarez, José de Caso, C. Sanz Arizmendi, M. Serrano y Sanz, F. de los Ríos Urruti, A. Gil y Morte, H. Giner de los Ríos, etc. Los profesores españoles daban así al mundo el espectáculo de una España capaz de rectificar añejos errores y verdaderamente digna de la vida internacional. No sólo hay epidemias del cuerpo: hay otras del alma; y los pueblos suelen padecerlas durante siglos. El mensaje de los profesores de España tiene el carácter de una verdadera “desinfección mental”.¹²

Y fue ese tema principal, el de la resurrección del pensamiento español luego de la derrota en la guerra intestina, el que se transformará en el injerto de la rama hispánica en el tronco cultural americano y se traducirá en un renacimiento del que la

¹² Reyes, Alfonso. En torno al sionismo. Obras completas. Tomo III. pág. 327

propia España se beneficiaría a la vuelta de la democracia. No era pues un secreto para nadie que la larguísima decadencia del pensamiento español había hecho crisis en la dictadura de Primo de Rivera y que había tenido un fallido intento de reconstitución en el corto periodo republicano; a nadie podía escapar el hecho fundamental de que era ese mismo esfuerzo el que acompañaba a los intelectuales que habían logrado salvar la vida y la libertad y que se disponían a trabajar en México, Argentina, Estados Unidos o Chile para tratar de conseguir que el esfuerzo de liberalización y modernización no hubiera fracasado conjuntamente con el sistema político que podría haberlo garantizado.

Si ese esfuerzo de reconstrucción nacional había fracasado en la vida política - tanto por su falta de unidad frente al enemigo como por la conjura fascista internacional en su contra - debía encontrar su refugio en el lugar natural de su origen: la universidad y la vida académica en general. Hombres como Cosío Villegas, Reyes, Luis I. Rodríguez y Gilberto Bosques, entre otros incluido el propio general Cárdenas, sabían que el refugio concedido a los universitarios españoles prestaba un servicio humanitario a sus beneficiarios, pero que también las instituciones mexicanas recibían un enorme beneficio después de la sangría y destrucción que había representado la etapa armada de la Revolución Mexicana; que el concurso de españoles y mexicanos no podría sino representar una renovación integral de la cultura universitaria en México y un experimento cultural que enriquecería la identidad nacional y que, también, presentaba al mundo una imagen de civilización y desarrollo apocada en su momento por la imagen del pueblo bárbaro cultivada por la prensa y la literatura desde entonces hacía ya más de veinticinco años. De nuevo, Alfonso Reyes da cuenta de la colaboración añeja y madura de quienes lo habían recibido en España y que luego serían sus huéspedes en el Colegio de México y en la Capilla Alfonsina; en su diagnóstico sobre la

situación universitaria en vísperas de la proclamación de la República española, el mexicano encuentra entre los paladines de la reforma a muchos que después contribuirían a la maduración de la universidad porfiriana reconvertida en la universidad de la revolución; entre ellos con Altamira, figuran otros como Ignacio Bolívar que, en el área de ciencias contribuiría a un nuevo florecimiento del conocimiento en México:

La decadencia de la universidad española ¿comienza acaso desde el mismo siglo XVI como sus historiadores pretenden? ¡Oh, cuánto, cuánto se ha escrito para fijar el momento de arranque de la tan traída y llevada “decadencia española”! Vea el lector las páginas que al tema dedica Ramón y Cajal, las que le dedica “Azorín”... No; sin remontarnos a otros siglos, sin inventar teorías sociológicas al caso, aceptemos el hecho: la Universidad española viene viviendo lejos de la ciencia española. Ha tenido, a veces, grandes maestros. He nombrado ya a Menéndez y Pelayo, a Ramón y Cajal, y puedo añadir nombres sin esfuerzo: Hinojosa, Dorado Montero, Ignacio Bolívar, Altamira, Menéndez Pidal, Ortega y Gasset y algunos otros. Ninguno de ellos, os lo aseguro, ha hecho nunca del recinto universitario el verdadero refugio de sus enseñanzas. ¿Por qué? La Universidad se había convertido en una máquina burocrática, de conferir títulos profesionales, a través de un ergotismo reglamentario que apenas dejaba espacio para un minúsculo esfuerzo de cultura; los alumnos acudían a la Universidad de mala gana, bostezando, buscando los medios de aprobar cuanto antes la asignatura...¹³

¹³ Reyes, Alfonso. Crisis de la Universidad española. Obras completas. Tomo III. pág. 351

Al momento de la llegada de los intelectuales españoles, particularmente en el área de las ciencias sociales y de la conducta - como ahora les llamamos - nuestro país vivía un periodo de férreo nacionalismo que no excluía cierta dosis de xenofobia y aislamiento; Cárdenas, uno de los principales promotores del nacionalismo revolucionario, fue al mismo tiempo uno de los más importantes generadores del cambio hacia el universalismo y al cosmopolitismo que sería la pauta de la post guerra en México y que hizo posible a escritores como Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco o Sergio Pitlor, todos ellos alumnos de los exiliados republicanos, Carlos Fuentes dentro de la Facultad de Derecho de la UNAM; que permitieron la presencia de diplomáticos como García Robles, también discípulo de los transterrados o artistas plásticos como José Luis Cuevas. Esta aparente contradicción en el pensamiento y régimen cardenista, encuentra una explicación en dos factores fundamentales; primero, el nacionalismo de los españoles que estaba construido en la conciencia de la multiculturalidad de España, que había dado, durante la República, derechos a las regiones y a las lenguas y que, en tal sentido no era incompatible con el nacionalismo revolucionario pero que lo complementaba y lo acrecentaba notablemente; por otra parte, el agotamiento del modelo violento y excluyente que parecía representar la vieja tradición revolucionaria y que devenía inoperante para la lucha contra el fascismo y el establecimiento del nuevo orden mundial que siguió a la derrota de las naciones del Eje. Así, al privilegiar el diálogo con otras formas de nacionalismo, con izquierdas cuya experiencia de la derrota había vuelto menos ortodoxas y con liberales menos convocados por el imperialismo norteamericano, el régimen de Cárdenas permitía la formación de nuevos cauces para la evolución del pensamiento nacional. Así por ejemplo, la evaluación de una revista histórica signada por Altamira:

Acaba de aparecer en Valladolid la Revista Histórica.

Los trabajos de investigación que, a consecuencia de la creación de la Facultad de Historia y de la nueva ordenación de los fondos de la Biblioteca provincial y universitaria de Santa Cruz, hemos emprendido - -dicen los redactores , nos hicieron sentir la necesidad de disponer de un órgano adecuado de publicidad. Y de aquí la nueva Revista. “Esta publicación escribe D. Rafael Altamira no es sólo obra de ciencia y educación intelectual, sino también obra de patriotismo.” Esto, por una parte, en cuanto depura la historia patria y, por otra, en cuanto la emancipa de la dependencia de investigadores extranjeros.¹⁴

Cárdenas y sus diplomáticos e intelectuales no actuaban a ciegas, al contrario, la calidad del diálogo establecida entre mexicanos y españoles desde los tiempos legendarios del Ateneo, garantizaba la seguridad de que su atracción a la órbita intelectual mexicana rendiría buenos frutos. En gran parte, si para Reyes, Altamira y Crevea representaba una especie de mentor, de hermano mayor o maestro, otros como Medina Echavarría o José Gaos, se constituían como auténticos colegas y compañeros de diálogo. Para Reyes, la palabra de Altamira era seguridad de buen análisis y de inteligencia desinteresada, lo siguió por décadas y tuvo para con él la reverencia del estudiante y también el afecto del discípulo:

Días pasados (febrero de 1919), D. Rafael Altamira llamaba la atención del público sobre *The Hispanic American*

¹⁴ Reyes, Alfonso. Una revista histórica. Obras completas. Tomo VII. pág. 315

Historical Review, órgano el más serio en su línea que se publica en los Estados Unidos. ¡Lástima que no se pueda publicar en Madrid otra revista semejante! Los nuevos editores debieran pensar en ello. Es ya tiempo de desterrar el americanismo convencional y anodino, de que tanto liemos abusado. Y tal vez hay ya, sin salir de Madrid (mucho más si se aprovechan todos los elementos de España y se acude a las veinte Repúblicas transatlánticas), tal vez hay ya un grupo de escritores, españoles e hispanoamericanos, suficiente y capaz para mantener una tarea continua de investigación y popularización. Tal vez haya ya escritores americanos que se han compenetrado del todo con la vida y orientaciones de la España nueva: ya es posible hablarse en la misma lengua y entenderse. Casi la única dificultad consistiría en seleccionar, en cerner muy fino, en separar de la obra, con un criterio severo y casi apostólico, a la multitud de logreros e ignorantes que han brotado, como vegetación venenosa, en la descomposición de los ideales hispánicos.¹⁵

Son muchos los frutos que produjo el diálogo entre españoles y mexicanos en este entorno, muchos cuyas raíces no son evidentes pero que quedan a la vista mirando con atención el intercambio de ideas, ejemplos, afectos y partes de sus vidas. Por ejemplo, en 1932, sobre el ejemplo de Alcalá Zamora, poco después ya asilado en México o de Valle Inclán, habitual desde hacía mucho en la cultura mexicana y de Unamuno, viejo amigo de Reyes y a quien el propio don Alfonso imaginó como presidente de la República española; el regiomontano universal hablaba de los que podría ser el antecedente de lo que muchos años después y hasta la fecha se considera una de las colecciones fonográficas más

¹⁵ Reyes, Alfonso. 1919. Bolívar y los Estados Unidos. Obras completas. Tomo VII. pág. 391.

importantes de la vida cultural de nuestro país; “Voz viva de México”, que comenzó a coleccionarse en 1959 con la grabación de Alfonso Reyes, leyendo “Visión de Anáhuac” e Ifigenia Cruel, la grabación se realizó en el último año de vida de don Alfonso:

Nota de 1932: entre tanto, al paso que vamos, será oh gramófono, y no la máquina de escribir, el instrumento llamado a estas conquistas. Ya, en el archivo de la palabra conservada en el Centro de Estudios Históricos, de Madrid, tenemos en discos la voz do Juan Ramón Jiménez, de “Azorín”, de Pío Baroja, de Ramón Menéndez Pidal, de Ramón y Cajal, de Unamuno, de Alcalá Zamora, de Cossío, de Valle- Inclán, de los hermanos Alvarez Quintero...¹⁶

Por su parte, los propios exiliados, ya en México, muchos con el consejo del propio Reyes o de otros miembros de la comunidad intelectual, comenzaron a tejer sus propias redes de ayuda y a buscar lugares adecuados para el desempeño profesional de sus colegas. Aunque hoy rige como un mito fundacional la buena acogida de los profesionales españoles, lo cierto es que el gremio de los abogados, en particular los que se dedicaban al ejercicio liberal de la profesión, vieron en los recién llegados tanto competidores como inexpertos y no en todos los casos fueron los suficientemente hospitalarios, lo que ocurrió por ejemplo con Fernando Arilla Bas;¹⁷ caso contrario ocurría con la vida académica que se supo, de inmediato, beneficiaria de una

¹⁶ Reyes, Alfonso. 1919. Máquinas. Obras completas. Tomo VIII. pág. 398.

¹⁷ Ramos García, Jacqueline Alejandra. La llegada de los juristas del exilio español a México y su incorporación a la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Documentos de Trabajo IELAT. N° 45, Universidad de Alcalá. Diciembre 2012. pág. 12

migración que a todas luces era positiva para la formación de los nuevos abogados y generaba importantes rutas de diálogo entre los juristas mexicanos y los extranjeros. Así por ejemplo, Niceto Alcalá ingresó a la cátedra de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, a instancias de dos amigos suyos: Joaquín Rodríguez y Rodríguez y Luis Recasens Siches:

Unos años más tarde, en 1946, ante la insistencia de los juristas Joaquín Rodríguez y Rodríguez y muy especialmente de Luis Recaséns, se trasladó a la ciudad de México. Firmó su primer contrato como titular en abril de ese año, como profesor universitario de carrera en la ENJ, comprometiéndose a impartir la asignatura de Derecho Procesal, y asumió la dirección del Seminario de la misma especialidad. Una vez creado el Doctorado, se hizo cargo en el mismo de la cátedra de Estudios Superiores de Derecho Procesal.¹⁸

En todos los casos, sin embargo, la aportación a los estudios jurídicos fue innegable y en algunos, como en Alcalá y Zamora, fue especialmente importante. Si Ramos García lo recuerda como director del Seminario de Derecho Procesal, lo cierto es que, como afirma Imer Flores, en realidad fue su fundador y lo dirigió durante once años, hasta 1957; por otra parte, el mismo autor rescata el hecho de que en conjunto con José Castillo Larrañaga y Rafael de Pina Milán, fue coautor del proyecto para la creación del Doctorado en Derecho en la Nacional de jurisprudencia, lo que determinaría, a su aprobación por el Consejo Universitario en su sesión del 7 de octubre de 1949, su transformación en Facultad de Derecho, estatuto que conserva hasta hoy en día y

¹⁸ Ramos García, Jacqueline Alejandra. Op. cit. pág. 18

que entró en vigor en 1951.¹⁹ Del mismo modo ocurre con Constancia Bernaldo de Quirós, quien incluso se desplaza con cierta frecuencia a Cuba donde extiende la influencia de la escuela mexicana de criminalística y criminología.²⁰

Es notable el hecho de que los exiliados españoles, en su mayoría, supieran abrirse puertas y encontrar caminos; sobrevivientes al fin y al cabo, no se contentaban con una sola actividad ni aceptaban un “no” por respuesta; véase por ejemplo el caso de Fernando Arilla Bas, que no habiendo encontrado cabida en el ejercicio liberal de la profesión supo encontrar cabida no sólo en la Facultad de Derecho de la UNAM, sino en varias instituciones educativas y aún en el servicio público; José Ramón Cossío, rastrea el ejercicio profesional de Arilla en varios ámbitos, entre 1964 y 1965, como profesor de tiempo completo en la Facultad de Derecho de la Universidad de Guerrero, donde además de impartir las clases de Derecho Penal y Procesal Penal, dirige el Seminario de Tesis y también el Bufete Jurídico Gratuito; entre 1965 y 1969, lo encuentra en la Facultad de Derecho de la Autónoma del Estado de México y a partir de 1974 y hasta 1989, año de su muerte, sirviendo su cátedra en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de

¹⁹ Flores, Imer, “Niceto Alcalá Zamora y Castillo (1906-1985): Estampas del Derecho en broma y en serio”, en Serrano Migallón, Fernando (coord.), *Los maestros del exilio español en la Facultad de Derecho*, México, Editorial Porrúa-Facultad de Derecho, UNAM, 2003, p. 7.

²⁰ Serrano Figueroa, Rafael. “Vida y obra de don Constancio Bernaldo de Quirós y Perez”, en Serrano Migallón, Fernando (coord.), *Los maestros del exilio español en la Facultad de Derecho*, México, Editorial Porrúa-Facultad de Derecho, UNAM, 2003, p. 62.

México.²¹ Por otra parte, no fueron pocos los que prestaron servicios al gobierno en distintas instancias, particularmente en las consultivas; al respecto, debe decirse que las múltiples coincidencias en la conformación jurídica y política de la II República Española y la del México posrevolucionario, hicieron que la experiencia y el conocimiento de los maestros del exilio español fuera un capital sumamente importante que los políticos mexicanos de su tiempo no tardaron en aprovechar; de ahí también, que en dichas funciones consultivas se los encontrara actuando en equipos integrados por colegas que incluso en sus días españoles habían ya trabajado en conjunto; así, por ejemplo la mancuerna formada por Felipe Sanchez Román y Mariano Ruiz Funes:

Otros abogados, aunque arribaron al país con invitaciones para incorporarse a la academia, fueron requeridos por las autoridades para desempeñar tareas especiales. Tal sucedió con el penalista Mariano Ruiz-Funes García, quien tras residir unos meses en Cuba⁴⁹, se trasladó a nuestro país para integrarse al cuerpo académico de El Colegio de México, en octubre de 1940⁵⁰. Sin embargo, dado que era un connotado especialista en materia penal, se le solicitó que asistiera personalmente al Procurador General de Justicia de la República⁵¹. Otro jurista que desempeñó tareas especiales fue Felipe Sánchez-Román y Gallifa; por encargo del presidente de la República se incorporó en 1940 a su equipo de trabajo, en calidad de abogado consultor del Gobierno.²²

²¹ Cossío, José Ramón. “Don Fernando Arilla Bas”, en Serrano Migallón, Fernando (coord.), *Los maestros del exilio español en la Facultad de Derecho*, México, Editorial Porrúa-Facultad de Derecho, UNAM, 2003, p. 51.

²² Ramos García, Jacqueline Alejandra. Op. cit. pág. 13.

La sublevación franquista exterminó un proyecto educativo y cultural que desde principios de siglo, acogido por instituciones educativas público-privadas, había ido tomando fuerza en el contexto de la vida española; dicho proyecto promovía la ciudadanización de la población, alentaba valores democráticos y cívicos y creaba contextos de actitudes críticas entre los estudiantes desde la infancia. Dicho proyecto tuvo su continuación en las instituciones de educación superior de México y en algunos centros educativos básicos, particularmente ligados con los propios miembros del exilio, como el Colegio Madrid o como el Luis Vives; la propia Casa de España, luego Colegio de México, parten de esa inspiración y convirtieron sus actividades en difusoras de una actitud educativa moderna y abierta que resultaba completamente novedosa para el país; en el contexto del a casa de España, miembros del exilio, también relacionados con la Facultad de Derecho, hicieron trabajo académico en un estilo que entonces era prácticamente desconocido en nuestro país; el docente e investigador de tiempo completo:

La gran renovación cultural de España que parte de Francisco Giner de los Ríos, simbolizada en la Institución Libre de Enseñanza, y que dio su nombre al grupo de los “institucionistas”, vino a cristalizar en la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, dirigida por el sabio naturalista don Ignacio Bolívar, ahora huésped de México, donde acaba de cumplir sus noventa años en plena actividad y vigor, y a quien La Casa de España se honra de contar entre sus miembros. Varios organismos e institutos dependían de la Junta. Tal el Centro de Estudios Históricos, dividido en distintas secciones para la historia política, la historia del arte, los

estudios orientales, etc., secciones dirigidas respectivamente por Rafael Altamira, Elías Tormo y Monzó, Manuel Gómez Moreno y, por algún tiempo, el Dr. Yahuda; y la sección de filología a cuya cabeza estaba el mismo director del Centro, don Ramón Menéndez Pidal.

23

Sin embargo, además de realizar estudios clásicos, de renovar los enfoques sobre economía y el propio derecho mexicano e internacional; la Casa de España fue establecida para funcionar como un centro de análisis de la realidad inmediata, una fuente de información veraz y oportuna para el mejoramiento del debate público y la elevación de la calidad de la información de que el gobierno disponía para formar políticas públicas. En los días postreros de la Segunda Guerra Mundial, el Colegio realizó un par de sesiones de análisis sobre la situación del conflicto, sus causas y consecuencias; muchos de los análisis vertidos en esa ocasión se convirtieron tanto en parte del discurso internacionalista de Ávila Camacho como de Ávila Camacho y, desde luego, de la doctrina internacionalista y del derecho internacional en nuestro país; de la nómina de conferencistas debe destacar la presencia del Rector Brito Foucher, que pone de manifiesto la preocupación, sobre todo de Reyes de que en los primeros años de la Casa y del Colegio, la institución estuviera acogida por la Universidad, garantizando tanto la provisión de profesores, investigadores e intelectuales y sirviera también de aval intelectual y moral; por otra parte, estuvo presente también José Medina Echavarría, a la sazón profesor de la Facultad de Derecho y director del Centro de Estudios Sociales, a quien Reyes reconocía como magnífico abogado y como principal

²³ Reyes, Alfonso. La Revista de Filología Hispánica de Buenos Aires. Obras completas. Tomo IX. pág. 178.

especialista en instituciones jurídicas españolas e internacionales.

Se han realizado hasta hoy dos sesiones, la primera presidida por el rector de la Universidad de México, licenciado Rodulfo Brito Foucher, y consagrada a la presentación general de los problemas, sobre la ponencia del doctor José Medina Echavarría, director del Centro de Estudios Sociales; y la segunda consagrada a “Los principios de la guerra desde los puntos de vista táctico y estratégico en relación con los progresos de la ciencia”, sobre la ponencia del general Tomás Sánchez Hernández, Jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional.²⁴

La participación de los maestros de la Facultad de Derecho en estas jornadas de análisis resultó fundamental para su desarrollo; además de la visión general de la problemática generada por la Guerra, también disertó sobre la disponibilidad de la materia prima en el contexto del conflicto y su impacto en la vida política y social de América Latina y una valiosa reflexión sobre el contexto geopolítico de su tiempo realizada por Manuel Pedroso que preveía las necesidades sociales y económicas del continente americano en la prevención de un nuevo conflicto de características globales. No sería esa la última ocasión en que los profesores de la Facultad de Derecho participaran de las tareas del Colegio; en tal sentido, la colaboración interinstitucional se estableció como una práctica que contribuyó a reflotar la vida académica en la postrevolución.

En ulteriores sesiones se estudiarán las causas políticas de la guerra, en cuanto al equilibrio del poder (ponencia

²⁴ Reyes, Alfonso. Los problemas de la guerra. Obras completas. Tomo IX. pág. 313.

del licenciado Manuel J. Sierra) y en cuanto a la geopolítica (ponencia del doctor Jorge A. Vivó); sus causas económicas, en cuanto a la presión demográfica (ponencia de don Gilberto Loyo) y en cuanto a la disponibilidad de materias primas (ponencia de don Manuel Chavarría); sus causas humanas (ponencia de don Antonio Caso y lectura del embajador de Colombia, don Jorge Zalamea, escritor de nombre continental); sus efectos sociales (ponencia de don Vicente Herrero); sus efectos económicos (ponencia de don Josué Sáenz); la prevención de la guerra (ponencia de don Manuel Pedroso); y tres sesiones finales sobre características y consecuencias de la guerra actual.²⁵

El producto de esta colaboración se extendería por décadas, mucho del trabajo que entonces se realizó, al paso del tiempo, se convirtió en aspectos clásicos recurrentes de la reflexión mexicana en muchas materias; entre ellas, dentro del aspecto jurídico económico, el trabajo de traducción de Wenceslao Roces, a quien el propio Reyes introdujo en la Facultad de Derecho a partir de su trabajo en el Fondo de Cultura Económica y en el Colegio de México. Además de sus traducciones de Marx, canónicas ya en lengua española, Roces tradujo a muchos pensadores que por primera vez eran leídos en lengua castellana; la colaboración de Reyes y Roces se perfiló en trabajos editoriales conjuntos en los que la traducción se veía acompañada de un prólogo del mexicano.²⁶ Tanto Reyes como Roces aspiraban a que

²⁵ Reyes, Alfonso. Los problemas de la guerra. Obras completas. Tomo IX. pág. 314.

²⁶ Reyes, Alfonso. Prólogo a Burckhardt. Obras completas. Tomo XII. pág. 100n., véase Prólogo a Burkhardt: J. Burckhardt, Reflexiones sobre la Historia Universal. Versión de W. Roces. Epílogo de R. Marx. México, Fondo de Cultura Económica, 1943.

esas traducciones representaran algo más que el trasvase de una lengua a otra, intentaron introducir nuevas corrientes de pensamiento y nuevos enfoques, ofreciendo al mismo tiempo, novedades editoriales con particulares que dieran notas distintivas a su trabajo. En la Facultad de Derecho, Roces aprovechó para diseminar y difundir los trabajos que él mismo traducía y se puede decir que mucho del pensamiento marxista que se renovó en Derecho durante los primeros años de la posguerra se debió a ese esfuerzo de divulgación; Alfonso Reyes encontró en Roces un colega admirable y también un cómplice en esas tareas de divulgación:

En cuanto a las Reflexiones, que hoy aparecen por primera vez en nuestra lengua por el inteligente cuidado de Wenceslao Roces, proceden del curso universitario, cuyas notas fueron organizadas por Jakob Oeri, sobrino de Burckhardt, con el aditamento de las conferencias finales.²⁷

Algunos miembros del exilio no se quedaron de manera definitiva en México, pero dejaron huellas muy profundas en el pensamiento jurídico hasta nuestros días y, de hecho, todavía hoy sus discípulos constituyen una parte primordial de la enseñanza jurídica nacional. Luis Jiménez de Asúa, es uno de esos hombres. La llegada de Jiménez de Asúa estuvo envuelta en complicaciones diplomáticas que lo condujeron a Buenos Aires y que, en parte, se debieron a las interpretaciones del entonces embajador de México en Francia, Narciso Bassols, que complicó las cosas pasando por alto las instrucciones directas de Lázaro Cárdenas; la llegada de Jiménez de Asúa, como casi todas fue obra compartida de varios académicos de la época:

²⁷ Reyes, Alfonso. Prólogo a Burckhardt. Obras completas. Tomo XII. pág. 113.

Dos fueron los principales intelectuales mexicanos interesados en su traslado. Su antiguo discípulo Raúl Carrancá y Trujillo, quien se había formado bajo su tutela en la Universidad Central, y el presidente de La Casa de España en México, Alfonso Reyes, quien conocía de primera mano sus méritos profesionales. En virtud de su cargo, este último realizó las gestiones conducentes ante la Secretaría de Relaciones Exteriores para que la legación mexicana en París regularizara la situación migratoria del penalista y de su familia, con el propósito de que viajara lo más pronto posible a nuestro país.²⁸

Otros casos constituyeron auténticas odiseas diplomáticas y materiales en las que intervenían tanto las autoridades mexicanas, como las francesas y aún las de la ocupación alemana; no puede olvidarse que el exilio y el refugio son siempre dramas humanos que, con el tiempo, pulen sus aristas para quedar como constancias de la enormidad del espíritu humano frente a la desgracia pero que, en su momento, son la suma de muchas penalidades y desengaños. El caso de don Joaquín Rodríguez y Rodríguez, es uno de esos tránsitos que se hicieron en medio de azarosas circunstancias:

Respecto a las solicitudes que se resolvieron de manera favorable, podemos citar el caso de Joaquín Rodríguez y Rodríguez, catedrático de Derecho Mercantil en la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid²⁰ y letrado del Congreso de los Diputados. Durante la guerra civil participó como asesor jurídico del ejército del Ebro. Tras exiliarse en Francia, fue recluido en un campo de

²⁸ Ramos García, Jacqueline Alejandra. Op. cit. pág. 6

internamiento, del que pudo escapar para después rescatar a su esposa de una de las casas femeniles, con ayuda de los representantes mexicanos en París. Lograron embarcarse para abandonar el país galo con un contingente de refugiados y recalaron en Estados Unidos, desde donde se trasladaron a México.²⁹

Otros maestros del exilio, como José Gaos, excedieron con mucho la mera colaboración académica y se convirtieron en amistades profundas en las últimas décadas de vida de don Alfonso. Gaos fue uno de ellos y quizás, el más señalado de ellos independientemente de sus amistades literarias como Max Aub o Manuel Altolaguirre. Gaos compartía con Reyes tanto la experiencia de la vida en la España previa a la proclamación de la República y su esfuerzo de renovación cultural y educativa como los temas relacionados con la antigüedad clásica a los que ambos eran tan afectos. Gaos no sólo compartió las reflexiones de Reyes al respecto, sino que divulgó el trabajo de Reyes³⁰ a quien, para ese momento, la fama de escritor le hacía moverse con menos comodidad en los ambientes meramente académicos. Debe decirse que, en esos primeros años del retorno de Alfonso Reyes a la escena nacional, el escritor enfrenaba ataques por su cosmopolitismo, su exquisitez que muchos tildaban de elitista y sus años de ausencia, el apoyo de los intelectuales del exilio, que resaltaban la universalidad de Reyes y su continua dedicación a los temas nacionales pese a su larguísima migración, significaba

²⁹ Ramos García, Jacqueline Alejandra. Op. cit. pág. 9

³⁰ José Gaos, “La crítica en la edad ateniense y la filosofía de la literatura de Alfonso Reyes”, en *El Noticiero Bibliográfico* [del Fondo de Cultura Económica], México, enero de 1942, tomo III, N° 3, pp. 9.13. Después en *el Pensamiento de lengua española*, de Gaos, México, Editorial Stylo, 1945, pp. 215-233, y en *Páginas*, 1, pp. 428.436. véase Reyes, Alfonso. Nota preliminar. *Obras completas*. Tomo XIII. pág. 113.

un espaldarazo que, si bien no le era indispensable, si le resultaba reconfortante.

Son continuas las citas ínter textuales entre ambos autores; Reyes continuamente recurre a Gaos, que ya estaba renovando las estructuras de pensamiento en el estudio de la Filosofía del Derecho en la Facultad, sobre todo cuando busca reforzar argumentos clásicos o contrastar las dos corrientes del pensamiento hispánico, el europeo y el americano. Son muchos los temas que, de varias maneras implicaron a ambos, uno de ellos era el pensamiento del siglo de oro y la divulgación filosófica:

Es una corona de los ideales renacentistas, un remate de cultura; no un nuevo peldaño en la transformación biológica. (José Gaos advierte cierta relación entre esta página de Gracián y el Discurso del método. ¿ Influencia directa de Descartes?).³¹

En el ramo de la lingüística, también exploraron camino juntos:

Como ejemplo del distinto valor que el mismo objeto o concepto pueden tener para diferentes pueblos, hace notar que los bantúes poseen hasta doce géneros gramaticales y que en árabe el omnipresente camello cuenta con más de cinco mil setecientos nombres, y añade que, en Eise, hay treinta y tres palabras para el verbo “ir”. De lo que sólo podría dar un pálido reflejo aquella conjugación humorística en jerga española: “Yo me voy, tú te las piras, él se naja, nosotros ahuecamos, vosotros tomáis soleta, ellos se largan”. Recordemos que en sánscrito hay once palabras para “luz”, quince para

³¹ Reyes, Alfonso. El reverso de un libro (Memorias literarias). Obras completas. Tomo XII. pág. 236n.

“nube”, veinte para “luna”, veintiséis para “hacer”, treinta y tres para “matanza”, treinta y cinco para “fuego”, treinta y siete para “sol”; en Islandia, ciento veinte para “isla”; en árabe también, quinientas para “león” y mil para “espada”. Véase Jorge Luis Borges, “Los Kenningar” (Historia de la eternidad, Buenos Aires, 1936), sobre la proliferación metafórica en la poesía escandinava; y el prólogo de José Gaos al primer volumen de su Antología filosófica, La filosofía griega (México, 1941), sobre la imposibilidad racional o aporía de la traducción.³²

Todavía hoy, cuando estamos más acostumbrados a los métodos eclécticos, a la multidisciplinariedad y a los estudios compartidos, nos sigue asombrando la capacidad de Reyes para operar conocimientos de otras áreas para cumplir su objeto de estudio y potenciar su capacidad discursiva; por otra parte, Reyes siempre vio a los miembros del exilio, además de como individuos, como parte de cierto grupo identificable con valores y características peculiares, por lo que no resulta extraño ver cómo sus citas y referencias se acercan al diálogo establecido no sólo entre ellos y la sociedad mexicana, sino también entre ellos mismos. El debate entre Gaos y Medina Echavarría dio mucho que hablar en las ciencias sociales, pues se trataba de un debate en términos meteorológicos, lo que no resultaba muy habitual en el seno de la Facultad de Derecho, más acostumbrada a los debates de fondo, particularmente a los que implicaban contenidos políticos. Una aportación indudable del exilio al pensamiento jurídico mexicano fue la revaluación de los aspectos teóricos del derecho más allá de las estructuras formales y de los efectos de corto plazo. Reyes, hizo eco del debate entre los dos intelectuales españoles y se sirvió del mismo en varias ocasiones para ejemplificar cómo dos

³² Reyes, Alfonso. De la traducción. Obras completas. Tomo XIV. pág. 146.

aspectos metodológicos diferentes conducían a conclusiones enteramente diversas:

La sola noción de la extrema objetividad sociológica o “sociología pura” puede aún discutirse con referencia a sus posibles resultados sobre esa política toscamente llamada “maquiavelismo”, en que la técnica de dominación prima sobre los imperativos de la felicidad social. (Véase la polémica de J. Gaos y J. Medina Echavarría: “En busca de la ciencia del hombre”, en los Cuadernos Americanos, México, marzo-abril de 1942, año 1, vol. 2, pp. 103-113).³³

Medina Echavarría resultó, asimismo, un nuevo modelo de jurista para nuestro ambiente; Reyes lo destacaba haciendo notar no sólo su capacidad jurídica, sino también su conocimiento del área económica. Por otra parte, este modelo de abogado abría la puerta para una renovada vida académica, especialmente para todos los que tenían aspiraciones y vocación intelectuales pero que no se hallaban a su aire en los ambientes de la judicatura, el foro o la política. En buena parte, la idea del profesor investigador de tiempo completo, del intelectual que ejerce la opinión pública y aún del literato, se vieron ampliamente enriquecidos por la acción del exilio, un modelo de abogado intelectual que había ido perdiendo terreno desde la época dorada del movimiento liberal del siglo XIX. En El Deslinde, Reyes echa mano de esa capacidad de Medina:

Este efecto puede ser positivo o negativo, puede impulsar o retardar. Impulsa cuando, en una síntesis semejante a la concreción mitológica (II, 12; III, 16; IV, 20), compendia en

³³ Reyes, Alfonso. El deslinde, prolegómenos a la teoría literaria. Obras completas. Tomo XV. pág. 331n.

fórmula económica, en santo y seña, todo un anhelo social difuso. Retarda, cuando dicha fórmula se ha quedado ya vacía, por no corresponder a la nueva visión del mundo o a la nueva necesidad. Y entonces se impone una depuración que es como un golpe de Estado teórico. (Véase, en nuestros días, la acelerada transformación de las nociones internacionales escondidas detrás de las palabras “soberanía”, “neutralidad”, etcétera.*)³⁴

De entre los intelectuales que Reyes recomendó y ayudó a integrarse a las tareas de la Facultad de Derecho, estaba también don Luis Recaséns, cuya influencia todavía se siente en los seminarios de la Facultad de Derecho; a Recaséns lo reconocía como profundo conocedor de la historia del derecho, pero sobre todo, como modelo de abogado relacionado con la cultura:

Tras esta galería de personas, recordemos los grandes trazos de la doctrina. (P. Barth, Los estoicos, traducción de Luis Recaséns Siches Madrid, Revista de Occidente, 1930).³⁵

Hijo de la Escuela Nacional de Jurisprudencia y con el valioso antecedente de haber sido esa casa la cuna del Ateneo de la Juventud; a Reyes le preocupaba mucho el desarrollo intelectual de la que entonces, como ahora, era la principal institución de enseñanza jurídica en México. Más allá de los aspectos

³⁴ Reyes, Alfonso. El deslinde, prolegómenos a la teoría literaria. Obras completas. Tomo XV. pág. 214 - 215, 215n. Véase José Medina Echavarría, “Soberanía y neutralidad”, en El Trimestre Económico, México, oct.-dic., 1942.

³⁵ Reyes, Alfonso. Rescoldo de Grecia. Obras completas. Tomo XV. pág. 233n.

meramente jurídicos y de la especialidad de la materia, la relación con los maestros del exilio español servía a don Alfonso para establecer nuevos criterios de pensamiento y nuevos modelos vitales en los que la cultura ocupara un lugar preponderante en la vida del abogado mexicano; su preocupación porque los estudiantes de derecho contaran con promotores culturales de la más alta categoría lo llevó a impulsar la vocación literaria de muchos de sus estudiantes - Carlos Fuentes entre ellos - que además eran alumnos de sus amigos republicanos. Asimismo, lo hizo apoyar el trabajo de los exiliados fuera de sus especialidades propiamente jurídicas - no es nuevo decir que tuvo una influencia considerable al momento de revalidar estudios y títulos para que los juristas exiliados pudieran ejercer liberalmente su profesión -, pero sobre todo a partir de la exhibición de su trabajo y reflexión en materias aparentemente lejanas del quehacer cotidiano del abogado. Así, recurría a Gaos de manera frecuente para la reflexión en torno al lenguaje:

Me incomodaba que, entre nosotros y aun en ambientes más cultivados quien quiere escribir sobre la poesía se considere obligado a hacerlo en tono poético (¡ya con esa Musa hemos cumplido caballeramente a su tiempo y lugar!), y se figure que el tono científico o discursivo es, en el caso, una vejación. “Yo sospecho me decía José Gaos que lo mismo les pasaba a los místicos cuando los teólogos comenzaron a establecer la ciencia de Dios.” Pero una cosa es orar, y otra filosofar sobre el sentido y alcance de la plegaria; una comer, y otra escribir sobre dietética. Si entre nosotros se usaran las prácticas de los liceos a la francesa, los niños mismos sabrían que se pueden examinar los textos poéticos mediante procedimientos intelectuales, sin que ello sea un desacato ni tampoco una

impertinencia. En cambio, muchos, por acá y por allá, no sólo esperan el piquete del estro antes de emprender una labor puramente metódica, sino que, además, se desabrochan el cuello, se despeinan y hasta entornan los ojos...³⁶

Resulta interesante cómo Reyes establece el diálogo con los intelectuales del exilio no sólo en tiempo presente o hacia el futuro, sino que los hace dialogar también con sus propios maestros ya ausentes. Peculiar resulta el establecimiento de un debate - imposible por el tiempo - ente Porfirio Parra, Alfonso Reyes y José Gaos. Debate imaginado que sirve de pretexto para contrastar ideas y sobre todo para revalorar, como ancla moral, el pensamiento clásico en el ambiente modernizado del México de la post revolución. Desde luego, Gaos resultaba ideal para este ejercicio y confirmaba el grado de integración entre ambos pensadores:

Se me figura, así de momento, que uno de los capítulos más seductores es el consagrado por Parra a los sofismas y falacias, sobre todo cuando, antes de entrar en la clasificación académica, examina las motivaciones psicológicas que suelen inclinar al error. Parra ofrece este capítulo como un relieve cóncavo, complemento al relieve convexo que viene a ser la lógica propiamente tal: falsedad de un lado, acierto del otro. Y estudia las inclinaciones sofísticas primero en sus raíces psicológicas y luego en sus apariencias lógicas. Los impulsos, los sentimientos, los deseos, la personalidad misma se agitan en el horno genitor donde se fraguan las falacias. Todos

³⁶ Reyes, Alfonso. *Al Yunque. Obras completas. Tomo XXI.* pág. 249

ellos, motivos que están “más allá del pensamiento racional” como dice Rupert Crawshay-Williams.

¿Quiénes ese autor? me pregunta Gaos.

Pues verá usted: se me ha venido a la mente sin percatarme.

Es uno de esos filósofos heterodoxos que, como suele acontecer a los cazadores furtivos y lo he dicho ya muchas veces, obtienen las mejores piezas por lo mismo que se meten en los cotos cerrados y no se cuidan de las cortapisas y las vedas.

...

Con José Gaos recordaba yo recientemente la obra fundamental de mi maestro de la Escuela Preparatoria, don Porfirio Parra, Nuevo sistema de Lógica deductiva e inductiva, y reconocíamos ambos sin ambages que es una obra excelente y comparable a las mejores como exposición de la lógica positivista de su tiempo. Ya va siendo hora de reconocerlo así y de declararlo.³⁷

El afecto y el diálogo llegó a tal grado entre Gaos y Reyes, que el mexicano se permite incluir al español como una interpolación dentro de sus ficciones, convirtiéndolo así también en personaje de su pluma, hecho que Gaos festejaba y solía citar en cada ocasión propicia; en “La mano del Comandante Aranda”, Reyes cita un inexistente trabajo de Gaos como una de las razones metafísicas de la vuelta a la vida de la mano cercenada del militar

³⁷ Reyes, Alfonso. En torno al sofisma. Obras completas. Tomo XXII. pág. 421

revolucionario en el que no es nada difícil identificar a Álvaro Obregón:

Pero, una noche, la mano empujó la puerta de la biblioteca y se engolfó en la lectura. Y dio con un cuento de Maupassant sobre una mano cortada que acaba por estrangular al enemigo. Y dio con una hermosa fantasía de Nerval, donde una mano encantada recorre el mundo, haciendo primores y maleficios. Y dio con unos apuntes del filósofo Gaos sobre la fenomenología de la mano... ¡Cielos! ¿Cuál será el resultado de esta temerosa incursión en el alfabeto?³⁸

Al final de su vida, la presencia de los exiliados españoles se había consolidado como parte fundamental del patrimonio humano y amistoso de Reyes; confirmó en el mexicano universal la idea de hispanidad como una enorme nacionalidad, como un espacio cultural y una vocación en el ámbito de lo humano; al recoger el día, Reyes sitúa a Gaos como una de las inteligencias más potentes que le fue dado conocer, pero también a un ser humano de una dimensión excepcional:

ENTRE los hombres de más robusta y perfecta arquitectura mental que me ha sido dable conocer y cuyo amistoso comercio he disfrutado sin excluir a otros más difundidos y renombrados por alguna cualidad saliente, pero que cojeaban por otro lado situó sin duda a mis amigos Pedro Henríquez Ureña, a cuya ausencia todavía no logro acostumbrarme, y José Gaos, el filósofo hispanomexicano a quien las vicisitudes de su país trajeron a México. Gaos ha desarrollado aquí una labor

³⁸ Reyes, Alfonso. La mano del comandante Aranda. Obras completas. Tomo XXIII. pág. 241

admirable en la cátedra y en el libro. A él debemos la formación de una nueva generación de jóvenes pensadores, y él representa por sí solo aquello que el brasileño Monteiro Lobato ha llamado una “importación de cerebro”.³⁹

Gaos murió doce años después del deceso de Alfonso Reyes. En el año de la muerte de Gaos, se publicó un volumen misceláneo en homenaje al regiomontano. La voz del español, da una muestra tanto del afecto como de la dimensión que para el pensamiento español significó el auxilio de Reyes a la República así como representa el punto del encuentro en que para ambos, como para muchos otros, la mexicanidad o la hispanidad se convirtieron en meros adjetivos, en facetas de un sólo y enorme fenómeno, el de la inteligencia y la expresión:

Los años de la primera huelga general revolucionaria en España y del “desastre de Anual”, germen de la dictadura de Primo de Rivera con todas las demás consecuencias. Los años del final de “la guerra europea”, y de los primeros de la post guerra. Años en los que tenía yo a Alfonso Reyes por un español, miembro “del Centro de Estudios Históricos”, lo que le daba toda la autoridad que ya tenía éste. El tenerlo por español debió durar hasta que en la Revista de Occidente, recién fundada, apareció en el número de noviembre de 1923 “El silencio por Mallarmé”, donde Ortega decía: “Probablemente sólo los pueblos jóvenes (mejicano) y Chacón (cubano) - piensan ahora en Mallarmé...” Pero también debí de olvidarlo, porque recuerdo que quince años después, al venir a México, y

³⁹ Reyes, Alfonso. En torno al sofisma. Obras completas. Tomo XXII. pág. 421

durante muchos años más, de la estancia aquí, tuve la impresión de no haber sabido hasta entonces la verdadera nacionalidad de quien iba a presidir La Casa de España en México. Qué importa: ¿qué no será Alfonso Reyes el más español de los mexicanos, incluyendo en la cuenta al gran Juan del Siglo de Oro? Alguna vez le conté todo esto y lo comentó con cara animadísima de complacencia.⁴⁰

3. Bibliografía.

Abellán, José Luis, *La emigración republicana de 1939*, Madrid, Taurus, 1976.

Alonso, María de la Soledad, Elena Aub, Marta Baranda, Eugenia Meyer (coord.), *Palabras del exilio. De los que volvieron. 4*, México, SEP-INAH-Instituto Mora, 1988.

Bacigalupo, Enrique, *Luis Jiménez de Asúa. Un exiliado que creó escuela*, Madrid, Cuadernos de la Fundación Españoles en el mundo, 1993.

Blasco Gil, Yolanda y María Fernanda Mancebo, “Niceto Alcalá-Zamora y Castillo y Pedro Urbano González de la Calle. Profesores exiliados y provisión de sus cátedras”, *Cuestiones Pedagógicas*, núm. 19, 2008/2009.

Carriedo Castro, Pablo. Los hombres de Lázaro Cárdenas: Apuntes sobre la historia mexicana al exilio español de 1939. En *Nómadas. Revista crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. N° 22. Segundo semestre 2009. Universidad Complutense. Madrid.

⁴⁰ Gaos, José. Evocación de Alfonso Reyes, en *Presencia de Alfonso Reyes*. 1969.

Cossío, José Ramón. “Don Fernando Arilla Bas”, en Serrano Migallón, Fernando (coord.), *Los maestros del exilio español en la Facultad de Derecho*, México, Editorial Porrúa-Facultad de Derecho, UNAM, 2003

Fairén Guillén, Víctor, “El profesor Alcalá-Zamora y Castillo en el exilio (1936-1978)”, en Alted, Alicia y Manuel Llusía (dirs.), *La cultura del exilio republicano español de 1939. Actas del Congreso Internacional celebrado en el marco del Congreso Plural: “Sesenta años después” (Madrid-Alcalá-Toledo, diciembre de 1999)*, Madrid, UNED, 2003, vol. I.

Flores, Imer, “Niceto Alcalá Zamora y Castillo (1906-1985): Estampas del Derecho en broma y en serio”, en Serrano Migallón, Fernando (coord.), *Los maestros del exilio español en la Facultad de Derecho*, México, Editorial Porrúa-Facultad de Derecho, UNAM, 2003.

Fuentes, Carlos, “Recuerdos de Don Manuel”, en Manuel Pedroso, *La aventura del hombre natural y civil*, México, Ed. Joaquín Mortiz, 1976.

Gaos, José, “La crítica en la edad ateniense y la filosofía de la literatura de Alfonso Reyes”, en *El Noticiero Bibliográfico* [del Fondo de Cultura Económica], México, enero de 1942, tomo III, N° 3

Giral, Francisco y Pedro Santidrián, *La república en el exilio*, Madrid, Ediciones 99, 1977.

Jiménez-Landi Martínez, Antonio, *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Taurus, 1973.

León Portilla, Ascensión H. de, *España desde México. Vida y testimonio de transterrados*, México, UNAM, 1978.

Marcó del Pont K., Luis, *Los criminólogos: los fundadores, el exilio español*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1986.

Martínez Báez, Antonio, “Influencia en el modo de pensar”, en AA.VV., *El exilio español en México 1939-1982*, México, Salvat-FCE, 1982, pp. 896-900.

Matesanz, José Antonio, *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española, 1936-1939*, México, El Colegio de México-UNAM, 1999.

Medina Echavarría, José y José Gaos, *Responsabilidad de la Universidad*, México, El Colegio de México, 1999.

Medina Echavarría, José. “Soberanía y neutralidad”, en *El Trimestre Económico*, México, oct.-dic., 1942.

Piccato Rodríguez, Antonio Octavio, “Joaquín Rodríguez y Rodríguez: la empresa y el moderno derecho mercantil”, en Serrano Migallón, Fernando (coord.), *Los maestros del exilio español en la Facultad de Derecho*, México, Editorial Porrúa-Facultad de Derecho, UNAM, 2003.

Ramos García, Jacqueline Alejandra y Francisco Javier Dosil Mancilla, “La integración de los abogados españoles exiliados al ámbito jurídico mexicano”, en Claudia González Gómez y Gerardo Sánchez Díaz (coords.), *Exilios en México. Siglo XX*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas, UMSNH, 2008.

_____. *Los juristas del exilio español en México*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas, UMSNH-Fundación Pablo Iglesias, 2012.

_____. La llegada de los juristas del exilio español a México y su incorporación a la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Documentos de Trabajo IELAT. N° 45, Universidad de Alcalá. Diciembre 2012.

Reyes, Alfonso. Sobre la estética de Góngora. Obras completas. Tomo I.

_____. En torno al sionismo. Obras completas. Tomo III

_____. Crisis de la Universidad española. Obras completas. Tomo III.

_____. Una revista histórica. Obras completas. Tomo VII.

_____. Bolívar y los Estados Unidos. Obras completas. Tomo VII.

_____. La Revista de Filología Hispánica de Buenos Aires. Obras completas. Tomo IX.

_____. Los problemas de la guerra. Obras completas. Tomo IX.

_____. Máquinas. Obras completas. Tomo VIII.

El reverso de un libro (Memorias literarias). Obras completas. Tomo XII.

_____. Historia documental de mis libros. Obras completas. Tomo XXIV.

_____. De la traducción. Obras completas. Tomo XIV.

_____. El deslinde, prolegómenos a la teoría literaria. Obras completas. Tomo XV.

_____. Al Yunque. Obras completas. Tomo XXI.

_____. Rescoldo de Grecia. Obras completas. Tomo XV.

_____. En torno al sofisma. Obras completas. Tomo XXII.

_____. La mano del comandante Aranda. Obras completas. Tomo XXIII.

_____. Prólogo a Burckhardt. Obras completas. Tomo XII. pág. 100n., véase Prólogo a Burkhardt: J. Burckhardt, Reflexiones sobre la Historia Universal. Versión de W. Roces. Epílogo de R. Marx. México, Fondo de Cultura Económica, 1943.

Reyes Nevares, Salvador, “Juristas, economistas, sociólogos”, en AA.VV., *El exilio español en México, 1939-1982*, México, Salvat-FCE, 1982, pp. 567-598.

Saíd, Alberto, “Breve semblanza del doctor Niceto Alcalá-Zamora y Castillo, y tres expresiones de sus afanes en México (1946-1976)”, en Storme, Marcel y Cipriano Gómez Lara (coords.), *XII Congreso Mundial de Derecho Procesal*, México, Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM, 2005, vol. I.

Sánchez, Antonio M., “Manuel Pedroso, maestro de intelectuales en México”, en Ascunce Arrieta, José Ángel, Mónica Jato, María Luisa San Miguel (coords.), *Exilio y universidad (1936-1955): presencias y realidades*, San Sebastián, Saturrarán, 2008, vol. 1.

Sánchez Ron, José Manuel (coord.), *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, 2 vols., Madrid, CSIC, 1988.

Serrano Figueroa, Rafael. “Vida y obra de don Constancio Bernaldo de Quirós y Perez”, en Serrano Migallón, Fernando (coord.), Los maestros del exilio español en la Facultad de Derecho, México, Editorial Porrúa-Facultad de Derecho, UNAM, 2003

Alfonso Reyes y la Revolución de Getulio Vargas en 1930. Un caso de asilo político en tiempos de Pascual Ortíz Rubio. Artículo publicado en la Revista de la Facultad de Derecho, UNAM.

*Río de Enero, Río de Enero:
fuiste río y eres mar:
lo que recibes con ímpetu
lo devuelves devagar.*

...
*El que una vez te conoce
tiene de ti soledad,
y el que en ti descansa
tiene olvido de lo demás.⁴¹*

Introducción

Escritor por vocación, diplomático por oficio, político por obligación e inteligente por naturaleza, Alfonso Reyes, recordado como uno de los más grandes escritores en lengua castellana, fue un hombre de amplísimos horizontes, vastos como la vida. Involucrado, tangencialmente, con los hechos que desencadenaron la muerte de su padre, pocos lo recuerdan como autor de un pequeño pero interesante libro de filosofía jurídica y si su vida estuvo ligada profundamente con el servicio

⁴¹ Reyes, Alfonso. Romances del Río de Enero. Obras Completas. Tomo X. México. FCE. 1996. págs. 385 - 386.

diplomático entre 1913 y 1939, su presencia es connatural al exilio republicano español, del cuyo rescate puede considerarse uno de los protagonistas. Lo mismo ocurre con la acción diplomática del periodo cardenista que opaca, por su trascendencia y dimensión, a otros momentos de la práctica del asilo político mexicano. Sin embargo, los hechos que trajeron consigo el estallido de la revolución brasileña de 1930, implicaron el ejercicio de derecho de asilo, en formas convencionales, apenas a unos días de la llegada de Alfonso Reyes a la embajada en Brasil, sucediendo al entonces presidente de la República, el Ing. Pascual Ortíz Rubio.

El ejercicio del derecho de asilo desde la embajada en Brasil, benefició a no menos de veinte brasileños y al menos, un paraguayo; entre los brasileños destacó la familia del depuesto presidente Washington Luís. La experiencia acumulada, tanto en el caso brasileño como en el español, hicieron de Alfonso Reyes el personaje idóneo para representar a México en las negociaciones sobre los instrumentos diplomáticos en materia de asilo político.

Una aproximación a la tarea diplomática y a la dimensión del drama humano que enfrenta Reyes en su periodo brasileño, sobre todo en torno al tema del asilo, permite conocer las causas, efectos e instituciones que participaban en el otorgamiento de este beneficio a quienes se sabían perseguidos y la manera en que las constantes de la institución se hacían presentes antes de su maduración completa del periodo cardenista; asimismo, significa introducirnos en el momento histórico en que las izquierdas latinoamericanas iniciaron su ascenso, breve pero contundente, antes de periclitarse hacia el sometimiento de las dictaduras militares que asolarían el continente por más de treinta años.

Proemio: Alfonso Reyes y el asilo político.

En el caso de Reyes, el asilo diplomático constituye un fenómeno complejo en el que participa tanto por disciplina de representante del Estado mexicano, como por convicción íntima; para él, exiliado en su momento, el asilo constituye una fatalidad del destino, una honda tradición cultural, de carácter tan sagrado que es ineludible, una institución jurídico política derivada del derecho soberano inalienable del Estado y, sobre todo, una experiencia humana de hondas dimensiones. En su ensayo *Hipócrates y Asclepio*, de 1951, Reyes propone una reflexión sobre el valor del asilo:

Pero Asclepio fue generoso. Asclepio dejaba llegar hasta sí a los implorantes, a fin de poder comunicarles directamente la virtud vital que les hacía falta. Esta suerte de electricidad divina, en casos ordinarios, podría aniquilar a los simples mortales; pero no en los casos desesperados que exigían la mano de la Providencia. La visita del enfermo hasta la sede misma del dios no era efecto de curiosidad ni de insolencia, sino de dolor y sometimiento a la suprema voluntad del médico místico. Por eso se la toleraba. Una cuchillada es un daño, pero no el sometimiento técnico al bisturí. La sede del dios es inaccesible y terrible, como pueden serlo la droga, o la exposición al sol y al fuego. Pero de aquí también puede venir el alivio, cuando el dios ha dado su permiso, y cuando el sacerdote médico lo gradúa y lo gobierna. Asclepio no consiente una intromisión, sino que concede un derecho de asilo, parangón divino del correspondiente derecho humano, y tan respetable como lo era siempre el asilo para la mente política de los griegos.⁴²

Esta dimensión sobrehumana, es para Reyes, el fundamento de una institución político jurídica que da dimensión humana a la experiencia diplomática, aún antes del florecimiento de los

⁴² Reyes, Alfonso. *Panorama de la religión griega*, en *Estudios Helénicos. Obras Completas*. Tomo XVIII. F.C.E. México. 2000. págs. 166 - 167.

estudios sobre los derechos humanos. Sin embargo, Reyes no puede omitir el dato de que antes de ser una institución jurídica, el asilo ha sido siempre un acto eminentemente político; así, en su estudio sobre *Los sacros lugares*, en el contexto de su célebre estudio Religión griega, don Alfonso da cuenta de la mixtura que para los griegos, fundadores de la institución, representaba el asilo como puente entre lo humano y lo divino:

Animal o humano, el que se atreva hasta el *témenos* del Zeus Liceo perderá su sombra. Verdad es que el rey Pleistoánax, perseguido por sus compatriotas los espartanos a causa de sus simpatías atenienses, se las arregló para refugiarse en ese temeroso dominio durante cerca de veinte años. Sin duda invocó ante la deidad el derecho de asilo. Y además, la gratitud política aconsejaba la excepción.⁴³

Desde luego, en la idea fundamental del asilo está el manto de la protección sobrehumana, pero se trata, sobre todo, de la posibilidad de burlar el destino fatal al que incluso los dioses están sometidos; desde el punto de vista simbólico y de su evolución a lo largo de los siglos, el asilo se presenta como una irrupción salvífica, es decir, como el remedio extremo para superar lo inevitable. En Reyes, como intelectual y como político, la fundamentación resulta importante porque da validez última a sus actos y los circunscribe dentro de una manifestación cultural y humanitaria que es necesario honrar al amparo de las normas de *ius cogens*, es decir, aún si no existiera norma consensual o formal al respecto. Visto de ese modo, aunque en la superficie, Reyes actúa como un agente diplomático diligente y disciplinado, tanto su literatura como su diario, confiesan cierta tendencia al análisis de sus actos, como si todo al cabo fuera a terminar en

⁴³ Reyes, Alfonso. Religión Griega, en Obras completas, Tomo XVI. FCE. México. 1989. Pág. 145

letra impresa y todo, por lo tanto, requiriera ser parte de un proceso reflexivo e intelectual. Sobre el origen de la institución, Reyes apuntó:

El asilo era facultad de muchos templos. La propia negación que cierra las puertas al creyente las abre para el fugitivo. Es el tema de *Las suplicantes*. En esta tragedia, Esquilo nos presenta a las Danaides acogidas al sagrado de Argos, tras de haber huido de Egipto por no querer desposarse con sus parientes. Y sobre el procedimiento del asilo dan testimonio una inscripción legal de Cirene y una inscripción arcaica de Elide. En Egea, la Atenea Álea daba amparo a los refugiados políticos. En Efeso, el perímetro, muy generoso, daba acogida a los esclavos maltrechos.⁴⁴

Desde otro punto de vista, como juzga Reyes, el asilo político es perentorio frente a otras consideraciones jurídicas y políticas, pues trata de volver el orden al universo social; donde el Estado irrumpe violentando a aquellos a quienes debería proteger, el asilo interpone el derecho de otro Estado que devuelve la paz y la seguridad, como si de esa manera, las instituciones volvieran a su cauce y prevalecieran los principios que hacen posible el derecho y la política más allá de la circunstancia. Alfonso Reyes nunca fue un político osado, al contrario, si algo caracteriza su vida diplomática es la cautela, el acopio de información y el análisis de las consecuencias; pero, al mismo tiempo, suele ser contundente, obstinado en caso necesario e irreductible en el cumplimiento tanto de sus instrucciones como de la defensa del Estado mexicano, de sus principios y de sus intereses. Para don Alfonso, resulta inimaginable la negación del asilo; tanto porque ha sufrido en carne propia la persecución, sino porque es consciente, acaso mucho más que otros en su misma circunstancia, de lo importante que resulta mantener la corriente

⁴⁴ Reyes, Alfonso. Op. cit. Pág. 146.

que nos une con nuestras instituciones culturales más profundas; esta forma de entender el asilo explica con soltura su actuación para la concesión de los asilos en los casos brasileños y su compromiso con el de los españoles. Obsérvese, por ejemplo, su descripción ante las consecuencias de la violación de la institución del asilo en los tiempos clásicos:

El derramamiento de sangre en lugar sacro trae funestas consecuencias. Cierta vez, los habitantes de Síbaris riñeron con un arpista y le dieron muerte en el templo de Hera. Aconteció un portento: el templo empezó a chorrear sangre. Los sibaritas acudieron en consulta a Delfos, y la Pitonisa los expulsó con iracundas palabras: “Para vosotros les dijo no hay oráculo.” El largo destierro de los Alcmeónidas — la familia de Solón, Clístines, Pendes y acaso Alcibíades — se debió a la violación del asilo. A principios del siglo VII, en efecto, los Alcmeónidas engañaron a los partidarios del aristócrata Cilón, que se habían refugiado en el templo de la Atenea Políade, para hacerlos salir de allí y darles muerte en la calle. Entre las negociaciones que precedieron a la Guerra Peloponesia, los espartanos inculpaban a los atenienses la violación de los Alcmeónidas — a dos siglos de distancia —, insistiendo en el hecho de que su gobernante, Pendes, descendía de aquella familia castigada. A su vez, los atenienses reprochaban a los espartanos la muerte de los refugiados en el templo de Posidón (Tenaro), a lo cual se atribuía el terremoto que destruyó a Esparta el año de 464, y les reprochaban también el haber dejado morir de hambre al general Pausanias, recluido en el templo de Atenea Chalkioikos, y el haberlo enterrado después demasiado cerca del ara.⁴⁵

Para Alfonso Reyes, los hechos que llevan a un sujeto a solicitar o necesitar del ejercicio del asilo es siempre una fatalidad; los hechos que acompañan a la institución son siempre una tragedia; si el coro lo componen los conceptos clásicos que se ha formado

⁴⁵ Ídem.

sobre la misma, son protagonistas el Estado asilante, el expulsor, el asilado y el diplomático; pero el gran teatro del mundo, como diría Calderón, se resume en las circunstancias que rodean a la solicitud y al ejercicio del asilo que es, desde luego, completamente casuístico y requiere del talento, dominio técnico y arte político de quien debe resguardar la seguridad de quien se ha acogido a la protección de la embajada.

II. Acto Primero: Alfonso Reyes y su encuentro con el Brasil.

Alfonso Reyes pasó fuera del país una gran parte de su vida; nació en 1887 y murió en 1957, salió de México en 1913 y volvió hasta 1936, esto es, de sus setenta años de vida, veintitrés los puso al servicio de la diplomacia mexicana. Prestó sus servicios diplomáticos en España, Francia, Argentina y Brasil; de esos años aparecen varias constantes, no sólo en cuanto se refiere a su eficacia y a su atingencia, sino a cierto patrón personal; siempre le cuesta trabajo dejar el lugar donde se encuentra y siempre, al poco tiempo, se encuentra en su nueva sede como en su casa; podríamos decir de él, que en tal sentido, hizo del mundo su hogar. La llegada al Brasil, para Reyes, fue en extremo difícil, primero, por la intensidad literaria de su periodo argentino; Reyes había sido embajador de México en la Argentina de 1927, cuando sale de París en calidad de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario y llega a Buenos Aires ya nombrado Embajador extraordinario y plenipotenciario al elevarse la categoría de la misión diplomática en el país sudamericano, hasta 1930, cuando la elección de Pascual Ortíz Rubio como Presidente de la República, deja vacante la Embajada en Brasil y la proximidad de Reyes con Genaro Estrada, entonces Secretario de Relaciones Exteriores, lo hacen elegible para ocupar el antiguo cargo del presidente electo. Sin duda, uno de los periodos literarios más intensos de Reyes fue el de la Argentina,

ahí se relaciona con Borges, con Victoria Ocampo y con Juana de Ibarbourou y si su trabajo diplomático es importante todavía lo es más el literario; asimismo, Argentina vivía entonces una época de auge en la que Reyes participa con fruición, así que su llegada al Brasil no está rodeada sino de pesar y de desconcierto; por otra parte, Reyes había tenido una visión más que general del Brasil y no era especialista ni en sus letras ni en su vida social o cultural, así que su arribo a la América lusitana no parecía presagiar la importancia personal, política y diplomática que a la postre tuvo. Si tenemos por cierto que la embajada en Argentina fue la más intensa en su carácter literario, la del Brasil lo sería en el sentido vivencial y político.

Alfonso Reyes llegó a Rio de Janeiro, entonces capital del Brasil, el domingo 6 de abril de 1930; apuntó ese día en su diario:

Río de Janeiro, (domingo) 6 de abril 1930.- Llegamos. Encuentro al casa de la embajada deplorable, inservible, y va a ser difícil explicarlo, porque esto fue lo que escogió el presidente Ortíz Rubio cuando era embajador aquí! El encargado de negocios, Ha. de Ha. (Pablo Herrera de Huerta) y su familia hacen lo posible todo el tiempo por comunicarme su negro pesimismo sobre cuanto hay en esta tierra. Resultado: *on m'a flanqué une neurasthénie atroce*. No sé que haer. Estoy desconcertado y triste. Con deseo de abandonar hasta la carrera. Echo de menos mis cosas de Buenos Aires. Mi diablito. Mi vida. Tengo que dominarme. Quisiera irme a México... He empezado a desempacar, y las fotos de Buenos aires y mis amigos de allá, conforme van apareciendo, me reconfortan. Inmensa tristeza.⁴⁶

Y si esa primera sensación personal no fuera suficiente, la de la sociedad brasileña y del mundo al que intentaba incorporarse, no parecía mejor, en su entrada del diario, del 10 de abril siguiente,

⁴⁶ Reyes, Alfonso. Diario 1930 - 1936. Edición de Jorge Ruedas de la Serna. Tomo III. FCE. México. 2011. Pág. 4.

escribe: “Mundo demasiado colonial donde todavía la gente no sabe vivir y las casas son malas. Desconcertante soledad en la que me encuentro...”⁴⁷ y tres días después: “Los horrores de la instalación. Abandono y soledad de los primeros días...”⁴⁸, no será sino hasta el 25 de abril en que el escritor y el diplomático, se den cuenta de lo irreversible de la misión y se dispongan a conquistar su momento: “Mis papeles en su sitio. Mis libros en guardia. Mi pluma alerta. Adelante otra vez...”⁴⁹ Con el tiempo, el embajador empezará a tejer su red de relaciones y se incorporará con éxito en la vida del país que lo acoge; entrará a la vida política a través del mundo de la cultura y se percatará, pronto, de la difícil situación política que enfrenta el Brasil en su momento, así como la intensidad de su vida cultural y la influencia de las corrientes de pensamiento en el desarrollo de los hechos políticos. Una de las cosas que más desesperan al nuevo embajador es la lentitud de la vida en su nuevo hogar; nadie parece darse prisa y, acostumbrado a una actividad generalmente frenética, el ritmo del Brasil le parece provincial y tedioso, tanto que no será sino un mes después de su llegada, el 6 de mayo, que puede presentar credenciales al presidente del Brasil, doctor Washington Luís; no tenemos evidencia de una amistad profunda entre ambos personajes, sin embargo, la corriente de confianza y simpatía debe haberse producido entre ellos de manera bastante rápida pues, como se verá, será en Alfonso Reyes y la embajada de México, en la que el presidente Luís ponga su confianza para el resguardo de su esposa y su familia cuando sea haga necesario ante la revolución de Getúlio Vargas.

⁴⁷ Ídem.

⁴⁸ Reyes, Alfonso. Op. cit. pág. 5.

⁴⁹ Reyes, Alfonso. Op. cit. pág. 6.

Unos meses después, Reyes se encuentra perfectamente relacionado con el ambiente diplomático, cultural y político del Brasil; ha conocido a Graça Aranha, patriarca entonces de las letras brasileñas cuyo nacionalismo, él mismo lo reconoce, ha abrevado de las literaturas rusa y mexicana; en septiembre, el día once, llegarán a bordo del *Western Prince*, el secretario Rafael Fuentes Jr., su esposa y su hijo;⁵⁰ ese pequeño que llega al Brasil, es Carlos Fuentes, que luego, al pasar de los años, dirá con razón, haber aprendido las primeras letras en las rodillas de Alfonso Reyes. Con un equipo renovado, ya interesado en ese mundo que no conocía, la predisposición de Reyes para con el Brasil se ha extinguido para dejar lugar a nuevas redes de amistad y a su típica curiosidad infinita.

Podríamos decir que el periodo de incorporación de Alfonso Reyes a la vida brasileña, terminará al iniciarse la revolución encabezada por Getúlio Vargas, entonces presidente del estado federado de Rio Grande do Sul; la primera percepción del momento es descrita por Reyes de manera más o menos circunstancial, sin el avisoramiento del golpe de Estado que finalmente ocurriría apenas unos días después:

*Rio, (lunes) 6 octubre 1930.- Pasó en el César Pedro Sainz, con quien traté mis obras en CIAP, los clásicos de América de P(edro). H(enriquez). U(reña). y yo, y mi representación de dicha editorial ante América. Desde el 3 hay revolución en Brasil.*⁵¹

Acto Segundo. La revolución de Getúlio Vargas.

Si el diario no ofrece mayor información, en cambio, sus informes diplomáticos permiten ver cuan rápidamente Reyes se había adentrado en la vida política del Brasil y había avanzado en

⁵⁰ Reyes, Alfonso. Op. cit. pág. 11.

⁵¹ Reyes, Alfonso. Op. cit. pág. 22.

la identificación con Getúlio Vargas. Si bien en el fondo de la Revolución de Vargas, había un sustrato de reclamo social, unidad nacional y modernización, Reyes identifica el detonante en la esfera de la política práctica de los grupos de presión identificados con la tradicional división político territorial del Brasil.

El embajador mexicano, al informar a la superioridad las incidencias de la guerra civil estallada en Brasil, apenas a unas semanas de su llegada, comienza por describir la coyuntura regional que, a la postre, fortalecería a Vargas como el hombre fuerte de la revolución y como el más dotado para llevarla a cabo:

En el Estado de Parahyba venía desarrollándose desde hace algún tiempo un conflicto político suscitado por algunos elementos descontentos con la actitud asumida por el presidente del estado, señor Joao Pessoa, en las últimas elecciones de la República... Pereira (terrateniente del municipio de Princeza), por motivos de política local se distanció del presidente Pessoa, adhiriéndose a la candidatura Julio Presetes en contradicción con la del señor Getulio Vargas que sostenía el Partido Republicano de Parahyba, apoyado por el presidente Pessoa...⁵²

Autores como Fernando Serrano Migallón, han demostrado que en los primeros años de la postrevolución, el discurso político exterior sirvió de apoyo a las políticas internas, de ahí que los diplomáticos mexicanos, más allá de sus propias filiaciones políticas o de sus posiciones dentro de la vida política interna del Estado mexicano, presentaban siempre imágenes revolucionarias o se empeñaban en exhibir el discurso progresista y socialmente de avanzada de la política nacional mexicana, más allá de si ello correspondía o no con la realidad que se vivía en territorio nacional; Alfonso Reyes, diplomático disciplinado e institucional,

⁵² Reyes, Alfonso. *Obra diplomática*. Tomo II. Compilación de Víctor Díaz Arciniega. FCE. México. 2001. pág. 9

no era la excepción, de tal modo que presenta cierta inclinación por Vargas, inclinación que a la larga derivó en una amistad para el resto de sus vidas. Volviendo a su estudio de la situación revolucionaria, Reyes no se contenta con la explicación superficial, no se trata sólo de un conflicto regional, en el fondo, alcanza a leer una situación de justicia social que no puede ser soslayada, dicho de otro modo, encuentra cierto grado de identificación entre la revolución mexicana y el movimiento de Getulio Vargas que, a la larga, se convertirá en una auténtica revolución social conocida como el Estado Nuovo; rápidamente, Reyes logra compenetrarse de la realidad brasileña y donde antes encontrara los datos de una sociedad pequeño burguesa y provinciana, haya una sociedad compleja, étnicamente rica y surcada por graves contradicciones sociales; al respecto, los temas como la tenencia de la tierra, la desigualdad en la distribución del ingreso y las crisis económicas recurrentes causadas por la venalidad de los terratenientes y por la especulación de los consorcios tanto brasileños como internacionales, le parecen una combinación explosiva que no podría ser sostenida por mucho tiempo. Al respecto, a manera de ejemplo, envió a la Secretaría de Relaciones Exteriores el siguiente informe complementario del anterior:

La situación económica y financiera de Brasil parece agravarse día a día; entretanto, a juzgar por algunas declaraciones hechas en la Associação Commercial do Rio de Janeiro (primera institución comercial del país), en su sesión del 9 del actual, el gobierno del República no considera la gravedad del momento ni las difíciles circunstancias en que se encuentran los contribuyentes y los productores... Gracias al incondicionalismo de la mayoría del Poder Legislativo, el gobierno federal continúa afectando un optimismo que se estima no puede ser sincero... En São Paulo, el gran estado del sur, hay una gran inquietud debida al fracaso de la política cafetera, y mientras en esa entidad el número de desocupados

alcanza ya a 240,000 hombres y trátase con todo el empeño de encontrar una solución al problema que vendrá a crear la sobreproducción de la cosecha de café de este año... Esta situación económica no deja de tener repercusión en el terreno político. El espíritu público comienza a manifestarse irritado y circulan rumores de que en los estados de Río Grande del Sur y de São Paulo podría producirse un movimiento violento; rumores que son acogidos con escepticismo por algunos, quienes alegan que siendo el presidente electo, señor Julio Prestes, paulista, su acceso al poder significaría la permanencia en el gobierno de la nación de elementos del sur.⁵³

En cierta manera, salvando las diferencias, el contexto revolucionario brasileño encontraba sustrato en una situación similar a lo que ocurrió en la segunda etapa de la revolución mexicana; si bien en el caso sudamericano no existía un dictador omnisciente y perpetuo, sí en cambio una situación de dislocación regional y competencia entre las distintas zonas del país por el control político y económico del Estado; coincidían ambas revoluciones en que el distanciamiento cada vez mayor entre la realidad y los poderes federales, desembocaban en situaciones complejas de abandono y de cacicazgo; igual que en México, la situación del desempleo y la pobreza agravaban la situación ya de por sí complicada de la desigualdad social, todo ello en un contexto carente de seguridad social o mecanismos compensadores entre la riqueza y la miseria; en cierta forma, lo que en apariencia había percibido el embajador mexicano como un ambiente de tímida provincia, no era sino la distanciada y rancia clase predominante sobre una extensísima base de pobreza y campesinado olvidado. Reyes se cuida bien del lenguaje que utiliza y aunque dista de tomar partido, no parece expresar desagrado alguno respecto del movimiento revolucionario que está testificando; fiel a la tradición política

⁵³ Reyes, Alfonso. Op. cit. pág. 11

mexicana de no intervención, se aleja del teatro de los hechos, pero lo sigue y en cierta forma lo alienta explicando con la mayor precisión posible los sucesos, los personajes y las situaciones en que actúan. El momento más difícil de la situación ocurrirá, desde luego, cuando los adictos al régimen de Washington Luís - particularmente su familia - recurran a la Embajada de México solicitando asilo político, en su momento Reyes sabrá honrar la tradición mexicana de asilo, pero no sólo ello, sino que los lazos que la discreción y buen manejo de la diplomacia lograron tender con el gobierno de la revolución triunfante, le permitirá no entrar en mayores roces con los revolucionarios al momento de concretar el ejercicio del derecho de asilo. Por el contrario, el gobierno constituido entrará muy pronto en pánico, contradiciendo el mensaje de tranquilidad que estaba transmitiendo a la sociedad y al cuerpo diplomático; el ejercicio de la censura, particularmente sobre las Embajadas, lo cual por sí mismo constituía una agresión a la inviolabilidad de las legaciones diplomáticas, resultarían en un conflicto que el embajador mexicano deberá sortear con habilidad:

Desde el 3 de octubre que estalló el movimiento revolucionario, simultáneamente en Río Grande del Sur y Minas Gerães, comunicándose después a los demás sitios que, por telégrafo, he estado comunicando a usted, ha sido de gran dificultad recibir en Río de Janeiro informaciones precisas de lo que acontecía en el resto del país, al grado que telegrafíe a esta superioridad sugiriéndoles que obtuviera noticias del sur a través de nuestra legación en Montevideo, y yo mismo intenté, sin resultado, dialogar con ella mediante mensajes cifrados, pues como usted se sirvió comunicármelo, los mensajes cifrados de nuestra legación dirigidos al Brasil han sido detenidos por la censura brasileña... A propósito de este último punto, debo manifestar a usted que me propongo hacer, verbalmente y de una manera informal, una pequeña aclaración ante el gobierno brasileño, pues no encuentro del todo justificado semejante

procedimiento y, en todo caso, bien pudiera ser que mi pregunta diera lugar a que Montevideo pudiera libremente comunicarme sus noticias... La dificultad en que me visto para transmitir a usted mis informaciones -obtenidas casi todas a través de agregados militares de países amigos- me ha hecho incurrir involuntariamente en algún error; como fue el dar por acción revolucionaria y toma de Bahía lo que sólo fue un motín producido en dicha ciudad, durante el cual la gente embravecida vino a atacar y quemar el diario *A tarde* y, de paso, quemó el archivo del consulado de México situado en el propio edificio, sin duda sin propósito premeditado... Puedo hoy ampliar mis informaciones sobre políticos refugiados en legaciones y embajadas: en la legación de Perú me consta personalmente que se han refugiado el hijo de Arthur Bernardes, el hijo de João Pessoa (el presidente de Parahyba del Norte asesinado) y el embajador Mello Franco y sus dos hijos; en la embajada de Argentina: Assis de Chateaubriand y otro alto personaje; en la legación de Bolivia fue a asilarse algún periodista conocido, que poco después, encontrando poco hospitalario el ambiente, prefirió volver a su casa.⁵⁴

Como se nota, el gobierno brasileño optó, como primera medida, aislar al Brasil del resto del continente con la finalidad de evitar el apoyo que el movimiento revolucionario pudiera allegarse, haciéndolos aparecer como una pequeña revuelta de políticos resentidos; asimismo, en el aspecto interior, el cerco a la información impedía tener un conocimiento certero de la realidad; de este modo, el embajador mexicano busca información en un país cercano y transmitiendo en clave la información de que disponía, esta situación, aunque ilícita, es común, idénticos fenómenos ocurrieron en el golpe de Estado en Chile, cuando Gonzalo Martínez Corbalá echó mano de las embajadas en Lima y en Buenos Aires, o bien en el Madrid de la Guerra Civil, cuyo enlace estuvo en Lisboa y en París; llama

⁵⁴ Reyes, Alfonso. Op. cit. pág. 11

mucho más la atención el hecho de que Reyes haya preferido elevar una pequeña aclaración informal, que no llegaría siquiera a nota diplomática, frente al gobierno brasileño, a fin de cuentas su interés no estaba en la reparación del daño o en una disculpa de un gobierno que, claramente, vivía sus últimas horas, sino contemporizar con los revolucionarios obviando hechos, como el incendio del consulado mexicano en la ciudad de Bahía, hecho que por sí mismo en otras circunstancias hubiera sido tomado como un atentado de gravedad. Reyes atribuye el incendio del consulado a hechos de una turba que pretendía hacer escarnio de un diario adicto al gobierno y que, en la espiral de violencia, quemó el consulado ubicado en el mismo edificio del diario, exonerando, expresamente a la acción revolucionaria; con ello, Reyes se aviene con el nuevo gobierno con el que, sin duda, habría de entenderse, toda vez que no existía la posibilidad de ruptura de relaciones ante la identificación del discurso de Vargas y el discurso oficial del gobierno mexicano; por otra parte, evitaba el espinoso asunto que habría derivado de hacer peticiones formales de reparación, disculpas diplomáticas y otros menesteres que habría sido la bienvenida que México habría dado al nuevo gobierno derivado de una revolución triunfante. Lo anterior sin contar con que el embajador mexicano comenzaba ya a hacerse una idea del fenómeno de refugio político que debería enfrentar en breve, de ahí que se informe lo más pronto posible de los asilados que comenzaban a presentarse: el hijo de Arthur Bernardes, el hijo del depuesto y asesinado Presidente de Parahyba, Joao Pessoa, el embajador Mello Franco y sus dos hijos, todos ellos en la embajada del Perú; en la de la Argentina, Assis de Chateaubriand, escritor y político y algún otro político no identificado, y en la de Bolivia un periodista cuyo nombre se reserva y que desistió de solicitar asilo ante el ambiente hostil que encontró en la legación diplomática. El estallido de la revolución de Vargas, en su llegada a Río de

Janeiro, generaría el cuadro de violencia habitual en los casos de asilo político. En su informe diplomático, Reyes expresó:

La revolución iniciada a la vez en el norte y en sur el 3 de octubre actual por la noche, de la cual he sido informando a usted, hasta donde era posible, valiéndome de las fuentes más seguras y estudiando en cada caso el juego lógico de la verosimilitud, llegó a una crisis la madrugada del día 24, en que los jefes de tierra y de mar que manejaban desde Rio las operaciones se confabularon e invistiendo al Palacio de Guanabara con tropas del Tercer Regimiento de Infantería, y tomando contraseñas para obrar de común acuerdo en todos los fuertes, exigieron al presidente Washington Luis la entrega del gobierno en el término de media hora, dándole garantías de vida que el interesado, en el primer momento de exaltación, rechazó orgullosamente... Internado el doctor Washington Luís en el fuerte de Copacabana, constituyóse a toda prisa una Junta de Gobierno Provisional cuyos nombres, con excepción del general Menna Barreto, cambiaban a cada hora; se ordenó la suspensión de hostilidades en todos los frentes, se abrieron las prisiones de reos políticos; y éstos, las tropas y el pueblo armado, saciaron su ira contra la policía militar en las primera horas, castigándola severamente, e incendiando periódicos que se habían señalado por su campaña antirrevolucionaria (A Critica, A Ordem, O Paiz, A Vanguarda, A Noite, Gazeta de Noticias, A Noticia, Agencia Americana, etc.).⁵⁵

El teatro de los hechos presentaba, como notas fundamentales, la confusión de una revolución que entra a sangre y fuego y en la que intervendrían los cambios de lealtades, el abandono del

⁵⁵ Reyes, Alfonso. Op. cit. pág. 13

derrotado y la adhesión al triunfador. El momento triunfante llegaría cuando las fuerzas armadas que, hasta el día 24 de octubre parecían leales al presidente, optan por secundar la revolución y combatir al poder constituido; ante la negativa del presidente Luís de entregar la presidencia, legitimando el golpe de Estado, fue hecho preso en el fuerte de Copacabana, antigua fortaleza colonial. Como primera medida se estableció un gobierno provisional, que desde luego, la embajada de México se abstiene de reconocer o desconocer y que, hija de la primera hora, se encontró en transformación constante salvo el principal contacto de Getúlio Vargas, general Menna Barreto; aunque de inmediato la revolución se constituyó en gobierno y ordenó el cese de hostilidades en todo el territorio del Brasil, liberándose a los reos políticos, también es verdad que los revolucionarios dieron rienda suelta a los impulsos populares para que, mediante la catársis del público y la tropa, se saciara el ansia de violencia que acompaña naturalmente a este tipo de movimientos; de tal manera que la venganza del público se dirigió a los diarios que se habían perfilados como defensores del gobierno depuesto y a quienes se atribuía parte de la violencia ante el bloqueo informativo que habían impuesto desde el inicio del movimiento armado. También debe hacerse notar que el nuevo gobierno comenzó con cuidarse de no interferir con la vida de las legaciones diplomáticas, evitando el error cometido por el gobierno caído, tratando con ello de allegarse la mejor voluntad posible respecto de los gobiernos que representaban.

Acto Tercero. La concesión del asilo.

El clima de violencia descontrolada y la inseguridad que enfrentaban las personas adictas o cercanas al círculo del depuesto presidente Washington Luís, debía terminar, como era de suponerse en una moderada corriente de solicitantes de asilo.

Debe decirse, que la revolución de Vargas se dirigió, como principal enemigo, contra el gobierno y no contra las clases económicas más favorecidas, el ajuste de cuentas con éstos actores financieros y políticos sería posterior y aunque el discurso revolucionario estaba pleno de contenidos sociales, no se podía presentar una persecución generalizada de algún grupo en particular. De acuerdo con su práctica cotidiana, Alfonso Reyes, guarda los rasgos más generales de los hechos y retrata con especial fidelidad los aspectos humanos. La primera mención sobre el asilo es la siguiente:

Rio, [viernes] 24 octubre 1930

Estalló la revolución aquí. Se me presenta el primer refugiado del gobierno: doctor Mário Paula de Britto, director de *A Ordem*, presentado por Henry Leonardos, cónsul de Perú. Como ya tengo aquí al doctor Mário Magalhães, secretario de Bruno Lobo (prisionero), por los revolucionarios, la situación es complicada, bajo mi bandera blanca. Se refugia Oscar Matta, director de *Vanguarda*, y pide refugio para su hermano. También lo pide el director de *O Pais*, diputado Alves de Souza.⁵⁶

Ante la celeridad de los hechos y como se verá en el informe turnado *a posteriori*, Reyes decide ejercer sus atribuciones como jefe de legación y ministro plenipotenciario, otorgando el asilo aún antes de recibir instrucciones del gobierno mexicano, lo hace también, confiado en la tradición de asilo que ya privaba en las relaciones internacionales de México; sin embargo, la situación no parece del todo favorable para el diplomático, por una parte, recibe a uno de los más buscados y perseguidos por los

⁵⁶ Reyes, Alfonso. Diario 1930 - 1936. Edición de Jorge Ruedas de la Serna. Tomo III. FCE. México. 2011. Pág. 22

revolucionarios, el director de uno de los diarios contra los que se dirigió el motín popular que siguió al establecimiento del gobierno provisional quien, además, le era entregado por el cónsul del Perú, en clara señal de que el gobierno peruano no deseaba inmiscuirse en tan espinoso asunto; por otra parte, la recepción de Mário Magalhaes, secretario de Bruno Lobo, ya preso por los revolucionarios y hombre de confianza de Washington Luís, parecía complicar las cosas pues se hacía cargo de dos de los hombres más buscados por los revolucionarios; asimismo, dos directores de periódicos escarnecidos, *Vanguardia* y *O Pais*, también se ampararon bajo el pabellón mexicano. Tres días después, el fenómeno del asilo se había generalizado y es de suponer que la persecución de los enemigos del nuevo gobierno estaba ya en marcha por todos los medios. En la siguiente de las menciones, Reyes dará cuenta de la dimensión que estaba adquiriendo el hecho:

[Rio de Janeiro, lunes] 27 octubre [1930]

Tengo refugiados a Oscar Matta y su hermano, de la Vanguarda, y al doctor Mário Britto, de A Ordem, periódicos que fueron quemados. Britto saldrá ya hoy con garantías. Magalhães se fue el mismo 24 en la tarde, pues que había triunfado. Me estoy resistiendo por instrucciones de México a recibir más refugiados, pero ahora piden asilo los hermanos Rodrigues, de Crítica! Pánico en la ciudad. Dícese levantóse policía militar con dos navíos que bombardean. A la vez, entran por San Cristóbal las tropas revolucionarias. Refúgianse aquí Henrique Lage, y la señora Washington Luís con toda su familia. Lo notifico por teléfono al nuncio, para pedirle, como decano, el apoyo de todo el cuerpo diplomático. He desarmado a todos: cinco revólveres.

A las 12 del día había en la embajada los siguientes refugiados:

Señora Washington Luís.

Señora Maria Pires de Mello e hijito (hija de W.L.).

Señor Firmino Pires de Mello, su esposo.

Caio Luís Pereira de Sousa, hijo de W.L.

Señora Aracy Pereira de Sousa, su esposa.

Señor Victor Luís Pereira de Sousa, Hijo de W.L.

Comandante Ayres da Fonseca Costa, marino, ayudante de órdenes del presidente W.L.

Florinda dos Santos, criada de la familia W.L.

José Baptista da Silva, *chauffeur* de ellos.

Señor Henrique Lage.

Señor Mazgún Seroa de Matta, director gerente de *Vanguarda* y director de la Asociación Brasileira de Prensa.

Señor Oscar Matta, su hermano, director de *A Vanguarda*.

Señor Mário de Britto, director de A Ordem.

Su esposa. Su hijita. Sus dos criadas.

Diputado Alves de Souza, director de *O Pais*.

Su cuñado.

Una Veinteta de Personas.

Alas 4 p.m se va el equipo W.L., por haber renacido la calma.⁵⁷

Una de las razones por las cuales, en la práctica, el asilo político se concede de manera precautoria radica en que no siempre un solicitante tiene auténticas razones para demandar el beneficio del asilo político, o bien, porque el agente diplomático pueda negociar las garantías de vida, seguridad y libertad del presunto asilado; así, Reyes logra la liberación de Mário Britto y posteriormente de Mario Magalhaes cuando los vientos políticos

⁵⁷ Reyes, Alfonso. Op. Cit.. Pág. 23

le eran más favorables. Las instrucciones que Reyes ha recibido de México fue restringir en la medida de lo posible la recepción de nuevos asilados, el embajador no interpreta la restricción sino de manera que pudiera salvaguardar a quienes, a su juicio, presentaban mayor grado de riesgo; así, entre los periodistas llegan los directivos de *Crítica!*, los hermanos Rodrigues, presas del terror que imperaba en la ciudad ante los tres días continuados de disturbios y la entrada final de los ejércitos revolucionarios; ello incluía desde luego, a la familia y a los allegados principales del depuesto presidente Luís; el equipo de trabajo del depuesto mandatario se retiraban de la embajada el día 27 en un oasis de paz que se había presentado. Llama también la atención el hecho de que Reyes reporta en su diario haber desarmado a sus asilados, preservando así la legalidad del asilo, el saldo, sin embargo no es mucho, sólo cinco revólveres.

En los días subsecuentes, Reyes no hace mención alguna en su diario sobre la situación de los asilados, se reservará para los informes oficiales; es de suponer que en esos días ocurriría uno de los hechos más complejos del asilo, la obtención de los salvoconductos y la expatriación de los asilados; en el estado de cosas que privaban en Río en aquel momento, la situación era complicada y no se terminaría sino hasta que finalmente se asentara el gobierno de la revolución con la llegada a la ciudad de su líder:

Río [viernes] 31 octubre 1930

Han estado llegando a Río los prohombres de la revolución. Hoy llegó Getúlio Vargas, el jefe.⁵⁸

Es muy probable que los primeros contactos entre Vargas y Reyes hayan ocurrido en los días subsecuentes con motivo de la expatriación de los asilados que quedaban en la embajada, esos

⁵⁸ Reyes, Alfonso. Op. Cit.. Pág. 26

contactos, a lo largo de los años, derivarían en una entrañable amistad que duraría el resto de la vida del mandatario brasileño; en su diario, Reyes será escueto en la relación con Getúlio Vargas, sin embargo, para su despedida, el presidente hizo uso de la radio nacional para despedirse de su amigo dedicándole palabras elogiosas y un fragmento considerable del programa oficial. La relación así establecida, iba a terminar con la expatriación de los dos últimos asilados, según consta en el diario:

[Rio de Janeiro, martes] 25 de noviembre 1930

Embarco en el *Cap Polonio* a mis dos últimos asilados políticos, Oscar Matta y Coriolano de Goes, a este último después de muchas luchas, y casi rozando el incidente con la nueva policía.⁵⁹

Oscar Matta figura entre quienes llegaron primero a la Embajada de México, alcanzando casi un mes de estancia en las instalaciones Coriolano de Goes, llegó posteriormente y, como lo señala Reyes, su expatriación fue complicada pese a contar con los salvoconductos pertinentes; esto es también una situación de hecho normal, pues el último momento en el que el gobierno expulsor puede provocar situaciones de hecho que determinen la no realización del asilo, es el momento de la expatriación. Otros casos de acoso en el otorgamiento del asilo fue el que vivió Martínez Corbalá en el caso del golpe de Estado en Chile, o el que sufrió la embajada de Ecuador en Londres ante el asilo concedido al fundador de Wikileaks. De hecho, la situación es de suyo complicada pues en ella intervienen directa e indirectamente personas e instituciones que no necesariamente obedecen puntualmente órdenes del poder sino que pueden tomar decisiones erróneas en momentos especialmente críticos.

⁵⁹ Reyes, Alfonso. Op. Cit.. Pág. 33

En su informe oficial, Reyes dará cuenta más detallada de la manera en que fue concedido el asilo, sus pormenores y sus efectos diplomáticos; la concesión preliminar del asilo fue informada de la siguiente manera:

La mañana del día 27, inesperadamente, se oyeron tiros, la gente comenzó a huir; se vio pasar tropas por grupos que requisicionaban para su transporte los autos particulares, y corrió la voz de que la policía militar había reaccionado en favor del gobierno depuesto, ayudada por unidades de la Marina. La tropa se fortificó en varios puntos de la ciudad y por un par de horas no se supo bien lo que pasaba. La familia del presidente Washington Luis, que había regresado a casa de unos parientes después de permanecer unas horas del día 24 en la embajada de Portugal, se presentó en masa en mi embajada solicitando refugio, ante el pánico de la ciudad que por momentos cobró aires de verdadera anarquía. hice izar mi pabellón, notifiqué el hecho al nuncio en calidad de decano, para que éste lo comunicara al cuerpo diplomático y todo él diera su apoyo a la familia en caso necesario; y así permanecieron todos durante el día de ayer en esta embajada, donde llegaron a refugiarse las siguientes personas que, aunque numerosas, aún no alcanzan el número de 30 que días pasado se contaba en la embajada de Portugal (y puedo asegurar a usted que, con excepción de algunos que, como el ministro residente de Hungría, señor Haydin de Ipolynyek, que da con la puerta en las narices al que le pide asilo, o del encargado de Negocios de Bolivia, señor Reynolds, que les propone entregarlos a la policía, todos hemos tenido buena dotación en el reparto).⁶⁰

Siguiendo el informe, quedan claras las circunstancias en que se otorga el asilo político; primero una situación de violencia en el que los opositores al gobierno, que no los delincuentes comunes, sienten amenazadas su seguridad, su vida o su libertad; ese hecho

⁶⁰ Reyes, Alfonso. *Obra diplomática*. Tomo II. Compilación de Víctor Díaz Arciniega. FCE. México. 2001. pág. 13.

desde luego se estaba verificando en la ciudad de Rio en los días posteriores a la caída del presidente y, desde luego, la familia y los allegados del Presidente tenían particulares motivos para sentirse amenazados; por otra parte, es necesario que medie la solicitud del asilo, salvo en el inédito caso de la experiencia con la República española, en que México ofreció el asilo político, lo habitual es que sea el afectado el que lo solicite; así, la familia del presidente se había asilado por tres días en la embajada de Portugal, que por alguna razón excusó comprometerse con el gobierno revolucionario y de ahí que hayan cambiado la sede de su asilo a la Embajada de México; resulta natural que dadas las relaciones coloniales que mediaron entre ambos países, los intereses económicos y políticos fueran prioritarios sobre la salvaguarda de los solicitantes del asilo; por último la calificación que hace el jefe de la legación en su carácter de representante del estado asilante, en este caso particular Alfonso Reyes, calificando precautoriamente si el solicitante amerita o no la protección diplomática y si puede considerársele un perseguido político y no uno de fuero común. Por otra parte, las prácticas diplomáticas consideran importante la comunicación entre los miembros del cuerpo diplomático, cuyo líder tradicional es el decano, para prestarse ayuda mutua en estos casos en que es importante una red de apoyos considerables. Debe hacerse notar también, que el asilo político es una prerrogativa del Estado que lo otorga y no una obligación internacional; así los gobiernos de Hungría y de Bolivia, se negaron a dar asilo político en ejercicio de su soberanía.

La lista oficial de los asilados al día 27 de octubre, fue enunciada de la siguiente manera:

Señora de Washington Luis Pereira de Souza;

Señora Maria Pires de Mello, hija del presidente Washington Luis;

Niño, hijito de la anterior;

Señor Firmino Pires Mello, esposo de la anterior;
Señora Aracy Pereira de Souza, nuera del presidente Washington Luis y esposa del
Señor Cayo Luis Pereira de Souza, hijo del presidente Washington Luis;
Señor Victor Luis Pereira de Souza, hijo del presidente Washington Luis;
Comandante Ayres da Fonseca Costa, marino, ayudante de órdenes del presidente Washington Luis que ha mantenido a las órdenes de la familia;
Florinda dos Santos, criada de la familia, niñera;
José Baptista Silva, chauffeur de la familia;
Doctor Mário Britto, director de A Ordem;
Señora de Britto;
Hijita de los anteriores;
Dos criadas de las anteriores;
Doctor Ozeas Motta, director de A Vanguarda;
Señor Mazzim Seroa da Motta, su hermano, gerente de A Vanguarda y director de Asociación Brasileira de Prensa;
Esposa del anterior;
Diputado Alves de Souza, director de O Paiz;
Dos cuñados del anterior;
Doctor Henrique Lage, propietario de la Compañía de Navegación Costeira de Brasil.
Pasajeramente, y en tanto que se disipaba el pánico callejero, el abogado Renato de Paula, del Tribunal de Cuentas, y un jovencito de la Agencia Lux, servicio de recortes de prensa.
Poco después, otros cuantos colaterales de la familia Washington Luis y Gabriel Bezanzoni, mujer del doctor Henrique Lage con dos parientes.⁶¹

Como se observa, la mayor parte de los asilados eran personas cercanas al presidente depuesto y no necesariamente perseguidos políticos; de ahí que el asilo político otorgado se brindara apenas por una horas o días hasta en tanto no se

⁶¹ Reyes, Alfonso. Op. Cit. págs. 13 - 14.

aclaraba la situación política; en todo caso, la primera responsabilidad del jefe de la legación asilante es salvaguardar la vida y la libertad de sus asilados y no permitir su reingreso a la vida habitual hasta en tanto no se presenten las garantías expresas o tácitas de que no serán perseguidos injustamente. La primera salida de asilados se verificó en la noche misma del día 24, como la describió Reyes en su informe:

Por la noche, tomadas ya todas las seguridades y envuelta otra vez en la calma de la ciudad gracias a la difusión de noticias y explicaciones que el general Leite de Castro, ministro de Guerra provisional hizo personalmente a través del radio, *y gracias también a las declaraciones que se hicieron mediante la prensa vespertina de que la actual junta de gobierno sólo se considera como un poder de emergencia para mantener el orden, pero que el gobierno definitivo ha de surgir del acuerdo con los jefes revolucionarios del norte y del sur, cuando éstos lleguen*, lo que calmaba cierta expectativa angustiada del pueblo, pero lo que quita a la junta provisoria toda seriedad para tratar con los diplomáticos según adelante explicaré -mis refugiados fueron todos reintegrándose a sus hogares-. Así se retiró toda la “gens” Washington Luis, doctor Henrique Lage y lo suyos y el doctor Mario de Britto y sus familiares... También se retiraron los asilados momentáneos y sólo quedaron los dos hermanos Motta y el diputado Alves de Souza que demuestra una gran postración de ánimo y se pasa el tiempo encerrado en un cuarto.⁶²

Esta explicación dada a la superioridad diplomática expone la ruta de comportamiento del embajador mexicano; por un lado, honra la tradición mexicana de asilo, asimismo, no interfiere con el movimiento revolucionario que todavía inmaduro tiene que esperar hasta que su líder decida las posturas y protagonistas de su gobierno, su expectativa permitiría al cabo de los días crear

⁶² Reyes, Alfonso. Op. Cit. pág. 17

una base de diálogo suficiente con el nuevo gobierno; pero del mismo modo, salvaguardaba la vida y la libertad de sus asilados hasta en tanto no hubiera claridad suficiente para saber si enfrentarían o no persecución. con la salida de la familia y allegados del presidente Washington Luís, quedaron en la embajada algunos periodistas y un diputado, algunos de los cuales alcanzarían casi el mes de estancia en la embajada antes de poder ser expatriados finalmente.

Uno de los aspectos más interesantes del asilo político, aquel en el que interviene más el criterio del jefe de la legación que los propios instrumentos internacionales, es la elección de quién es aceptable como beneficiario del asilo y quién no lo es; en otras palabras, el diplomático cuenta con un tiempo sumamente limitado para conceder o negar el asilo, una vez que el diplomático ha considerado a un sujeto digno del asilo, queda bajo su protección y constituye una violencia grave contra las costumbres internacionales despedir a un asilado sin la protección previamente ofrecida. Alfonso Reyes, en ese momento, vive la presión de mantener vigente la política mexicana de asilo, cumplir con las órdenes restrictivas que ha recibido y comprender rápidamente la situación que cada solicitante de asilo presenta, obsérvese la siguiente parte del informe:

En la noche vino a añadirse un nuevo huésped: el doctor Barreto Filho, secretario del último jefe de policía del régimen depuesto, que me fue *especial e insistentemente recomendado por sus mismos adversarios políticos*, los revolucionarios redactores de o Jornal pues, según usted comprenderá por la descripción que vengo haciendo, la junta provisoria no controla del todo la situación ni puede garantizar del todo las cosas. La presencia de este señor en mi embajada, así como la imposibilidad de tener decentemente más huéspedes y las mismas instrucciones de gran prudencia que usted se ha servido dictarme, me obligaron, muy a mi pesar, a negar hospedaje (pues, al parecer y dado que viven en una casa de Copacabana, y se pasan el día fumando y

bebiendo en la terraza a la vista de todos, era más bien hospedaje lo que solicitaban, o asilo precautorio *por si acaso eran perseguidos cuando llegaran los jefes del norte y del sur*) a los hermanos Mario y Newton Rodrigues de *A Critica*.⁶³

Hay que hacer notar que una de las constantes en la institución mexicana del asilo es su otorgamiento independientemente de las ideas políticas que profese el asilado; así, en cada caso, para la diplomacia mexicana, el principal criterio es el grado de riesgo que corra el sujeto y la posibilidad efectiva de que el amparo del pabellón mexicano pueda significar la expatriación del solicitante; de ahí que en una situación de tanta confusión como la que privaba en el momento de las solicitudes de asilo que le fueron presentadas a Alfonso Reyes, figurara la rara experiencia del jefe de la policía del régimen depuesto - el simple sentido común indicaría el grado de riesgo que tal sujeto en realidad corría - recomendado por sus adversarios políticos; especialmente en el sentido de que la Junta Provisional no podía garantizar la seguridad de quienes, en realidad, tenían enemigos políticos a los cuales temer; asimismo, el fenómeno del “asilo precautorio”, es decir, para el caso de que en efecto se actualice una situación de riesgo, no pareció ser suficiente para el embajador Reyes; debe considerarse que el asilo es una institución que por sí misma genera tensiones entre el Estado expulsor y el Estado asilante, pues indirecta pero necesariamente, la concesión del asilo constituye un juicio que el Estado asilante hace del expulsor en un caso preciso de violación de derechos humanos; si bien tal juicio se ve moderado por la situación de excepción que generalmente acompaña a la solicitud, no deja de ser una valoración a la política interior realizada por un gobierno extranjero.

⁶³ *Ibid.*

A fin de cuentas, Alfonso Reyes vivió esta experiencia de asilo poco antes de comprometerse en la más grande operación de asilo político, inédita hasta su tiempo, que comprometería a la política exterior, a la poblacional y laboral de México en el gobierno de Lázaro Cárdenas, el concedido a los republicanos españoles víctimas del golpe de Estado franquista. La peculiaridad del caso brasileño, protagonizado por Reyes, es que no existió ruptura alguna de relaciones con el Brasil, que por el contrario, pese a los casos de asilo, la relación con el gobierno revolucionario fue buena y aún mejor la establecida entre el nuevo presidente de la República Federativa del Brasil y el embajador mexicano; como en cada caso, resultaron tan importantes el buen juicio, el oficio diplomático y la rápida comprensión como la disciplina diplomática y el conocimiento de los instrumentos internacionales.

Colofón. Alfonso Reyes y la experiencia brasileña.

A finales de 1931, un año después de los hechos de asilo político, y poco más de ese tiempo de su arribo al Brasil que en su momento Reyes tanto lamentara, dio a la prensa su ensayo *Ubérrima Urbe*, uno de los textos más conocidos del regiomontano y que constituye una declaración de afecto con la ciudad que lo abrigó durante años y en la cual vivió algunas de sus experiencias personales, profesionales y literarias más intensas, decía Alfonso Reyes:

Las casas echarán raíces; las ventanas engendrarán yerbas trepadoras; el hombre y el animal se frecuentarán con cierto respeto, y con más atenuada envidia la mujer y la rosa; el niño se confundirá con la fruta; la penca, con el soldado en armas. Entre el velar y el dormir correrá un cordón de manso fuego. Aquel hortelano podrá volverse un antiguo Término en lo que basta para imaginarlo y

contarlo: como en Ovidio. Y Pan, tronco que acaba en hombre, será el símbolo acomodado para la ciudad todavía plástica, aún no desprendida de la mano de Dios. El Paraíso — decía Vespucio— no puede estar lejos de aquí.⁶⁴

Este proceso de apropiación, de convivencia, es parte de toda una experiencia vital que transformaría a Reyes; puede decirse que el ejercicio del asilo político y su convivencia con la revolución del Estado Nuovo desde su origen, fue un catalizador para que el mexicano pudiera aproximarse y comprender los valores y la cotidianeidad del Brasil, que sigue siendo, para la mayoría de los mexicanos una tierra ignota, fascinante y a veces distante. Puede decirse, por otra parte, que la presencia de Alfonso Reyes constituye un parteaguas en las relaciones diplomáticas entre ambas naciones; al final de su jornada carioca, el poeta Manuel Bandeira, en el banquete que los escritores brasileños le ofrecieron en el Jockey Club de Río el 21 de junio de 1936, expresa su melancolía por la partida de Reyes, la que compara con la tristeza y desazón que la época, empeñada en aproximarse a la Segunda Guerra Mundial:

Os cavalinhos correndo,
E nós, cavalões, comendo...
Tua beleza, Esmeralda,
Acabou me enlouquecendo.

Os cavalinhos correndo,
E nós, cavalões, comendo...
O sol tão claro lá fora,
E em minh'alma anoitecendo!

⁶⁴ Reyes, Alfonso. Ubérrima Urbe, en *História natural das Laranjeiras. Obras Completas*. Tomo IX. FCE. México. 1996

Os cavaleiros correndo,
E nós, cavaleiros, comendo...
Alfonso Reyes partindo...
E tanta gente ficando...

Os cavaleiros correndo,
E nós, cavaleiros, comendo...
A Itália falando grosso,
A Europa se avacalhando...

Os cavaleiros correndo,
E nós, cavaleiros, comendo...
O Brasil politicando,
Nossa! A poesia morrendo...
O sol tão claro, Esmeralda,
E em minh'alma anoitecendo!⁶⁵

⁶⁵ Bandeira, Manuel. Estrela da vida inteira. en Ellison, Fred P., Alfonso Reyes y el Brasil. Conaculta. México. 2000. págs. 153 - 154.

Alfonso Reyes utopista. Homenaje de la Facultad de Derecho.

Conferencia

Al volver de su larga vida en el extranjero, uno de los primeros lugares que Alfonso Reyes visitó fue la Escuela Nacional de Jurisprudencia, en aquel ahora lejano 1939, Reyes disertó sobre uno de sus temas favoritos: las utopías. Después de haber visto medio mundo, de haber vivido en dos continentes y dos hemisferios, de haber escuchado tres lenguas nacionales, después de haber perdido a su padre en los días demenciales de aquel febrero de 1913, febrero de Caín y de metralla, de vivir el exilio y la pobreza en aquella casa madrileña que por lo fría parecía labrada en las entrañas de un diamante, de haber atestiguado la derrota de la España libre y la primera guerra mundial; Reyes regresa y el primer tema del que se ocupa es el de lo inalcanzable, el de lo imposible.

¿Qué es lo que empuja a un hombre que ha vivido la persecución, la violencia y el exilio a pensar y escribir sobre los mejores mundos que la inteligencia humana haya podido imaginar? Al menos encuentro dos motivos: el primero: porque sólo en casa puede el individuo actuar con la libertad y el vuelo que el afecto y la memoria autorizan y, el segundo, por su profunda e inefable fe en la inmortalidad de la cultura.

Los viajes le enseñaron a Reyes que el hombre no tiene hogar sino en su imaginación y en su memoria que es, en cierta forma y según sus palabras, un ciudadano del mundo y un poco náufrago en cualquier sitio; pero que en el fondo del alma de cada individuo hay un rescoldo de cenizas del hogar, donde se

reúne la memoria, las claves más profundas para la interpretación del mundo y que en su caso, en nuestro caso, se llama mexicanidad.

A lo largo de toda la obra de Alfonso Reyes se agita, disimulado o espontáneo, el tema del retorno; es Ulises siempre tratando de volver a Ítaca, pero también como Ulises, no vuelve con las manos vacías, sino repletas de los dones que logró recoger en cada uno de los pueblos en que habitó haciéndose uno más de sus vecinos.

Alfonso Reyes volvió trayendo el testimonio de una vocación cumplida y obedecida aún en las más penosas circunstancias; sumisión a sí mismo que él consideraba el mejor consejo que se puede dar a un joven; en otras palabras, el ejemplo vital como enseñanza.

Trajo también el mensaje de la madurez intelectual de México; de su capacidad para ocupar su lugar en el banquete de las culturas por mérito y por derecho propios; con capacidad para construir la justicia y la libertad, con el conocimiento para expresar con su propia voz y su propio espíritu los mismos temas que constituyen el patrimonio de la cultura occidental.

Reyes sabe que no hace falta construir razas cósmicas, ni destruir el pasado para aspirar al futuro: su idea de revolución se reduce a tres palabras sacramentales: pan, jabón y alfabeto.

Retorna con una prosa y una poesía límpidas, hermosas en una sencillez adquirida por la experiencia y el trabajo disciplinado; pero ante todo, por el alma llana y simple del aire de México que confunde a veces con la llanura castellana y que le permite ver en las cumbres del Pirineo, la silueta disimulada y potente de la sierra del Ajusco.

Ese es el hombre que retorna a su país después de que, como hace decir al Coro en la *Ifigenia Cruel*, habiendo bebido la tarde pudo librarse de su estrella: ese es el hombre que puede hablar de la utopía, del sueño donde la cultura permita al ser humano ser mejor de lo que su naturaleza aparente le permite.

Ese sueño de Alfonso Reyes, extraído de la Grecia clásica, depurado por los renacentistas y enfrentado por los pensadores de su tiempo, se compone de verdad y de belleza.

Volver al ideal del abogado como hombre culto, que abocado al servicio de la sociedad pueda ver en la especialización un campo para la profundización del conocimiento, pero no una vocación humana, es también un sueño que compartimos con Alfonso Reyes: ver nuestra comunidad como un grupo de hombres y mujeres comprendiendo al Derecho como la más compleja y dinámica de las manifestaciones culturales.

Por eso, al honrar la memoria de Alfonso Reyes, como hijo de nuestra casa, como miembro histórico de nuestra comunidad; honramos las tradiciones humanistas de la ciencia jurídica.

Alfonso Reyes fue testigo y cronista privilegiado de los tiempos más duros del siglo XX. Lo impresionan particularmente el asedio de París durante la primera guerra mundial y su ocupación por los nazis durante la segunda; dejan huellas indelebles en él la guerra de facciones en que se convierte la Revolución mexicana después de la muerte de Madero, y causa en él heridas profundas la barbarie fratricida de la guerra civil española. Pese a todos esos hechos terribles, Reyes no pierde la fe en el hombre y en su posibilidad de redención.

En su lectura, el ser humano, como ser contingente, desvalido ante la naturaleza y débil ante sus propios impulsos, requiere de la esperanza que da el orden y la cultura; de la salvación que procura la educación, el arte y la literatura. Por eso no se rebela frente a la naturaleza humana, sino ante la perversión de las instituciones cuando pierden su sentido. A la muerte de Federico García Lorca, hecho particularmente doloroso por tratarse de un poeta, Reyes pone en labios de otro coro de tragedia las siguientes palabras:

Madre de luto, suelta tus coronas
sobre la fiel desolación de España.
Ascuas los ojos, muerte los colmillos,
bufa en fiestas de fango el jabalí de Adonis,
mientras en el torrente de picas y caballos
se oye venir el grito de los campeadores:
¡Aprisa cantan los gallos
y quieren quebrar los albores!

Las letras de Alfonso Reyes, en efecto, quieren quebrar los albores, y lo logran.

La Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México se ha propuesto, en una marcha que ya casi alcanza el medio milenio, también quebrar los albores; llevar la libertad donde se cierne la obscuridad de la superstición y la ignorancia, llevar la conciencia del orden y de la equidad donde priva la violencia y la intolerancia; conducir la solidaridad y la justicia donde se enseñorean la arbitrariedad y la anarquía; en palabras de Unamuno, amigo dilecto de Alfonso Reyes, oponer la fuerza de la razón a la razón de la fuerza.

Recordamos a Alfonso Reyes el universitario, al egresado de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, al miembro de nuestra

Junta de Gobierno, al abogado; pero sobre todo, a quien nos enseñó que de la misma manera en que en su Brasil feraz, las aves de su casa aprendían a cantar en castellano, podemos nosotros convertir nuestra tarea educativa en la misión profunda de acrecentar la memoria y la cultura para legarla a los mexicanos del futuro.

Muchas gracias.

Visión de Alfonso Reyes a 100 años de su llegada a Madrid. Conferencia pronunciada en la Casa de América, Madrid. España. 2015.

Harán ya noventa y tres años que un mexicano, al abrir una reunión del Ayuntamiento de Madrid, se permitió un atrevimiento cuya osadía entonces sólo comprendió don Manuel Azaña y que el tiempo mantuvo como expresión profética. En aquella ocasión, aquel mexicano terminó su alocución con estas palabras:

Deseo pues señores, que su amabilidad me conceda un sólo y único título para presentarme ante vosotros, y es el de ser –de verdad y de corazón– un “voluntario” de Madrid.

Ese hombre se llamaba Alfonso Reyes. Tenía treinta y tres años de edad y siete de residencia en Madrid. Se había hecho habitual en la prensa española, inventado la crítica cinematográfica en español y publicado nueve libros, ocho de ellos en España. Mucha agua había corrido por el Manzanares desde su llegada.

Había salido de su patria algunos años antes; proscrito por causa de un padre que desde las más altas cumbres del poder había descendido hasta el punto en que los equivocados suelen ser confundidos con los traidores y los sublevados.

Alfonso había sido rico y de aquello nada quedaba; pertenecía a una generación de hijos privilegiados que como infantiles prometeos, habían tratado de robar el fuego al dictador para llevarlo al pueblo y comenzar una revolución desde la Universidad, a través de las ideas y de un comando inocente y desarmado al que como una señal del orgullo de su edad y como una insignia de su respeto por la inteligencia, habían llamado el Ateneo de la Juventud. Después, cuando los hechos los superaron, la vorágine de la guerra civil los dispersó por el país y por el mundo. Alfonso, hijo del General Bernardo Reyes, anciano general que parecía ser el sucesor natural de un presidente que por su control absoluto y la longevidad de su mandato había hecho de la política nacional una función de su propia actividad vital, se vio privado de los privilegios de su clase y jerarquía.

Su padre, suprimido en la carrera por el poder, incluso hecho preso por sus enemigos políticos, se dejó caer en los brazos de la rebelión y encontró la muerte en un ataque romántico, heroico y descabellado contra Palacio Nacional.

A partir de ese momento fatal, Alfonso llevaría en su conciencia la pena de no haber podido evitar el desastre. El presidente Francisco I. Madero, le había prometido el perdón para el viejo general si lograba disuadirlo de su obsesión levantisca, pero él resultaba el menos indicado para esa tarea; Alfonso era el picado de la araña de las letras, el intelectual y no el hombre de acción al que su padre hubiera escuchado. Muchos años antes, el antiguo héroe de guerra y fundador de ricas ciudades en medio del desierto y de la nada, cuando lo envió a la Ciudad de México a estudiar Derecho, le advirtió que en su familia, *nadie se hacía poeta por oficio.*

En un país revuelto, gobernado por una dictadura desacreditada y odiosa, su antigua tranquilidad de hijo de familia dedicado a revivir los diálogos de Sócrates en la casa de Pedro Henriquez Ureña, se esfuma en unas cuantas semanas. Obtiene el título de licenciado en Derecho con una tesis escrita a mataballo: “La teoría de la sanción”, que adelanta por décadas a la filosofía jurídica mexicana. Debe casarse con la que será su compañera de toda la vida pues su único hijo está ya en camino.

Llamado por Victoriano Huerta, el nuevo dictador, recibe una macabra propuesta para compensarlo por la muerte de su padre: le es ofrecida la secretaría particular del usurpador. Alfonso no pierde el control sobre su inteligencia y para no secundar el golpe de Estado, pide la gracia del exilio y sale a Francia con un cargo diplomático con el que inicia una larga carrera de más de treinta años-, que nunca imaginó para sí y que le sabe más a refugio y salvamento que a mérito y logro.

El hombre herido que sale de su patria exhibe una voluntad que no mostrará jamás fatiga, como corresponde al pudor de su espíritu latinoamericano, pero que se sentirá siempre en sus letras, a veces de modo sutil y otras de manera desbordante, como en su *Oración del Nueve de Febrero* o en éste, su *Romance Viejo*:

Yo salí de mi tierra, hará tantos años, para ir a servir a Dios.
Desde que salí de mi tierra me gustan los recuerdos.

En la última inundación, el río se llevó la mitad de nuestra huerta y las caballerizas del fondo. Después se deshizo la casa y se dispersó la familia. Después vino la revolución. Después, nos lo mataron...

Después, pasé el mar; a costas con mi fortuna, y con una estrella (la mía) en este bolsillo del chaleco.

Un día, de mi tierra me cortaron los alimentos. Y acá, se desató la guerra de los cuatro años. Derivando siempre hacia el sur, he venido a dar aquí, entre vosotros.

Y hoy, entre el fragor de la vida, yendo y viniendo a rastras con la mujer, el hijo, los libros, ¿qué es esto que me punza y brota, y unas veces sale en alegrías sin causa y otras en cóleras tan justas?

Yo me sé muy bien lo que es: que ya me apuntan, que van a nacerme en el corazón las primeras espinas.

Reyes que tanto admiraba las tragedias griegas, sale de su patria queriendo eludir su destino sin saber que, al contrario, el barco que lo aguardaba en Veracruz lo dirige a su destino de escritor, pero no de la manera en que había soñado.

Llegó a París, la ciudad que por décadas había soñado; al fin estaba en las calles que Proust, Balzac y Zola habían descrito. Sobre todo, había entrado al mundo más allá de su patria donde el cosmopolitismo estaba sólo en los libros, en donde el aire transpiraba la limitada dulzura del provincialismo. Sin embargo, la experiencia del primer París fue acaso demasiado breve, apenas suficiente para mostrarle su falta de mundo y la auténtica dimensión de su apetito por conquistarlo y escribirlo.

Cuando apenas había terminado de desempacar su limitado patrimonio y comenzaba a tirar sus primeros anzuelos, la historia le propinó otro par de golpes a la poca estabilidad que le quedaba. En 1914 un escueto telegrama le anunció que sin remedio ni compensación, derrotada la dictadura, Venustiano Carranza hombre fuerte en turno, cesaba a todo el cuerpo diplomático mexicano acreditado en el extranjero; Carranza había

apoyado al padre de Alfonso en los buenos tiempos, por eso, en su desesperación, aguardaba una contraorden o al menos un gesto de tranquilidad, esperó en vano hasta que la entrada de Francia en la Gran Guerra le demostró que no tenía futuro en la ciudad que había tanto soñado. Una vez más, en apenas unos meses, se vio en el trance de la huída, ya sin cargo ni aval y con el Pirineo como puerta a la salvación.

Si su salida de México le había hecho sentir la violencia, la de París le había revelado el sabor del abandono. No le quedaba sino confiar en su garra y mantenerse a través de las letras; sobrevivir a París lo hizo un hombre del que su padre habría estado orgulloso. La vivencia de Madrid, aún sin borrar del todo las cicatrices, le ayudó a seguir viviendo con esa sombra, independizarse de ella y asumirse como escritor por sobre cualesquiera consideraciones. El primer París quedaba atrás, como un crepúsculo al que aspira a volver a reír, como lo expresa en su *Madrid Cubista*:

Gran estremecimiento de duda fue París. (Todos son profetas en su tierra). Dura escuela de laboriosidad y, en fin, ciudad triste como hermosa, contra la frivolidad alegre que dicen los necios. Tan hermosa que se la ama con las lágrimas en los ojos. Triste, bella entre la niebla, donde se está solo con el alma, acaso más que en todo el silencio campestre de su naturaleza ¡oh Emerson! Donde se llora la pérdida irremediable de algunas excelencias nativas. Un oscuro vaho de la raza se levanta desde el corazón. Un vacío inmenso hubo en mí, donde cupo toda la amargura de mis lagos.

Alfonso Reyes llega a tierras españolas por el norte, si al principio de su exilio se había propuesto consagrarse a su obra, a redimir la memoria de su padre y a servir al país desde su carrera

diplomática, al llegar a España solo tiene una cosa en mente: ganarse la vida.

La larga estancia de Reyes en Madrid dejará huellas imperecederas en su pluma, en su alma y su visión del mundo. Ha querido la crítica y la iconografía clásica sobre la vida de Reyes, dividir esa estancia en dos partes de similar longitud, antes y después de la recuperación de su calidad diplomática; sin embargo, podríamos ensayar otra disección de ese tiempo fundamental y caro para Reyes, que escribe en su obra la palabra Madrid, descontando las menciones en fechas, nombres de instituciones y referencias bibliográficas, un total de 1,109 veces, muchas más de las que se refiere a París o a su natal Monterrey y apenas por debajo de la palabra México.

Quisiera ensayar en este Visión de Alfonso Reyes, no dos, sino tres vertientes de crecimiento pues los años de Madrid fueron, con los años del Ateneo de la Juventud, sus principales etapas de aprendizaje y maduración. Si la antigua Escuela Nacional de Jurisprudencia lo había educado, le había abierto los ojos a la cultura y a las letras; los años de Madrid, en el Centro de Estudios Históricos, en la redacción de diarios y revistas, en la legación de México y aún en las calles y en los cafés, le enseñaron lo que él, en sus postreros años, llamaría “el oficio general de ser humano”.

Primero, encontramos el proceso de construcción de su personalidad; enseguida, la afirmación del escritor como cumplimiento de su vocación, y por último la definición de su sentimiento de nacionalidad y pertenencia. Es sobre esos ejes que la experiencia de Reyes en Madrid es un punto de inflexión en su vida, un momento de cambio y transición de tal magnitud

que sólo podrá compararse con la vivencia de la madurez a su retorno a México en 1939.

Estos cambios sólo fueron posibles en la medida que don Alfonso, al contrario de París, tuvo en Madrid un hogar y no sólo una estancia de paso. La experiencia de Reyes en España estará siempre iluminada por una gratitud profunda que tendría, a la larga, un enorme significado histórico, pues serían esos mismos amigos que lo acogieron los que luego encontrarán idéntica recepción al sobrevenir la sublevación y la caída de la República que era tan querida para Reyes. Muchos años después de su arribo a Madrid, en una de tantas recreaciones de las que dejó constancia, decía:

Cuando, a fines de 1914, yo llegué a Madrid, dejándome atrás, como Eneas, el incendio de mi tierra y el derrumbe de mi familia, mis buenos hermanos de España, sin interrogarme siquiera ni examinar mis credenciales, me abrieron un sitio en las filas del periodismo y las letras y me consideraron, desde el primer momento, como uno de los suyos. Yo no tuve que solicitar nada, ni se me pidieron explicaciones. Pudieron no haberme hecho caso; mi bagaje era todavía muy ligero: un libro único en mi haber.

Y más adelante, en otra ocasión:

A veces evoco aquellos libérrimos días de -Madrid - mis primeros cinco años de España - en que la independencia más cabal era el contrapeso feliz de mi penuria. Al instante me acuden las imágenes de aquellos buenos hermanos que compartieron conmigo el humilde pan del escritor. Desde luego, nuestro llorado Enrique Díez-Canedo, ya tan mexicano como español, y con quien la vida había de juntarme de tiempo en tiempo en varias ciudades de Europa y América, para finalmente traerlo aquí a mi lado.

Esa presencia de ánimo, siempre afectuosa y siempre agradecida, generó en el regiomontano un sentimiento de identidad y pertenencia que no estuvo exento de tintes políticos y que le ayudó a lograr el dominio de su propio personaje; de aquel joven solemne que veía en la cultura la mayor prenda que podía portar cualquier ser humano, proviene el hombre jovial que ha vencido el miedo al destino, ha pagando su cuota de dolor y encuentra en las letras y las artes funciones vitales dentro de un mundo que hay que habitar y también gozar. Reyes resuelve pues su estancia en Madrid con una sabiduría mundana que lo aleja de las torres de marfil y de los conciliábulos culturales para arrojarlo a la vida, a la existencia pura y llana del día a día que deviene en laboratorio de sus más profundas ideas. Años después, al terminar su segunda estancia en la capital francesa, Reyes hace un recuento de esa forma de su ser en el mundo:

París acabó de convencerme de que uno de los primeros deberes está en procurar que nuestra vida y cuanto de cerca nos rodea despidan, ante todo, un aliento de agrado; que la vida sea en lo posible grata y dulce, que se parezca ¡Ay amigos! A lo que soñamos los hombres.

Reyes no se niega a los placeres, por el contrario, los anhela y los procura como parte de su experiencia estética; al mismo tiempo, su culto por la inteligencia no le sugiere moderación sino discreción. Al salir al encuentro con la belleza y sus placeres, el escritor se asume en el mundo y entiende que la literatura es vivencias y no se puede hacer a despecho del mundo y menos aún a espaldas del escritor como hombre al servicio de las ideas y creador de la realidad.

España da a Reyes la auténtica dimensión de sí mismo, define su carácter y esculpe la versión definitiva de una personalidad que no hará en el futuro sino perfeccionarse.

Un segundo eje para la Visión de Alfonso Reyes, lograda también en las prensas españolas, es su afirmación como escritor; es decir, como la sumisión del hombre a su vocación en torno a la cual gravitan todas sus demás ocupaciones, las más públicas y las más íntimas.

Entre las *Cuestiones estéticas* de 1911, su *Visión de Anáhuac* y su *Ifigenia Cruel*, hay una distancia de estilo y forma como la que existe entre el joven azorado que llega a Madrid y el hombre templado que regresa a México atendiendo al llamado de Álvaro Obregón.

La experiencia de Reyes como escritor profesional llevado al extremo de ser esa su única ocupación y fuente exclusiva de sustento, le permite afirmar su existencia dedicada a su arte y más que en un sentido estético, en un completo sentido vital; en junio de 1924, momentáneamente en México, Reyes responde a la pregunta ¿Qué fin persigo en escribir?

Me guía seguramente una necesidad interior. Escribir es como la respiración de mi alma, la válvula de mi moral. Siempre he confiado a la pluma la tarea de consolarme o devolverme el equilibrio, que el envite de las impresiones exteriores amenaza todos los días. Escribo porque vivo. Y nunca he creído que escribir sea otra cosa que disciplinar todos los órdenes de la actividad espiritual, y, por consecuencia, depurar de paso todos los motivos de la conducta. Ya sé que hay grandes artistas que escriben con el puñal o mojan la pluma en veneno. Respeto el misterio, pero yo me siento de otro modo. Vuelvo a nuestro Platón, y soy fiel a un ideal estético y ético a la vez, hecho de bien y de belleza.

Ese es, sin duda, uno de los grandes secretos de la literatura alfonsina y también la clave de su universalidad; al encontrar la medida entre una erudición que alcanza la cima de lo incontestable y la experiencia vital, Reyes respeta la expresión en estado puro, es decir, la literatura como fin en sí misma, pero no la comparte porque sólo la entiende como una función vital; de ahí que sus temas transiten con tanta libertad entre España y México, entre Iberoamérica y Francia; que puedan considerarse actuales a cien años de distancia y que resulten de una potencia estética tan lograda como intelectualmente provocativa.

En Madrid, Reyes enfrenta un mundo completamente distinto al que había conocido en sus primeros días mexicanos; encuentra un público que lee y sigue a sus autores, un ambiente literario vivo en el que sus actores ocupan la calle y compiten por la preferencia del público, que forman opinión más allá de los ambientes académicos o estrictamente culturales; en consecuencia genera con prontitud un cambio en su estilo para tratar de ganar claridad sin perder la profundidad de su discurso, se atreve con algunos aspectos del ser cotidiano de su ciudad que cualquiera pensaría reservados a los madrileños de origen o de muy antiguo cuño, por ejemplo:

Madrid que cambias luces con las horas:
Madrid, nerviosa exhalación de vidas:
con ímpetu de lágrimas golosas
interrogo la cara de tus días.

O bien:

Madrid está llena de canciones: por cada una de mis ventanas miro otras quince o veinte, y en todas hay una mujer en faena, y de todas sale una canción. La zarzuela de

moda impone coplas, estropeando a un tiempo la espontaneidad y la tradición. Todo este año me ha rascado las orejas El amigo Melquiades.

Pero sobre todo, son dos los libros de Reyes que pondrán de manifiesto con mayor claridad su afirmación como escritor y darán cuenta de la magistralidad de su estilo, ambas obras de sus días madrileños: *Visión de Anáhuac*” e *Ifigenia Cruel*.

Estos libros son profundas confesiones espirituales por las que el autor alcanza la catarsis de su propio ser de exiliado y de víctima de la violencia del destino; sin embargo, ninguno de ellos puede considerarse autobiográfico y ni siquiera se dirige al drama personal del autor; son el tema y el estilo los que concilian aquello que se agita en la conciencia del hombre para dejar constancia de su genio de autor.

Reyes, sensible siempre, vive atormentado por los fantasmas de la incompreensión y el olvido hasta su retorno final a México; sufre cuando su obra no es comprendida en su patria o cuando se le considera ya un extranjero en su propio país; la *Visión de Anáhuac*, es un rescate histórico de los primeros días de México, pero también es una declaración de principios de su mexicanidad, un manifiesto de amor a su origen y un ejercicio de estilo que aspira a domar el nacionalismo furibundo de la Revolución para exponer de entre lo más mexicano, lo más universal; podría comparársele en cierta forma con Unamuno a quien estuvo unido por una profunda amistad que reniega de los oropeles de una tradición manida que ahoga el más profundo sentido de España. Dice Reyes en su *Visión de Anáhuac*:

El viajero americano está condenado a que los europeos le pregunten si hay en América muchos árboles. Les sorprenderíamos hablándoles de una Castilla americana

más alta que la de ellos, más armoniosa, menos agria seguramente (por mucho que en vez de colinas la quiebren enormes montañas), donde el aire brilla como espejo y se goza de un otoño perenne. La llanura castellana sugiere pensamientos ascéticos: el valle de México, más bien pensamientos fáciles y sobrios. Lo que una gana en lo trágico, la otra en plástica rotundidad.

Quien haga el camino entre Madrid y Ciudad Real la vieja Ciudad Leal de la época republicana y luego siga la ruta entre Ciudad de México y Querétaro, se dará cuenta de la precisión de estas observaciones. Siempre que tengo la fortuna de venir a Madrid me arranca una sonrisa pensar que en el escudo nacional de mi bandera hay un higo chumbo y que, como bien observa mi hija Almudena, las banderitas de papel picado con que se adornan las calles de Chiapas en sus fiestas patronales son los mismos de la bandera de la España republicana.

Desde luego, Reyes va mucho más allá de esos juegos de curiosas coincidencias y se empeña en demostrar la existencia de un alma común en el lejano pasado de México y el alma nutricia española, pero que no puede confundirse con ninguna y que existe con carácter propio y como respuesta a un particular sentido histórico; de ahí que el final de la *Visión* pueda ser considerado como la credencial de identidad de las letras alfonsinas y también una de las miradas más profundas del sentido de lo mexicano, más lejana de Vasconcelos y más cercana a Octavio Paz y a Carlos Fuentes, es decir, más distante de su generación y más próxima a la de sus discípulos. Termina Reyes la *Visión de Anáhuac* diciendo:

Cualquiera que sea la doctrina histórica que se profese (y no soy de los que sueñan en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena, y ni siquiera fío demasiado en perpetuaciones de la española), nos une con la raza de ayer,

sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fragosa; esfuerzo que es la base bruta de la historia. Nos une también la comunidad, mucho más profunda, de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural. El choque de la sensibilidad con el mismo mundo labra, engendra un alma común.

En cambio, en la *Ifigenia Cruel*, Reyes se lanzará por los escabrosos caminos del destino que vence y domina incluso a los dioses y del que nadie escapa; buscará ahí liberarse de la culpa que arrastra consigo por no haber podido evitar la caída del gigante que fue su padre y al mismo tiempo, demostrar la pertenencia de la mexicanidad al mundo de la cultura clásica, a las raíces que nos identifican no sólo con España sino también con Francia e Italia, con Portugal y Alemania, con Grecia e Inglaterra, es decir, con ese vasto y complejo mundo que con imposible precisión llamamos Occidente.

En la anagnórisis de Ifigenia y Orestes Reyes exhibe el temor atávico por lo fatal y lo inevitable, devuelve al hombre el ejercicio de su libertad y su capacidad de reconciliación con el universo. Sabe que el individuo está sometido al complejo juego de las causas y los efectos, pero no lo deja todo en manos de esa máquina insomne e irredenta, sino que adelanta en un paso al destino a través de la bondad y la generosidad, así, hace decir a Ifigenia:

Quiero, a veces, salir a donde haya
tentación y caricia.
Pero yo sólo suelto de mí espanto y cólera.
Y cuando, henchida de dulces pecados,
me prometo una aurora de sonrisas,
algo se seca dentro de mí misma;
redes me tiendo en que yo misma caigo;
siendo yo, soy la otra...

Y me estremezco al peso de la Diosa,
cimbrándome de impulso ajeno;
y apretando brazos y piernas,
siento sed de domar algún cuerpo enemigo.

Los recursos estilísticos de Reyes aparecen así prácticamente completos, pero en estos dos casos y tal vez en *Anatomía de una pasión*, escrita en Brasil muchos años después, la maestría literaria está al servicio de la intimidad creativa. Sólo a través de esos textos y de la *Oración del Nueve de Febrero*, puede Reyes convertirse en un autor y en un hombre libre para transitar por la existencia, no exento de drama y de dolor — precio que todos hemos de pagar por la condición humana—, pero lo hará con la conciencia de que son esas las cartas que le tira el destino para armar su propio juego y no los cortes precisos de las Eumenides que no conceden escapatoria; por eso, a fin de cuentas, la Ifigenia, como toda la literatura alfonsina es siempre liberadora:

¡Oh mar que bebiste la tarde
hasta descubrir sus estrellas:
no lo sabías, y ya sabes
que los hombres se libran de ellas!

El último eje de crecimiento y maduración de Alfonso Reyes en su tiempo madrileño y con el que podemos concluir, si es eso posible, una visión de Alfonso Reyes, es el que se refiere a su sentido de nacionalidad que está íntimamente relacionado con su desempeño dentro de nuestro cuerpo diplomático.

En 1920, bajo el auxilio de Genaro Estrada y de José Vasconcelos, Alfonso Reyes es nuevamente llamado a formar parte del cuerpo diplomático mexicano. Permanecerá en España, primero como Segundo secretario, luego como Primer Secretario

y encargado de negocios ad interim. Desde luego, Alfonso no puede dejar de percibir este llamado como una especie de amnistía, como un perdón histórico por sus orígenes y como una rehabilitación de su nombre como mexicano que en conjunto con los suyos era parte de la reconstrucción revolucionaria. Para justificarlo, se entrega a su oficio con una pasión que, con todo, es aún menor que la que lo une a las letras; junto con la obediencia que caracteriza su tarea diplomática, Reyes se convertirá en un portavoz de los valores de la Revolución Mexicana y en interlocutor con los grupos progresistas de cada país en el que cumpla sus funciones diplomáticas: en Francia, con las izquierdas; en Brasil con el gobierno de Getulio Vargas donde tendrá una primera experiencia en el ejercicio del asilo político-; en Argentina, con los grupos antifascistas y en su retorno a México con el rescate de los republicanos caídos en desgracia.

Reyes se asume así como un promotor de la imagen del México de la Reconstrucción, del país que ha dejado atrás la lucha armada y que se propone construir una sociedad nueva con sus propios valores, lejos de la influencia soviética, aunque influido por un potente socialismo y también lo más lejos posible del imperialismo norteamericano, lucha en cuyo cenit brilla el momento de la expropiación petrolera.

Los informes diplomáticos de Alfonso Reyes cobran fama por constituirse como pequeñas joyas literarias caracterizadas por su capacidad de observación y su fino análisis político, tal vez su profundo conocimiento de la literatura le permitía, aunado a su sabiduría mundana, descubrir los hilos de la narrativa política que se iba desarrollando frente a sus ojos.

La época diplomática de Reyes en España resulta de gran interés para el gobierno mexicano pues coincide, después del desastre de Anual y del descalabro de Melilla, con el paulatino desgaste de la figura de Alfonso XIII que tuvo con el regiomontano una cercanía muy parecida a la amistad- y el lento ascenso de los liberales y republicanos que tendría como consecuencia la proclamación de la Segunda República Española casi dos décadas después. Así, por ejemplo, el 1º de enero de 1923, comunica el ascenso del grupo político de Melquíades Sánchez y el nombramiento de Alcalá Zamora como Ministro de Guerra. En el mismo informe, Reyes comunica a México, de una manera relativamente temprana, el crecimiento de la influencia republicana liberal y el agotamiento del modelo político tradicional:

Pero quien mañana lea estas notas habrá reflexionado ya sobre las agonías de este régimen político. Comoquiera, los liberales, según dice el cuento, tendrán que cumplir sus promesas:

¿Porqué dijo la reina madre, un día a Romanones, refiriéndose a Canalejas Los liberales acaban casándose con sus antiguas amigas?

Majestad contestó él -, tal vez porque los liberales cumplen sus promesas.

Un día, Alfonso Reyes tuvo que abandonar España para siempre; pero aquel a quien la sociedad, los escritores, el cuerpo diplomático y el gobierno, despidieron en Lhardi, en un evento que sería recordado por décadas. No será el mismo que había llegado pobre y casi desconocido diez años antes, se iba prácticamente formado en su carácter y en su estilo, llevaría como había escrito mucho antes su estrella en el bolsillo del chaleco, la voz y la presencia de México de nuevo en Francia,

donde perfeccionaría su conocimiento del mundo y se relacionaría con las vanguardias; en Argentina donde concluiría su visión de la lengua española como patria extendida y, finalmente en Brasil donde viviría los momentos más intensos de su madurez, de los que no saldrá sin heridas.

Regresará a México hasta 1939, para hacerse cargo, junto con Daniel Cosío Villegas, del rescate de los mismos amigos que antes lo habían salvado, sabrá honrar no sólo las instrucciones del presidente Cárdenas, sino sobre todo, los mandatos de la amistad y la solidaridad que había aprendido en esta ciudad que tanto amó y a la que dedicó tantas páginas.

En México, vendrían por fin los honores y los reconocimientos, la paz terminal, el trabajo como constructor de instituciones, envejecerá y será su corazón el que detendrá la marcha de su vida en 1959; habrá logrado entonces lo que muchos se propusieron sin alcanzar, aquello a lo que muchos aspiraron sin poder vislumbrar: crear una indivisible unidad entre su persona y su oficio, entre su vida y su obra, en honrar con las letras no una vida de santo sino de humano acaso demasiado humano diría Nietzsche para poder decir, para siempre:

Mar adentro de la frente,
a donde quiera que voy,
aunque haya nubes cerradas,
¡oh cuánto me pesa el sol!
¡Oh cuánto me duele, adentro,
esa cisterna de sol
que viaja conmigo!

...

Cuando salí de mi casa

con mi bastón y mi hato,
le dije a mi corazón:
~Ya llevas Sol para rato!
Es tesoro y no se acaba:
no se me acaba y lo gasto.
Traigo tanto sol adentro
que ya tanto sol me cansa.
Yo no conocí en mi infancia
sombra, sino resolana.

Fósforo va al Cine. Alfonso Reyes y el Nacimiento de la crítica cinematográfica en Castellano. Capítulo de libro.

Verano de 1915. Dos exiliados mexicanos salen de mirar una película en un cinematógrafo cercano a la Puerta del Sol de Madrid, encienden cada uno su cigarrillo y emprenden la marcha hacia el Café Gijón en Recoletos. No dicen nada. En la medida que se acercan a la mesa de mármol, al ruido apacible de las quince tertulias habituales del Café y al sabor del buen cortado que han de beber, afilan sus instrumentos, comparan con otras películas que han visto, a alguno de ellos le viene a la memoria algún texto menor de Stevenson, a otro la similitud con una puesta en escena que vio semanas antes en un teatro de aficionados en un colegio de Toledo. Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán llegan al Café Gijón, se les recibe como a cualquier otro cliente habitual y cuando se quitan los sombreros y se dejan caer en las sillas vienesas, simultáneamente se dan cuenta que van a mellar la navaja de Ockham multiplicando inútilmente los entes; cuando salgan de ahí y Reyes tenga que redactar un pequeño artículo para el *Semanario España*, habrá nacido la crítica cinematográfica en lengua castellana.

El cine se debatía entonces entre las nociones de entretenimiento que no tenía la connotación que nosotros ya le damos -, curiosidad técnica y arte. Para “Fósforo”, pseudónimo que utilizaron Reyes y Guzmán, juntos o separados según la ocasión y la agenda de cada uno, se trataba de una reflexión sobre la posibilidad de ver nacer un arte y al mismo tiempo de una oportunidad para expresar tanto sus sensaciones y

reminiscencias como sus juicios – incluso técnicos –, sobre lo que ofrecían las pantallas madrileñas de su tiempo. Cuando hacia 1950 Reyes publica el último artículo firmado como Fósforo, escribe el epitafio del protocrítico: “*Aquí yace uno que desesperó de ver revelarse un arte nuevo*”.

Ciertamente, unos meses antes, Federico De Onís se había dedicado en cuatro artículos escritos para *El Espectador*, también de Madrid, al asunto cinematográfico, pero no podríamos afirmar que se tratara de crítica en el sentido estricto del término, sino más bien, como el propio De Onís explica, a desentrañar el sentido del cine en general, a indagar sobre su lenguaje, en fin, a tratar la ilusión de movimiento proyectada en la pantalla como aspecto novedoso en la sociedad de su tiempo. Martín Luis Guzmán y Alfonso Reyes, en cambio, tiran sus anzuelos en otras aguas.

“*Frente a la pantalla*”, sección que Fósforo firmara, fue sobre todo itinerante: nacida en el *Semanario España*, transitó a *El Imparcial* que dirigía Ortega y Gasset, entonces ya elaborada exclusivamente por Reyes pues Martín Luis había salido ya de Madrid y no volvió a ocuparse del cine, aunque reunió sus propias notas en *A orillas del Hudson* y finalmente, dio sus últimos pasos en la *Revista General* que publicara el editor Calleja, de grata memoria. Su objeto fue, en cada uno de sus foros y desde cada cual de sus plumas, no sólo el cine como fenómeno estético del momento, sino las películas, en lo individual, dotadas de intención artística, de lenguaje y de posibilidades particulares, es decir, como crítica en el sentido más estricto del término.

Fósforo sale ya de la fascinación que acompañó a los primeros días de la linterna mágica, a los gránulos de almidón teñidos por Daguerre, para asumir el cine como algo ya dado, aún en sus primeros pasos ciertamente, pero ya definido y como parte de la vida cotidiana; lejos quedaron para Fósforo las primeras impresiones que a otros, como a Proust, tanto asombraban y que

pueden rastrearse como elementos de dramatismo e introspección en los personajes; así, en las primeras páginas de *Por el camino de Swann*, el personaje, todavía anónimo, describe el mundo que lo rodea, recuerda la proyección cotidiana de la linterna mágica en la oscuridad y serenidad de su habitación, donde después de presenciar el milagro de la luz proyectada todavía sin movimiento -, los infortunios de Genoveva, lo mismo que los crímenes de Golo, lo movían a escudriñar su conciencia con mayores escrúpulos.

Pero Fósforo no sólo resulta innovador en la lengua castellana, sino en el mundo del cine en general. Al tiempo que publica cada semana su columna, sólo existe en el mundo otro crítico cinematográfico, cuyo nombre, por cierto, olvidó al cabo de los años y que tenía su propia sección en algún diario de *Minneápolis* y con el que mantuvo correspondencia durante algunos años. Tiempos aquellos en que todavía era dable discutir lo que ahora resulta ya parte de la fenomenología del cine, es decir, de lo que debe darse para conjuntar las notas fundamentales de nuestra idea de un filme; Fósforo y el ahora anónimo crítico minneapolisano solían discutir sobre la necesidad estética de que una buena película tuviera o no un desenlace; el norteamericano argüía que aquello no hacía falta y para demostrarlo, le bastaba con sugerir un ejercicio básico: introducirse en una sala de cine hacia la mitad de la película, ver el final y esperar a la siguiente función para ver el inicio, de modo tal que podía verse el desenlace y posteriormente el comienzo de la trama, rompiendo sin dejar de entender la continuidad dramática del cine; aquella sería una de las primeras escuelas de la cinematografía, la de la luz y no la de la trama.

Pero para Fósforo Reyes, el cine es un arte totalizador, de luz, de ilusión de movimiento y también de drama y de ilusión de vida; un arte lleno de vitalidad, insuflada no sólo por la expresividad y la necesidad de los creadores, sino también de una

industria que se había hecho de una clientela ávida y hambrienta; provocando géneros, gustos y disgustos, preferencias y oposiciones; así cine mudo todavía el que contempló Fósforo -, en sus tiempos, algunos se declaraban a favor del uso de los letreros como parte indispensable para el mejor entendimiento de las películas, mientras que Fósforo Reyes, se inclina a favor de la restricción del uso de las palabras escritas, dejándolas a lo indispensable, como destacar el nombre de un personaje por ejemplo, pero dejando lo demás al ejercicio de la mímica, de la luz y del manejo de la cámara, de la que Reyes se manifiesta fanático, como sucede con los ejercicios de Abel Gance en *Napoleón* o de Chaplin en *La Quimera del Oro*.

Durante la vida de Fósforo se generan también las escuelas nacionales que, curiosamente, siguen conservando ciertos rasgos desde aquellos días primitivos. A la escuela europea, entre la que Reyes destaca la francesa y la italiana, corresponde la reflexividad y la lentitud - otra vez Proust asoma su fino perfil en la sala -, como lenguaje expresivo y estético; Fósforo propone, por ejemplo, cerrar los ojos contando hasta cien mientras se presencia una escena de cine italiano de tiempos de la guerra, sin que se corra mayor riesgo de entender la trama, pero perdiendo, eso sí, irremediabilmente momentos de luz y de posibilidades plásticas; mientras que a la naciente escuela hollywoodense le corresponde la velocidad, la trama folletinesca hasta el disparate y lo increíble, más aún, hasta lo indecible, para este cine, el ejercicio de los cien segundos resulta un suicidio temporal para el espectador.

Pero es precisamente ese dinamismo y ese debate el que permite, a los ojos de Fósforo, que el cine haya superado su edad infantil sin perderse de muerte prematura para quedar sepultado en el cementerio de las curiosidades científicas y tecnológicas, de los *gadgets*, como les llaman los británicos, lo que sí sucedió con las sombras chinescas y su nieta la linterna mágica.

La primera crítica cinematográfica en castellano nace con ese destino manifiesto: constituirse como género en prosa independiente y con sus propios recursos, adecuado al arte que reseña que tiene algo de pintura, algo de teatro, algo de fotografía pero que, conceptual y fácticamente, es mucho más que eso, confirmando la añeja idea de que el todo es mucho más, pero muchísimo más que la suma de las partes.

Fósforo pretende que la crítica cinematográfica, como había sucedido con la literaria desde muchos siglos antes, fuera parte del desarrollo del arte que pretendía reseñar y diseccionar; que operara tanto como una forma de expresión escrita como una guía para dividir los artículos de comercio, de la taquilla y la compraventa, de aquello que podía ya entonces considerarse arte cinematográfico y ello puede poner en antecedentes respecto de los que se piensan que la discusión entre cine comercial y cine de autor es una preocupación nueva en el medio.

Porque Fósforo es, como lo fueron en su momento Guzmán y Reyes, un autor que reacciona contra formas manidas y decadentes; Fósforo arremete contra los pocos artículos que circulaban en los magazines de la época, más dados a la lágrima y al comentario sentimental y sandio para abordar la interpretación del cine. Fósforo es también un visionario, uno que tiene más fe en el futuro que en el presente, para él, la cinematografía tenía entonces, todos los defectos y todas las virtudes de una promesa.

Incluso, Fósforo apuesta por ciertas tendencias que cada época habría de explotar en la historia futura del cine; por un lado cae en cuenta que entre la palabra escrita y la imagen cinematográfica habrá siempre una relación tormentosa y a veces atormentada, algunos temas llegarán al cine desde la literatura y otros más caerán directamente desde la mente del creador, rendidos ante la magia y la trampa de la pantalla; para cada uno de ellos encontrará una descripción y un lenguaje particular, para

cada uno de ellos sabrá señalar simpatías y diferencias, pero en todo caso, sabrá siempre invitar, cuando así lo considere justo, a que el espectador se aventure por su cuenta y riesgo y en la oscuridad, armado sólo de sus ojos y entonces todavía tiempos aquellos que ya no nos correspondió vivir de su cigarrillo, compare lo que ve con su vida, encuentre la belleza de las divas y adopte los papeles de los galanes, o bien, porque no es Fósforo sexista, aprenda la educación sentimental de las mujeres que ya se rebelan contra el destino y mire cómo los hombres también pueden sufrir y hasta morir de mal de amores.

Pero Fósforo construye también el cine desde la realidad y se convierte en auténtico cronista de la sala cinematográfica; muy pronto se da cuenta de que el cine es el fenómeno estético de su siglo y que está íntimamente relacionado con la vida de todos los días, con la que tenemos y con la que soñamos cada que nos sentamos en la terraza del café y vemos caminar enfrente nuestro una mujer que nos gusta; Fósforo arremete contra los que tiempos afortunados los nuestros en que ya no se ven estas escenas lanzan besos a las películas y suspiran a gritos como para demostrar a los demás espectadores que son presos de la misma pasión amorosa que los personajes de la pantalla, ataca otros vicios, de los que sí se eternizaron entre los habitantes de las salas, como los que comentan en voz alta los chistes y los golpes de los personajes o los que nacieron críticos y aún estando presentes en la sala con el resto de los mortales, tienen conciencia de estar por encima del cine y lo manifiestan con su desdén. Me pregunto qué diría Fósforo de nuestras salas donde podemos cenar mientras vemos una película de méritos bastante medianos; porque para Fósforo, presenciar una película era una especie de colaboración con el autor, algo así como cumplir el papel del coro en la tragedia griega, que puede prever el desenlace, que se estremece con las desgracias del héroe, pero

que no puede participar porque se identifica con el mudo testigo del destino.

Fósforo es, en muchos sentidos, el creador de la conciencia del cine en nuestra lengua; cumplió en silencio su tarea de fundador y entendió el signo de su tiempo y supo, desde que apartó boleto por primera vez a través del teléfono para no quedarse sin sitio en la tarde anhelada de la función, que cada gesto humano, cada perfil de la civilización moderna, estaba destinado a vibrar en la pantalla y, como él mismo dijo, que nuestro tiempo habría de crear el cine a cada paso en que vivimos.

Visión de Alfonso Reyes. Artículo periodístico

El año próximo se cumplirán cien años de la llegada de Alfonso Reyes a España, hablar de un autor de manera impersonal y fría, queriendo ser imparcial es un mito inocente. Sólo puede hablarse de autores y de libros leídos; más allá de ese extremo todo es especulación e insomnio. Al leer, el hombre se apodera del libro, lo hace suyo y lo integra a su pensamiento como una textura indiscernible del color de su propia piel, o lo lleva como herencia preciosa que alcanza para dar sentido a la realidad y que concede claves para entender y desmenuzar el mundo en que se vive. Eso es lo que me sucedió leyendo a Alfonso Reyes. No puedo hablar sino del Reyes que he vivido, del que se me apareció al final de los días de la adolescencia, esa época en que como él mismo dice, *"nos suicidamos o nos redimimos y de la que llevamos siempre huellas de lágrimas en las mejillas"*.

En un momento en que nadie es lo suficientemente fuerte para enfrentar el mundo sin andaderas y cada uno busca un modelo al cual aproximarse mediante tentativas y orientaciones, cuando se van perdiendo uno a uno los respetos y los elementos intocables, cuando casi todo se ha reducido a las ruinas que tomará el resto de la vida reconstruir; la lectura de Reyes resistió lo que muchas otras instituciones no pudieron soportar: el despertar de la razón curiosa, la confusión de los valores y la aparición de la esperanza ante las ilimitadas posibilidades perdidas.

En Reyes encontré una literatura apegada a la tierra como a la razón. No una explicación sistemática del mundo; después de todo Reyes, hijo de su tiempo, no creía en los antiguos edificios filosóficos que tenían un cajoncito para cada categoría de la realidad o que estaban animados por una sola idea universal que se manifestaba a través de la historia. Reyes más bien, es el

hombre que no se deja matar de bala perdida y que sabe que si en la naturaleza nada se encuentra en estado puro, mucho menos en la cultura - fino universo de lo humano -.

Indulgente con la vida como sólo puede serlo quien sufriendola la ha gozado, se aventuró en los placeres de la temporalidad; su coquetería es proverbial y su hábito de conquistador pernea sus letras. Muerto ya su padre y exiliado en los aciagos días de su primer Madrid confiaba a sus libros, exento de ironía: *"ganaba poco, pero era lo bastante para sentirme rico cuando por unos cuantos reales compraba mi saco de patatas. Y me sentía aún más rico porque hacía lo que quería, escribía sobre lo que yo deseaba, y encima de eso me pagaban"*.

Reyes supo dividir con inteligencia el mundo de lo público del mundo de lo privado, no por nada es en él recurrente la cita de Calderón *"debajo de mi manto al rey mato"*. La suya es, por fuerza, una biografía de la inteligencia; lo demás está cubierto por una trama de recuerdos y olvidos magistralmente trenzados. En Reyes la cultura no es ausencia de pudor, mojigatería o queja; es una más de las necesidades fundamentales del hombre.

Su culto por Goethe, Calderón, Mallarmé o los griegos, sólo es igualado por su respeto a la palabra o mejor aún, por el idioma castellano. El español de Alfonso Reyes no parece anticuado porque es preciso y está labrado para comunicar. En algunos párrafos de juventud es inevitable encontrar un gusto casi barroco en las construcciones y en la elección de las palabras, hecho que sólo una crítica prejuiciada puede ver como defecto pues es señal de una mano que se adecua a los instrumentos de su oficio y la apetencia por el barroco es casi una señal de mexicanidad. Tal vez ése sea el secreto más íntimo de la prosa reyesiana, su larga marcha hacia la lisura y la llaneza, si no fuera tan chocante para Don Alfonso la palabra, me atrevería a decir la pureza, como si el arte no fuera la escritura sino la lectura pues es siempre literatura en movimiento, evolucionando, aún en sus

últimos escritos; una prosa que avanza yendo y viniendo, aprendiendo de los escritores de las cuatro esquinas del mundo y de sí misma, girando a veces sobre su propio eje como volviendo a dibujar líneas que pudieran quedar más perfectamente trazadas, una marcha artística e intelectual que va adelante, no a paso de desfile o de procesión sino siempre a paso de danza.

Alfonso Reyes resuelve su vida en dos extremos complementarios y al mismo tiempo unitarios. Por un lado la acción que lo lleva a caminos como la diplomacia y el gobierno de instituciones culturales. Acción que en contacto con la pluma, lo llevan a declararse frente a Don Manuel Azaña, voluntario en Madrid; y por otro lado, la creación literaria que tiene su línea de fuego en la narrativa y el ensayo pero tiene su corazón en la poesía, lo dice él mismo en verso: “Voz de mis quietas alucinaciones, callado eco de mi pensamiento: tu parlas y tu ríes y tu pones golondrinas de notas en el viento”.

Visión de Alfonso Reyes. Artículo periodístico.

¿QUIÉN ES ALFONSO REYES? Esta pregunta me la he formulado innúmeras veces. Desde que tuve mi primer contacto con la obra de Reyes. Después de los primeros párrafos tenía enfrente a un autor diverso que podía tender lazos firmes entre lo más erudito y lo más emotivo; un autor de recuerdos persistentes y olvidos alternados como se trama un auténtico mirar histórico. Sólo después de mis primeros encuentros literarios tuve noción del hombre, del diplomático y del ser humano, del individuo que tenía el don ubicuo reservado a la cultura de ser de aquí de allá al mismo tiempo y sin perder carácter.

Hablar de un autor de manera impersonal, fría y queriendo ser imparcial es un mito inocente. Sólo puede hablarse de los autores y de los libros leídos; más allá de ese extremo todo es especulación e insomnio. Al leer, el lector se apodera de lo que lee, lo hace suyo y lo integra a su pensamiento como una textura indiscernible del color de su propia piel, o lo lleva como herencia preciosa que alcanza para dar sentido a la realidad y que concede claves para entender y desmenuzar el mundo en que se vive. Eso es lo que me sucedió leyendo a Alfonso Reyes, por eso no puedo hablar sino del Reyes que he vivido, del que he disfrutado y con el que he sufrido. Este es el primero de los que debo hablar, de mi Alfonso Reyes; del que se me apareció al final de los días de la adolescencia, esa época en que, como él mismo dice, *“nos suicidamos o nos redimimos y de la que llevamos siempre las huellas de las lágrimas en las mejillas”*.

Tuve suerte. En un momento en que nadie es lo suficientemente fuerte para enfrentar el mundo sin andaderas y cada uno busca un modelo para aproximarse mediante tentativas y orientaciones, me correspondió una imagen de hombre que no podía alcanzar pero al que bien podía pretender. Pasado el

tiempo de la edad mítica y reverente, cuando se van perdiendo uno a uno los respetos y los elementos intocables, cuando casi todo se ha reducido a ruinas que tomará el resto de la vida reconstruir; la lectura de Reyes me quedó marcada para siempre, resistió lo que muchas otras instituciones infantiles no pudieron soportar; el despertar de la razón curiosa, confusión de los valores y aparición de la esperanza ante las ilimitadas posibilidades perdidas.

La lectura de Reyes sobrevivió a esos pequeños cataclismos que surgen en la vida cotidiana y que crean hondas fracturas en el destino, muescas e incisiones que a lo largo de los años van esculpiendo nuestro rostro. Sin duda había algo que sólo Reyes podía decirme, un mensaje que evidentemente no iba dirigido a mí sino como dice García Márquez, era un mensaje en la botella lanzado al dios de las palabras. Lo que se revelaba ante mis ojos era una cosmovisión completa, una *imago mundi*, que abarcaba el otrora cielo azul del Anáhuac hasta la sutileza de una breve poesía que a fuerza de labrar sólo conservaba el ritmo:

- Comienzan por decirme
frías
Yo lo compruebo y

mías.

Tengo las manos

SIEMPRE

sé que van a ser

Aunque fue a través de la lectura de Borges que pude encontrarme con Reyes - truco de lo que el regiomontano llamaba la americanería andante -, en el mexicano encontré una literatura tan apegada a la tierra como a la razón. No una explicación sistemática del mundo; después de todo, Reyes hijo de su tiempo, no creía en los antiguos edificios filosóficos que tenían un cajoncito para cada categoría de la realidad o que estaban animados por una sola idea universal que se manifestaba a través de la historia. Reyes, más bien, es el hombre que no se

deja matar de bala perdida y que sabe que si en la naturaleza nada se encuentra en estado puro, mucho menos en la cultura - fino universo de lo humano -.

Indulgente con la nada como sólo puede serlo quien sufriendola la ha gozado, se aventuró en los placeres de la temporalidad, tenía entre sus títulos favoritos el de Comendador de los vinos de Francia y su coquetería es proverbial; sin que ello fuera pretexto para relajar su **disciplina de trabajo**. Muerto ya su padre y exiliado en los aciagos días de su primer Madrid confiaba a sus libros, exento de ironía: *“ganaba poco, pero era lo bastante para sentirme rico cuando por unos cuantos reales compraba mi saco de patatas. Y me sentía aún más rico porque hacía lo que yo quería, escribía sobre lo que yo deseaba, y encima de eso me pagaban”*.

Es cierto que el dolor a veces se le transpiraba de la tinta, han de leerse con detenimiento no sólo la *Ifigenia Cruel* y la *Oración del 9 de febrero*, sino *Pro Domo Sua*, auténtica y apenada radiografía espiritual. Pero aún en esos extremos, la literatura era más que exorcismo y catarsis, porque seguía siendo arte y oficio. No era pues la letra el purgatorio para expiar los pecados de la carne y del espíritu o el sacrificio de cada día sino al ritmo de su respiración y la válvula de su moral, o en palabras ajenas, la inteligencia como función de su bondad.

Desde los tiempos complejos de la Revolución mexicana hasta la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial, Alfonso Reyes supo mantener una virtud heredada de los griegos y que nuestro tiempo ha perdido redundando en descrédito de la inteligencia y para mayor gloria del ingenio y la chabacanería. Reyes supo dividir con inteligencia el mundo de lo público del mundo de lo privado, no por nada es en él recurrente la cita de Calderón *“debajo de mi manto al rey mato”*. *Historia documental de mis libros, Albores o Parentalia*, resultan aún más biográficos que su propio diario, donde deja ver sólo las astillas de su taller. La suya es, por fuerza, una biografía de la inteligencia que lo demás está cubierto por una trama de recuerdos y olvidos magistralmente trenzados.

En Reyes la cultura no es ausencia de pudor, mojigatería o queja; es una más de las necesidades fundamentales del hombre.

Su culto por Göethe, Calderón, Mallarmé o los griegos, sólo es igualado por su respeto a la palabra o mejor aún por el idioma castellano. Si para Nebrija la lengua es el imperio, para Reyes la lengua es el océano que no divide sino transporta. El español de Alfonso Reyes no parece anticuado porque es preciso y está labrado para comunicar. En algunos párrafos de juventud es inevitable encontrar un gusto casi barroco en las construcciones y en la elección de las palabras, hecho que sólo una crítica prejuiciada puede ver como defecto pues es señal de una mano que se adecua a los instrumentos de su oficio y la apetencia por el barroco es casi una señal de mexicanidad. Tal vez ése sea el secreto más íntimo de la prosa reyesiana, su larga marcha hacia la lisura y la llaneza, si no fuera tan chocante para Don Alfonso la palabra, me atrevería a decir la pureza. Conforme los años avanzan y la pluma se agudiza, Reyes va ensayando una literatura cada vez más diáfana, como si el arte no fuera la escritura sino la lectura pues, aunque hay un sello en las letras reyesianas que las hacen inconfundibles, es siempre literatura en movimiento, siempre evolucionando, aún en sus últimos escritos; una prosa que avanza yendo y viniendo, aprendiendo de los escritores de las cuatro esquinas del mundo y de sí mismo, girando a veces sobre su propio eje como volviendo a dibujar líneas que pudieran quedar más perfectamente trazadas, una marcha artística intelectual que va adelante, no a paso de desfile o de procesión sino siempre a paso de danza.

Alfonso Reyes decía que “*para las cosas de la razón la lengua es bastante*”, tal vez por eso la *Visión de Anáhuac* comienza con un sentido gráfico volviendo a dibujar las descripciones de Ramuzio; su propio sentir de ésta que fuera la región más transparente del aire es, por principio, una literatura de imágenes, el deseo de proporcionar una *imago mundi*, no

construyendo el universo, que se sabe está dado de antemano, sino recreándolo a modo de arte, es decir, de intención. Siendo una literatura de colores, formas y movimientos, cada imagen es más que fotografía, es icono portador de un mensaje, a través del trazo y el dibujo es una literatura de ideas profundas y de palabras bien ensambladas.

Sin embargo, detrás de esa plaza pública donde se debate todo lo humano, está el hombre y su posición frente al universo, su lugar en el mundo eterno y en la circunstancia. A ese hombre que aparece detrás de su obra como el ajedrecista borgiano corresponde librar la batalla de Jacob y el Ángel. El punto en que se ofrece el Alfonso Reyes más claro y más íntimo es el de la poesía.

Es verdad que si de veintiséis tomos de su obra completa sólo uno está dedicado a su poesía, ello hubiera bastado para que nos formáramos una idea de Reyes más como prosista que como poeta, o que de sus páginas más celebradas corresponden la mayoría al ensayo, separar la imagen del Reyes escritor de la del Reyes poeta es tanto como sujetarnos a criterios cuantitativos y confundir causas con consecuencias. Tal vez la verdad se que el propio Don Alfonso quiso acostumbrarnos, a los lectores de su tiempo y a los del porvenir, a ver ese fuero público dejando algo velado el fuero íntimo de sus obsesiones y sus dolores; tal vez porque siendo Reyes un artista dueño de su técnica, oculta con precisión el andamiaje de su obra y luego de leer *Las mesas de plomo*, por ejemplo, nos queda un mensaje claro y un gusto sabroso que nos incita pero no identificamos con claridad, algo como el tiempo que bien sabemos lo que es pero no podemos precisar, esto porque Reyes deja para la poesía aquellas cosas tan importantes que sólo pueden decirse en voz baja, las de su ser y su sueño; las que se dedican a temas tanto cotidianos como trascendentes porque de esa cal y esa arena está hecha la vida.

Alfonso Reyes resuelve su vida en dos extremos complementarios y al mismo tiempo unitarios. Por un lado la acción que lo lleva a caminos como la diplomacia y el gobierno de instituciones culturales. Acción que, en contacto con la pluma, lo llevan a declararse frente a Don Manuel Azaña, voluntario en Madrid; y por otro lado, la creación literaria que tiene su línea de fuego en la narrativa y el ensayo pero tiene su corazón en la poesía, lo dice él mismo en poema:

*Voz de mis quietas alucinaciones,
callado eco de mi pensamiento:
tu parlas y tu ríes y tu pones
golondrinas de notas en el viento.*

Todavía hace falta hablar de Alfonso Reyes abogado, diplomático, amigo o abuelo; extremo éste último del que tenemos afortunadamente el testimonio delicioso y vital de nuestra querida Alicia Reyes. Pero para ello gastaríamos todavía más palabras. No me contento con esto pero siempre es un principio para ir poniendo en tinta la presencia constante de Alfonso Reyes.